



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Exposición crítica de la doctrina organicista, especialmente de Lilienfeld y Worms

Autor:

Anastasi, Aníbal

Tutor:

1913


Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

The image shows a close-up of a marbled paper surface, likely a book cover or endpaper. The marbling features a dark, rich purple or burgundy base color, with intricate, swirling patterns of lighter purple, pink, and cream. There are also some small, scattered green and yellow flecks. In the lower right corner, there is a white rectangular label with rounded corners. On this label, the word "TESIS" is written in blue ink in a bold, sans-serif font. To the right of "TESIS", the number "1-5-20" is written in a larger, blue, cursive-style font.

TESIS

1-5-20

TESIS

103



Exposición crítica de la doctrina

organicista, especialmente

de Lilienfeld y Worms

POR _____

ANÍBAL ANASTASI



BUENOS AIRES

IMPRENTA G.M.O. KRAFT

1913

Facultad de Filosofía y Letras

Decano

Doctor RODOLFO RIVAROLA

Vicedecano

Doctor RAFAEL OBLIGADO

Consejo Directivo

Doctor JOSE NICOLAS MATIENZO
" CLEMENTE L. FREGEIRO
" CALIXTO OYUELA
" JUAN B. AMBROSETTI
" RAFAEL OBLIGADO
" NORBERTO PIÑERO
" RODOLFO RIVAROLA
" HORACIO G. PIÑERO
" CARLOS OCTAVIO BUNGE
" RICARDO E. CRANWELL
" SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO
" INDALECIO GOMEZ
" ERNESTO QUESADA
" RAFAEL CASTILLO
" ALEJANDRO KORN

PERSONAL DOCENTE

PROFESORES TITULARES

Psicología

Doctores HORACIO G. PIÑERO y JOSE INGENIEROS

Lógica

Doctor JOSE NICOLAS MATIENZO

Ética y Metafísica

Doctor RODOLFO RIVAROLA

Sociología

Doctor ERNESTO QUESADA

Historia de la Filosofía

Doctor ALEJANDRO KORN

Ciencia de la Educación

Doctor CARLOS OCTAVIO BUNGE

Geografía

Doctor CLEMENTE L. FREGEIRO é Ingeniero JULIO LEDERER

Historia Universal

Doctores ANTONIO DELLEPIANE y JUAN A. GARCIA

Antropología

Doctor ROBERTO LEHMANN - NITSCHÉ

Arqueología Americana

Doctor SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO

Historia Argentina

Doctor CARLOS IBARGUREN

Latín

Doctor ROMULO E. MARTINI

" ANTONIO A. PORCHIETTI

" RICARDO E. CRANWELL

Literatura Latina

Vacante.

Historia del Arte

Doctor CARLOS E. ZUBERBÜHLER

Griego

Doctor FRANCISCO CAPELLO

Literatura Griega

Doctor FRANCISCO CAPELLO

Literatura Castellana

Doctor CALIXTO OYUELA

Literaturas de la Europa Meridional

Doctor CALIXTO OYUELA

Estética y Literatura General

Doctor CAMILO MOREL

PROFESORES SUPLENTE

Psicología

Doctores FRANCISCO DE VEYGA y CARLOS RODRIGUEZ ETCHART

Lógica

Doctor LEOPOLDO MAUPAS

Sociología

Doctor RICARDO LEVENE

Historia Universal

Doctor ENRIQUE DEL VALLE IBERLUCEA
" MATIAS G. SANCHEZ SORONDO

Historia Argentina

Doctores DAVID PEÑA y MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Antropología

FELIX OUTES

Arqueología Americana

Doctores JUAN B. AMBROSETTI y SALVADOR DEBENEDETTI

Literatura Latina

Doctor TEOFILO WECHSLER

Literatura Castellana

Doctor MAURICIO NIRENSTEIN

Literatura de la Europa Meridional

Doctor PABLO CARDENAS

Literatura Argentina

Doctor RICARDO ROJAS

SECRETARIA DE LA FACULTAD

Secretario

Doctor HECTOR JULIANEZ

Prosecretario

Doctor AGUSTIN N. MATIENZO

De la concepción orgánica de la Sociedad en general, y del biologismo en particular, a través de la Historia de las Ciencias Sociales.

Es frecuente en los espíritus poco prevenidos, la confusión de la llamada concepción orgánica de la sociedad con la doctrina naturalista o biológica del organicismo, tan prestigiada por algunos ilustres sociólogos, quienes, prendados de los admirables adelantos realizados en nuestros días por las Ciencias Naturales, no han vacilado en realizar las más audaces aplicaciones del método analógico, dando un valor excesivo a semejanzas y analogías más o menos reales, más o menos contestables, para llegar a la conclusión de que las sociedades son equiparables a los organismos fisiológicos.

Con razón se ha hecho notar que el concepto de *organismo* no puede ser encuadrado dentro de los estrechos moldes del mundo biológico, sino que corresponde a un dominio mucho más vasto, cual lo es el de la Filosofía general y la Metafísica. Pensamos con el señor *Giner* (1) que tal noción expresa quizás una forma universal de la vida o de lo real y que tal vez se trata de una exigencia de nuestro espíritu en la manera de concebir, de ver y de objetivar la realidad. Desde este punto de vista puede, pues, emplearse la palabra *organismo* para designar una construcción integrada, unida, íntima, sintética, pero no quieta y estática, sino viva y dinámica; podríamos, pues, hablar no sólo de organismo fisiológico sino también de organismo psico-físico, de organismo de la Ciencia, de la Moral o del Derecho... (2)

No es de extrañar, pues, en vista de la acepción amplísima que en ocasiones puede alcanzar el término *organismo*, que los partida-

(1) "Filosofía y Sociología".

(2) "Sociología Contemporánea" por Adolfo Posada.

rios de la susomentada teoría hayan encontrado sus antecedentes históricos, literarios si se quiere, en los tiempos más antiguos y que conjuntamente campeen en ella, confundidas, las dos nociones: la que llamaremos *filosófica* y la *biológica*, cuya discriminación si puede corresponder a las exigencias de la didáctica, no es de rigor científico desde que el pensamiento, al igual de la existencia, ofrece grandísima irradiación, enorme complejidad e infinitos matices en sus inicios, en sus manifestaciones y modalidades y en sus efectos (1).

Algunos escritores anotan que ya en la *Iliada* de HOMERO se encuentra la analogía verbal entre los términos griegos *démas* (cuerpo) y *dêmos* (pueblo), que parecen revelar su parentesco y origen común.

PLATON en su “*República*” proyecta su Estado perfecto o ciudad celeste a imagen de la que pudiéramos llamar vida fisiológica y psicológica del hombre, al afirmar que a las necesidades de alimentarse, defenderse y gobernarse que éste tiene, corresponden las tres clases de ciudadanos: *trabajadores*, *guerreros* y *magistrados*, los que representan y satisfacen respectivamente las necesidades de la subsistencia, de la defensa y del gobierno del Estado.

También establece la comunidad de familia y de propiedad para que el Estado, teniendo un solo *corazón* y una sola *cabeza*, llegue a ser una persona indivisible y mantenga unidos sus miembros por la solidaridad completa de simpatías e intereses.

El ideal para Platón a este respecto sería sustituir la multiplicidad por la unidad y llegar a constituir un organismo perfecto del cual fueran miembros y órganos los seres individuales. Sin embargo, en su libro sobre “*Las Leyes*”, parece conformarse con un ideal más asequible y realizable.

ARISTOTELES, (2) calificado de enciclopedia viva de la antigüedad y llamado por los árabes el preceptor de la inteligencia humana, muestra profunda versación, tanto en los fenómenos de la naturaleza como en los de la sociedad.

En su “*Política*” no procede *a priori* como el genial arquitecto del idealismo; por el contrario, busca en la observación la esencia

(1) Por la misma razón, al historiar la teoría que nos ocupa, no siempre nos ceñiremos a un método estrictamente cronológico.

(2) Las obras del Estagirita han gozado de enorme celebridad, oficial hasta tiempos relativamente modernos; así, en el año 1629, un decreto del Parlamento de París prohibió, bajo pena de muerte, atacar su sistema. (“*Ver Historia de los Griegos*” por Victor Duruy).

del fenómeno social y con razón hace notar *Espinas* que para él la *Ciudad* es un producto natural, algo vivo que conviene estudiar por el mismo procedimiento que todos los seres animados, esto es, mediante el análisis experimental. El Estado (1) para Aristóteles, es de orden superior en relación al individuo y a la misma familia, porque es un todo, dice, y es de tener en cuenta "que una vez destruído el todo ya no hay partes, no hay *piés*, no hay *manos*, a menos que por simple analogía verbal se diga una *mano* de piedra, porque la mano separada del cuerpo no es ya una *mano* verdadera. Pero, aun manteniendo la citada preeminencia de la *Ciudad* sobre la familia y el individuo, el Estagirita no acompaña a su maestro en los desvaríos de su exaltada imaginación; no sólo se mantiene en los límites de la razón serena, sino que dirige los golpes de la piqueta demoleadora de su crítica contra el comunismo de la familia y de la propiedad, ofreciéndonos por ello más que ligera y superficial poesía, sana y equilibrada filosofía (2).

Si de Grecia, maravilloso compendio de la belleza de las tierras, de los mares y de los cielos, pasamos a Roma, que desde las siete colinas gobierna al mundo, pues su imperio, al decir de Dionisio de Halicarnaro no reconoce otros límites que el Oriente y el Occidente, notaremos que un buen número de sus pensadores y filósofos nutren su espíritu en las nobles enseñanzas del estoicismo y que si bien admiten un *organismo-sociedad*, producto natural del instinto social del hombre, tienen también como ideal ético un *organismo-humanidad*.

(1) Para Aristóteles el término *Estado*, más que la simple *sociedad política* implica la idea de la *comunidad social* en general.

(2) Crear una sola familia, sobre las ruinas de las familias particulares, dice Aristóteles, sería suprimir afecciones seguras para crear otras nuevas. Si todos los hijos de la ciudad pertenecen a todos los ciudadanos, éstos se cuidarán bien poco de tales hijos.

No hay verdaderas afecciones más que entre individuos determinados: las afecciones se pierden en la comunidad, como la dulzura de algunas gotas de miel se perdería en el Océano.

Algo análogo, ocurre con las propiedades comunes; inspiran escaso cuidado y bien poco interés; cada uno confía en los demás y cree que trabaja demasiado, y que los otros menos de aquello á que se encuentran obligados. De ahí que las cuestiones que se suscitan entre los propietarios de bienes comunes sean más frecuentes aún de las que ocurren entre los dueños de bienes privados...

Querer hacer del Estado una unidad absoluta por medio del comunismo, es querer formar una armonía con un solo sonido, un ritmo con una sola medida...

"Historia de la Filosofía" por A. Fouillée.

No otra cosa significan estas generosas palabras de Séneca: “Este mundo que tú ves, que contiene las cosas divinas y humanas, es sólo uno, siendo nosotros los *miembros de un gran cuerpo*.. El hombre no es extranjero en ningún punto; su espíritu no permite limitaciones y recorre la inmensidad como un dios. No reconoce por su patria ningún país de aquí abajo; su verdadera patria es el recinto del universo. Los Estados particulares no son más que *miembros de la Gran República del género humano*.”

También sabido es con cuánto orgullo Cicerón solía exclamar: “¡Soy ciudadano del mundo!”

Asimismo recordaremos que la brillante metáfora con que el cónsul romano *Menenio Agripa* trató de persuadir a los levantiscos plebeyos, reposa en la más completa asimilación de la sociedad a un organismo biológico: “¡Ereis un haragán! ¡Nada hacéis! dijeron los miembros del cuerpo al estómago.

“¡Os aprovecháis de nuestro trabajo y lleváis una vida regalada y glotona merced a nuestros esfuerzos!”

Y convencidos tal vez de ser víctimas del *vampirismo* del estómago, le abandonan a sus propias fuerzas, cesando en sus tareas. Peció, es verdad, el presunto holgazán, pero también pecieron los que contra él se habían rebelado ¡¡Del mismo modo, vosotros ¡oh plebeyos! peroró Agripa, haréis ciertamente morir al patriciado, pero como éste ya no podrá acudir en vuestro auxilio cuando necesitéis su socorro, con él se desplomará también la República!!

Los mismos documentos de la literatura patrística no son extraños a este género de comparaciones.

Santa María de Paredes, en su “Concepto de organismo social”, nos dice que *San Pablo*, el famoso apóstol de los gentiles, explicaba a los romanos y corintios la distribución de los dones espirituales y la solidaridad entre los hombres, argumentando en sus “Epístolas”: “Porque a la manera como en un cuerpo tenemos muchos miembros, empero todos los miembros no tienen la misma operación; así *muchos somos un cuerpo en Cristo*, más todos somos miembros los unos de los otros... Si todo el cuerpo fuese ojo ¿dónde estaría el oído? Y si todo fuese oído ¿dónde estaría el olfato?

Dios ha colocado los miembros en el cuerpo como quiso; los que parecen menos útiles son acaso los más necesarios... Que todos los miembros se interesen unos por otros, porque si un miembro padece

todos los miembros se duelen y si un miembro es honrado todos los miembros se honran también.”

San Agustín, uno de los más esclarecidos doctores de la Iglesia, compara la sociedad con el cuerpo individual, admitiendo que aquélla ofrece en su desarrollo las mismas fases sucesivas que presenta la evolución progresiva del último.

Por lo demás, la idea moderna del Estado, comparado a un gran organismo, tan no es extraña a la filosofía de *Santo Tomás*, que en el tratado “*De regimine principum*” se explican y comparan los textos de Aristóteles, San Pablo y San Agustín referentes a dicha metáfora (1)

Tiempos andando, tenemos que en Inglaterra, TOMAS HOBBS el filósofo del absolutismo monárquico, (2) considera a la sociedad como una estructura artificial, comparándola en los siguientes términos con el cuerpo humano: “Por arte se ha creado el gran Leviatan, llamado República o Estado, en latín Civitas, que no es otra cosa más que un hombre artificial, aunque de mayor estatura y fuerza que el natural, a cuya protección y defensa estaba enderezado y en que la soberanía es un alma artificial, puesto que da vida y movimiento a todo el cuerpo; los *magistrados* y oficiales de justicia y ejecución, *articulaciones* artificiales; la *recompensa* y el *castigo*, mediante los cuales, fijados por la soberanía, se mueve y llena su cometido cada articulación y miembro, son los *nervios*, que hacen lo mismo en el cuerpo natural; la *riqueza* de todos los miembros particulares es la *fuerza*; *salus populi*, la *seguridad del pueblo*, es el *negocio*; los *consejeros*, mediante los cuales se sugiere todo lo que es necesario saber para aquél, son la *memoria*; la *equidad* y las *leyes* son una *razón* y una *voluntad* artificiales; la *concordia*, *salud*; le *sedición*, *enfermedad*; y la *guerra civil*, *muerte*.”

(1) Cita del Dr. Ernesto Quesada en “Las doctrinas presociológicas.”

(2) Sabido es que este autor equiparó al *partido popular* con un animal furioso, imposible de domesticar y que era de todo punto necesario amordazar; antecedente no despreciable en el que se resume la teoría y práctica de la política de los *régulos* y *curacas* de la América Latina, los que pretenden mantener encerrada bajo siete llaves a la oposición para entregarse al muelle arregosto que les proporciona la influencia y riqueza que ya en los tiempos bíblicos procuraba a sus felices poseedores la propiedad de grandes rebaños. En este caso, trátase, como es de suponer, de *ganado electoral*. (expresión de Max Nordau).

Y extrema tanto Hobbes su paralelo, que llega a representarnos su Leviatan como una gran figura de forma humana, cuyo cuerpo y miembros están constituídos por multitud de hombres (1).

En Francia, JUAN JACOBO ROUSSEAU, el genial ginebrino que con sus ideales políticos (2) lega a las generaciones del futuro un imperio inmensamente más grande que el de Alejandro, en su artículo de la Enciclopedia sobre la “Economía Política”, trata de determinar los órganos particulares de la sociedad, desde un punto de vista especialmente económico: “El cuerpo político, dice, puede ser considerado como un cuerpo organizado, vivo y semejante al del hombre.

El poder soberano representa la *cabeza*; las leyes y las costumbres son el *cerebro*; los jueces y los magistrados son los *órganos de la voluntad y de los sentidos*; el comercio, la industria y la agricultura son la *boca* y el *estómago* que preparan la substancia común: la hacienda pública es la *sangre*, que una sabia economía, haciendo las

(1) Ver “El Organismo Social” por Spencer, traducción de Unamuno.

(2) Con motivo de la celebración de su bi-centenario, estas ideas han sido muy discutidas; *Mauricio Barrés*, diputado y académico, oponiéndose en la Cámara al pedido de un crédito extraordinario con que el Ministerio de Instrucción Pública quería contribuir a los festejos a celebrarse en dicha ocasión, pronunció las siguientes palabras: “Y el momento en que castigáis como a perros a los que se sublevan contra la sociedad, reprochándola que es injusta y mala y le declaran la guerra, no es el más oportuno para glorificar al que pueden reivindicar para honra suya todos los teorizadores del anarquismo. Entre Kropotkine o Juan Grave y Rousseau no media nada y ni Juan Grave ni Kropotkine pueden renegar intelectualmente de Garnier y de Bonnot.” Con razón le contestó *Vixiani*: Los festejos en honor de Rousseau obedecen también a que ha sido un filósofo social que lejos de haber sido el padre del anarquismo ha tenido el mérito, entre otros hombres encarnizados en una obra de necesaria destrucción, — Diderot-Voltaire,— de aspirar a entrever por encima de las ruinas la ciudad moderna y el hombre futuro y ha tenido la audacia de encarar, de mirar de frente la iniquidad social. Ha sido el primero en ver el gran problema del conflicto entre la riqueza y la miseria y el primero en oponer a la acción de la *utilidad social*, base del *conservatismo*, la noción de la *justicia social*, base de la *democracia*.

Por nuestra parte, recordaremos la enorme influencia *rusoniana* en la Revolución Francesa, a la que Taine llamara la *revolución del contrato social*, y sabido es que las jóvenes nacionalidades hispano-americanas bien pueden considerarse como “hijas espirituales” de tal revolución. Por lo demás, Rousseau fué la musa inspiradora de *Alejandro Hamilton*, el creador de la constitución de los Estados Unidos y si todo esto no bastara aún, recordemos que años antes de morir el mismo Tolstoi, desde la lejana Rusia, proclamaba a todos los vientos que debía todas sus ideas a los Cuatro Evangelios de Rousseau; la religión no dogmática, la *democracia*, el altruismo y la práctica de la agricultura.

funciones del *corazón*, distribuye por todo el organismo: los ciudadanos son el *cuerpo* y los *miembros* que hacen moverse, vivir y trabajar a la máquina. No se podrá herir a ninguna parte sin que inmediatamente se produzca en el *cerebro* una sensación dolorosa, si el animal está en perfecta salud.”

Realmente es algo difícil conciliar la enajenación de la libertad individual en beneficio del procomún, consagrada en las palabras transcriptas, con el principio de la libertad inalienable, que informa la letra y el espíritu de las ideas sustentadas en el “Contrato Social.” (1).

Es curioso observar que también en la misma Francia algunos pensadores no se contentaron con el símil entre los organismos y las sociedades particulares, sino que lo plantearon sin ambages entre los organismos y la sociedad en general.

Así PASCAL en su “Preface sur le traité du vide” escribe: “Por singular prerrogativa no sólo cada uno de los hombres adelanta diariamente en las ciencias sino que todos los hombres en conjunto realizan un continuo progreso a medida que el universo envejece, porque lo mismo ocurre en la sucesión de los hombres que en las diversas edades de un individuo, de manera que toda la serie de los seres humanos, durante el curso de tantos siglos, debe ser considerada como un solo hombre que siempre subsiste y que continuamente aprende.”

El mismo pensamiento, aunque con otras palabras, expresa TURGOT cuando dice: “Todas las edades están encadenadas por una sucesión de causas y efectos que ligan el estado del mundo a los que le han precedido; los signos múltiples de la escritura y del lenguaje, proporcionando a los hombres el medio de asegurarse la posesión de sus ideas y de transmitir las a los demás, han formado de todos los conocimientos particulares un tesoro con que cada generación obsequia a la que le sigue, algo así como una herencia siempre en aumento de los descubrimientos o inventos de cada siglo, conjunto el cual, tomado desde sus orígenes, ofrece a los ojos del filósofo el aspecto de un todo inmenso que al igual de los individuos tiene también su infancia y sus progresos.”

El doctor BARRIER, antiguo profesor de cirugía en la Escuela de Medicina de Lyon, es más explícito cuando en sus “Principios de

(1) Sabido es que en éste debe verse el fundamento *racional* y no el fundamento *histórico* de la sociedad; el Estado tal cual puede y debe llegar a ser y no tal cual ha sido.

Sociología”, publicados en 1857, se expresa en los siguientes términos: “Uno o dos siglos hace que empezamos a concebir la idea de una humanidad constituída por la universalidad de todos los tiempos, de todos los países, de todas las razas, de todas las naciones y de todas las religiones. Este conjunto no es sólo para nosotros un concepto de seres semejantes, agrupados según sus calidades fisiológicas, para formar lo que la ciencia llama un género o un reino; bajo esta abstracción discernimos poco a poco una realidad y aun cuando la palabra género humano sea aun la más en uso, la sustituímos preferentemente por la de *Humanidad*, para designar el conjunto limitado de los hombres. Para los que dan una mayor latitud a la idea, *esta unidad es la de un ser concreto dotado de individualidad, de personalidad y obedeciendo en el curso de su duración a una ley de evolución: nacer, aumentar, decrecer y concluir, sería también su ley como la del hombre*. Compuesta, como éste, de un número de moléculas que la edad u otras circunstancias pueden hacer variar, la *Humanidad*, teniendo órganos y funciones distintas, su unidad se revelaría por la subordinación jerárquica de las moléculas a un centro de movimiento a la vez convergente y expansivo, de tal modo que ella implicaría al mismo tiempo cierta independencia de los individuos y el equilibrio de sus relaciones. Estas condiciones se realizan, en fin, en la unidad del conjunto, tanto la libertad como la solidaridad de cada miembro.” Pero temiendo tal vez haber avanzado mucho, agrega Barrier: “Sin embargo, cualquiera que sea nuestra tendencia a considerar como sólidamente establecida esta concepción moderna del *Gran Ser Humano*, pertenece al espíritu positivo y severo de la ciencia contemporánea moderar las osadías del pensamiento y confesar que esta noción encierra aun mucha incertidumbre... En fin, el hombre, incapaz para llegar a comprender su destino como individuo, lo es más para llegar a conocer el del *Gran Ser* de que forma parte.” (1)

En Alemania, las audaces doctrinas de los teorizadores de la Revolución francesa provocan la reacción de la escuela *histórica* y de la *hegeliana*: una y otra tienen atingencia con la teoría que nos ocupa, desde que la primera sostiene la analogía de la vida de los pueblos con la de los organismos vivos y la segunda prestigia el principio de unidad que todo organismo presupone.

(1) Citas de *Limousin*. Ver “Anales del Instituto Internacional de Sociología.”

El concepto de organismo en sí, también lo vemos manifestarse con amplitud y nitidez variable en los sistemas filosóficos de Fichte, Schelling y Krause.

Para FICHTE, lo *orgánico* es algo ideal que enlaza lo uno y lo vario en el sistema del mundo. Aplicando sus ideas metafísicas a las sociedades, considera al Estado como *manifestación orgánica de Dios*, donde coexiste la unidad del Poder con la libertad de los ciudadanos, solidariamente unidos entre sí; esta vinculación, en su concepto, es tan íntima que no vacila en equipararla a la que existe entre el árbol y sus partes constitutivas.

SHELLING piensa que lo *orgánico* es propiedad común de la naturaleza y del espíritu (1) pero que se revela de diferente manera en uno y otro caso; para él, la acción de Dios se patentiza en la naturaleza por la creación de organismos *físicos* y en el mundo espiritual por la de organismos *ideales*: la familia, el Estado y la Iglesia.

En cuanto a KRAUSE, concibe la sociedad como un *organismo*, al considerar en ella una multiplicidad de partes coordinadas y subordinadas en razón de la conservación y del desarrollo del conjunto. Don Adolfo Posada, en su libro "Literatura y problemas de la Sociología", hace notar que en "El ideal de la Humanidad" de Krause se hallan, como en germen, todos los supuestos y todas las consecuencias de la doctrina orgánica de la sociedad y del Estado (2).

Algunos jurisconsultos de renombre, también han aceptado la teoría orgánica, aunque con ciertas reservas, como lo demuestran las palabras del insigne JUAN GASPAR BLUNTSCHLI: "la nación no es simplemente una suma de ciudadanos, ni el Estado un cúmulo de instituciones externas. . . . *El Estado es un ser viviente y por tanto orgánico*. Pero cuando decimos que el Estado es un *organismo*, no pensamos en la actividad nutritiva y reproductora de los animales y de las plantas, sino que nos limitamos a señalar las analogías: 1.º Todo *organismo* es una unión de elementos corporeo-materiales y de fuerzas vitales animadas, es decir, de un alma y de un cuerpo; 2.º El

(1) No olvidemos que en el dominio de lo absoluto y de lo eterno, Schelling admite la identidad de la naturaleza y del espíritu.

(2) Revisten gran interés las observaciones que Posada hace acerca del renacimiento intelectual producido en España a raíz de la enseñanza *Krausista*, del ilustre Sans del Río; apasionó tanto el *Krausismo* en la península, que llegó a hablarse de los *Krausistas* con la misma respetuosa admiración con que en Roma se hablaba de los "estoicos".

ser orgánico forma un *todo provisto de miembros*, con facultades y funciones que sirven para satisfacer las diversas necesidades de la vida de este todo; 3.º Su desarrollo de dentro a fuera, revelando su crecimiento en el exterior.” (1)

Estas y otras concepciones surgidas, al parecer, del seno del racionalismo alemán, fueron acogidas con especial favor y gran simpatía por las clases burguesas de Europa, las que habiendo conseguido la influencia y el poder y hallándose en la privilegiada situación de la nobleza y del clero en el antiguo régimen, necesitaban una doctrina filosófica que viniera a consolidar su discutida posición, demostrando la falta de fundamento serio en las pretensiones a modificar la organización social existente; necesitaban, se ha dicho, una teoría que asignara a las clases trabajadoras el papel subalterno de órganos inferiores que, si eran indispensables al buen funcionamiento del conjunto, podían en cambio considerarse retribuidas con usura por el beneficio indirecto que necesariamente les reportaba el bienestar de los órganos superiores.

Abordando ya directamente, más que la concepción simplemente *orgánica*, la puramente *biológica*, en los *Dni mayores* de la Sociología, nos encontramos con AUGUSTO COMTE el cual, a pesar de emplear en ocasiones la expresión *organismo social*, no deja de sostener, con la generalidad de los pensadores de su generación, la necesidad de una verdadera reorganización social: era entonces corriente admitir que el huracanado vendaval revolucionario había desarraigado para siempre las instituciones del viejo régimen y que ellas debían ser reemplazadas de inmediato por otras más en consonancia con los nuevos tiempos (2).

Este ideal innovador no se aviene mucho sin duda con el concepto de *organismo* que se halla en la filosofía comtiana, sobre todo si se le considera desde un punto de vista naturalista: esto es: como

(1) Por su misma especialidad, no nos es posible más que saludar de paso a las doctrinas también orgánicas del Estado de *Ahrens*, *Velcker*, *Warn König*, *Rohmer*, *Volaender*, *Fricker*, etc., etc.

(2) Pero *Comte*, a diferencia de muchos otros, entendía que este cambio en las instituciones debía ser precedido por un cambio correspondiente en las costumbres; y éste, a su vez, por una modificación correlativa en las creencias; en otros términos, la *reorganización social* debía ser precedida por una *reorganización espiritual* — Ver la “*Filosofía de A. Comte*” por *Levy-Bruhl* y el “*Ensayo histórico y crítico, sobre la Sociología de A. Comte*” por *Frank Alengry*.

algo sometido a leyes, de cumplimiento fatal y necesario, con independencia de toda voluntad humana. Sin embargo, en honor de la verdad, debemos reconocer que Comte no llevó su comparación a los extremos de ciertos autores de tiempos posteriores, que arrebatados en alas de su fantasía, han hecho artículo de fe de las grandes generalizaciones de las ciencias naturales, concibiendo a la Sociología como uno de los tantos capítulos de la Biología.

Es cierto que en su “Cours de philosophie positive” escribe: “Se puede formar una justa idea filosófica, en todos respectos, de la verdadera naturaleza esencial de esas variaciones reales, asimilándolas, sobre todo, a las variaciones análogas del organismo animal, que les son *exactamente comparables*, como sometidas a condiciones análogas, sean estáticas, sean dinámicas, con la sola diferencia racional, ya antes prescrita, de que esas modificaciones sociales pueden y deben ser más extensas y más variadas que las simples modificaciones biológicas... El principio esencial sentado, sobre todo por los trabajos del ilustre *Brussais*, destinado a caracterizar en adelante el espíritu filosófico de la patología positiva, es, por su naturaleza, *tan aplicable al organismo social como al organismo individual*....” Pero, comparando los fenómenos biológicos con los sociales, se inclina a creer que la relación que media entre ellos más que de *identidad* es de simple *homología*.

Con todo y a pesar de las reservas con que a este respecto procede el sumo pontífice de los positivistas, siempre podrá reclamar el mérito de haber puesto de manifiesto el lazo íntimo que une la ciencia de la vida con la ciencia de la sociedad.

HERIBERTO SPENCER, el gran filósofo que construye todo el grandioso edificio de la Filosofía Sintética con el levantado propósito de formular reglas firmes y definitivas para la conducta humana, escribe ya en su “Estática Social”: “Comunmente comparamos a una nación con un organismo vivo. Hablamos del cuerpo político, de las funciones de sus partes, de su crecimiento, de sus enfermedades, como si fuera un ser. Pero de ordinario empleamos esas expresiones como metáforas... Sin embargo, una sociedad se halla tan enteramente organizada, según el sistema de un ser individual, que podemos percibir *algo más que analogías entre ellos*.”

En 1860 publica en la “Westminster Review” un artículo sobre el *organismo social*, el cual fué posteriormente revisado y aun modi-

ficado por su autor, siendo en esta forma publicado en los “Ensayos científicos, políticos y especulativos.”

Sostiene Spencer que los organismos sociales convienen con los fisiológicos en los siguientes caracteres. 1.º Unos y otros aumentan insensiblemente en masa; 2.º En el curso de su desarrollo crece la complejidad de su estructura; 3.º Se hace cada vez más pronunciada la interdependencia de las partes, al extremo de que la actividad y la vida de cada una de estas, depende de la actividad y vida del resto; 4.º La existencia y el desenvolvimiento de dichas entidades, consideradas como *todo*, se hace cada vez más independiente del de sus partes.

Al lado de estas semejanzas, Spencer anota las siguientes diferencias: 1.ª Las sociedades carecen de formas específicas externas, si bien también en el reino vegetal, así como en las divisiones inferiores del reino animal, las formas son igualmente muy indefinidas. 2.ª En tanto que el tejido vivo del organismo individual constituye una masa continua, los elementos vivos del organismo social están más o menos diseminados sobre la superficie de la tierra; sin embargo, en los peldaños más bajos de la escala zoológica y botánica hay tipos en los cuales las unidades vivas están dispersas en medio de una substancia inerte que difícilmente podría llamarse viva: es lo que ocurre con algunos de los *protococos* y con los *nostoceas* que existen como células empotradas en una materia viscosa. Recuerda asimismo que la superficie sobre la que se hallan las unidades del cuerpo social no está completamente desprovista de vida, sino que goza de una vida de orden inferior. 3.ª Los elementos vivos del organismo individual están en su mayoría fijos en sus respectivas posiciones, lo que puede no ocurrir con los del organismo social. Diferencia no grande ésta, si se tiene en cuenta que si bien los ciudadanos pueden moverse cuando ejercen sus aptitudes privadas, están fijos cuando desempeñan las públicas y aun algunas privadas; así, cada gran centro de producción, cada ciudad o distrito fabril continúa siempre en el mismo lugar y muchas de sus grandes firmas comerciales se llevan durante generaciones por los que suceden a los fundadores de las mismas. 4.º Mientras en el cuerpo de un animal sólo un tejido especial está dotado de sensibilidad, en la sociedad todos los miembros son sensibles. Pero es de tener en cuenta que sólo en las formas más organizadas, la sensación está monopolizada por una clase de elementos vitales, pues en muchos animales inferiores la sensibilidad, en

cuanto existe, la poseen en todo el cuerpo. Además, aunque todas las unidades de una comunidad son sensibles, no lo son en igual grado; en general, las clases trabajadoras lo son menos que las intelectuales. (1)

Para Spencer, la vida normal del individuo, como la de la sociedad, depende del funcionamiento regular de tres aparatos: el *productor*, el *distribuidor* y el *regulador*.

Los aparatos productor y distribuidor equivalen en el individuo a lo que la Biología llama nutrición y circulación, y en la sociedad a lo que la Economía Política llama producción y circulación. (2) El tercer aparato estaría representado en el individuo, por el sistema nervioso y en la sociedad, por el gobierno. Pero, a pesar de lo que algunos piensen en contra, el procedimiento analógico en Spencer no es más que un medio para hacer más interesante la encuesta y más provechosa la exposición de los resultados obtenidos en las investigaciones realizadas en el dominio de las ciencias sociales.

El gran pensador, cuya obra toda no es más que una justificación de las teorías políticas y sociales del *liberalismo radical* (3), no podía concebir, ni por un instante, que el hombre pudiera estar sometido a la sociedad con la rigidez con que la célula lo está al organismo. De ahí la relativa facilidad con que suscribiera el siguiente pasaje: “Me he servido de analogías penosamente obtenidas, pero sólo como de un andamiaje útil para edificar un cuerpo coherente de

(1) *El Organismo Social*, traducción de Unamuno.

(2) Es por cierto significativa la asimilación que hace de la moneda a los glóbulos de la sangre, reproduciendo a este respecto el siguiente párrafo de las “*Cartas familiares acerca de la química*”, de Liebig: “La plata y el oro tienen que desempeñar en el organismo del Estado la misma función que los glóbulos de la sangre en el organismo humano. Así como estos discos redondos, sin tomar parte inmediata en el proceso nutritivo, son el medio, la condición esencial del cambio de materia, de la producción de calor y de la fuerza por la que se mantiene la temperatura del cuerpo y se determinan los movimientos de la sangre y de todos los jugos del cuerpo, así el oro se convierte en el medio de toda la actividad en la vida del Estado.”

Pero enseguida hace notar que Liebig olvidó poner de manifiesto la circunstancia de que el *medio circulante* sólo aparece en cierto estado de organización, pues así como en las especies inferiores de animales la sangre no contiene corpúsculos, en las sociedades de organización rudimentaria tampoco existe moneda.

(3) Sabido es que Spencer sostiene que la evolución política tiende hacia la libertad política, la evolución económica hacia la libertad de comercio y del trabajo, la evolución religiosa hacia la libertad de conciencia y la evolución doméstica hacia el reconocimiento de los derechos de la mujer y del niño.

inducciones sociológicas; derribémoslo, luego, y no por eso tales inducciones dejarán de mantenerse en pie de por sí.

Juzgando la teoría espenceriana, dice el señor Francisco Giner, en su "Persona Social", que ella ha suscitado contradictores desde muy opuestos puntos de vista, entre ellos *Renouvier*, paladín del criticismo neo-kantiano; *Janet*, representante del antiguo y clásico espiritualismo; *Fouillée*, defensor de tendencias conciliadoras análogas a las que en Italia corren bajo el nombre de *l'indirizzo medio*, y particularmente *Huxley*, el gran naturalista y fisiólogo inglés, apoyado, no pocas veces, en los mismos datos de las ciencias naturales que pretende invocar Spencer.

PABLO DE LILIENFELD TOAL es otro de los sociólogos que sienten grandes predilecciones por el organicismo. Trabajador infatigable, compartió su tiempo entre los pesados deberes que le imponía la administración rusa, en la que ocupó elevadísimos cargos, y las fatigosas tareas de la investigación científica. Carácter nobilísimo y desprendido, siempre prefirió a los grandes cordones de las múltiples órdenes con que fué agraciado, la modesta medalla recibida en calidad de colaborador en la emancipación de los siervos. Sus teorías se hallan bastante dispersas; así, en 1872, publicó sus "Pensamientos sobre la Ciencia Social del porvenir" en un solo volumen, escrito en lengua rusa y que desde 1873 a 1881 apareció sucesivamente en cinco: "La sociedad humana como organismo natural", "Las leyes sociales", "La psico-física social", "La fisiología social" y "Ensayo de una Teología natural." En 1896 la Biblioteca Sociológica Internacional publicó su interesante trabajo titulado "Patología Social". (1)

En 1897 fué elegido presidente del Instituto Internacional de Sociología, marchando a París para dirigir en carácter de tal los debates del Congreso que tuvo lugar en la Sorbona en Julio de 1897.

Trataba de escribir en francés un estudio sobre el *materialismo histórico* para el tomo VIII de los Anales del Instituto, cuando le sorprendió la muerte en San Petersburgo (2).

(1) Fragmentos importantes de esta obra tan acerbamente criticada por *Tarde* en sus "*Estudios de Psicología Social*", habían ya aparecido en la Revista Internacional de Sociología.

(2) Nos permitimos esta ligera digresión histórica, tomada de la biografía que con motivo de su muerte publicó la "*Revue Internationale de Sociologie*", en gracia de ser este autor algo menos conocido que el resto de los tratados en esta rápida reseña.

La idea directriz que informa la sociología lilienfeldiana, es la que la sociedad es un *organismo pluricelular, real y concreto*, constituido por los elementos primordiales: el *sistema nervioso social*, formado por los individuos-células, que se asocian en tejidos vivos y en órganos autónomos y la *sustancia intercelular social*, que comprende todas las cosas que circulan en el seno de la sociedad, correspondiendo en un sentido más lato al medio bio-físico ambiente que proporciona la materia prima para la satisfacción de las necesidades humanas.

Justifica la importancia que da al sistema nervioso por la circunstancia de ser el que presenta más integración y especialización de energías vitales, considerado ya en sus partes, ya como un todo. Los sistemas linfático muscular y óseo, dice, por su inercia, y su consistencia relativamente mayores, pertenecen a categorías de asociaciones celulares inferiores, aunque necesarias a la existencia de los organismos individuales. El hombre, como individuo, no se concibe sin ellos, lo que no ocurre con la sociedad, la cual, formada por seres que ya de por sí presentan centros nerviosos, no consta más que de un sistema nervioso. No se podría objetar, agrega, que el individuo está dotado de inteligencia y de facultades morales, que dispone de órganos especiales: del ojo, para la vista; de la oreja, para el oído; de la nariz, para el olfato; del paladar, para el gusto; de la piel, para el tacto y que estas facultades y órganos carecen de correspondencia en la sociedad. ¿Acaso una Academia de Ciencias y de bellas letras no está formada por individuos cuyas energías específicas, asociadas en una corporación, constituyen el órgano social correspondiente a las facultades intelectuales del individuo, y no es evidente que este órgano dispone además de una sustancia intercelular: las bibliotecas, los instrumentos científicos, adaptados a satisfacer las necesidades también intelectuales de la sociedad? Lo mismo ocurre con los Institutos Musicales, órganos sociales correspondientes al del oído en el cuerpo humano, y con las Academias de Pintura y de artes plásticas, correspondientes al órgano de la vista. Al mismo principio de especialización de las energías psico-físicas, se debe que el gobierno de un país represente la conciencia y la voluntad comunes de la población, correspondiendo a la parte del cerebro en la que se concentran la conciencia y la voluntad individuales. La esencia de los órganos, en las sociedades como en los individuos, es siempre la misma: servir

de expresión y de intermediarios a las energías específicas de dichas entidades.

Además, para Lilienfeld, toda comunidad humana presenta tres esferas: la económica, la jurídica y la política, que corresponden a las esferas fisiológica, morfológica y unitaria de los organismos individuales. Las leyes de evolución progresiva para cada una de ellas, pueden formularse del siguiente modo; para la esfera económica: aumento de la propiedad, marchando de consuno con el ejercicio de una mayor libertad económica. Para la esfera jurídica: delimitación más especializada y más neta de los derechos individuales y comunes y posibilidad siempre mayor para hacerlos valer. Para la esfera política: unidad de acción más viva, acompañada de libertades políticas más amplias.

Para las tres esferas simultáneamente: concentración de actividad más intensa con una diferenciación de fuerzas más especializada. ¿Cuál es el fundamento de esta ley?

Es la ley general que preside a la evolución de las fuerzas en toda la naturaleza, tanto orgánica como inorgánica, evolución que consiste en una integración progresiva, marchando paralelamente con una diferenciación siempre más singularizada de las energías inorgánicas y orgánicas.

Cambiando los términos a la fórmula, se obtendrá la ley del progreso que rige la evolución de todos los seres en general: aumento de propiedad y de libertad económica, lo que equivale a decir una mayor abundancia de substancias nutritivas, correspondiente a una acción fisiológica más intensa; delimitación más especializada de los derechos, marchando de frente con una libertad jurídica mayor, lo que equivale a expresar una diferenciación más desarrollada de los órganos, acompañada de una acción más variada entre las partes y el todo; unidad más fuerte con libertades políticas más amplias, lo que vale tanto como decir una concentración más viva de fuerzas, unida a una mayor independencia de las partes. *Propiedad, justicia, autoridad*, corresponden a la integración de las fuerzas sociales, tanto en relación al sistema nervioso, como a la substancia intercelular social; libertad económica, jurídica y política, corresponden a la manifestación exterior de las fuerzas sociales.

Toda colectividad humana, según el autor ruso, debe obedecer no sólo a las leyes que regulan la acción de las fuerzas vitales de las tres esferas, tomadas en conjunto, sino también a las leyes especiales de cada esfera, tomadas separadamente: un gobierno que rom-

pa con los principios del derecho, está condenado a la destrucción; un gobierno que ignore las leyes económicas, debe concluir necesariamente en la bancarrota; una sociedad sin ninguna autoridad, bajo cualquier forma que sea, no resultaría más que una utopía por la sencilla razón que tal comunidad importa un absurdo desde el punto de vista lógico, como también una imposibilidad desde el punto de vista de la realidad orgánica.

Siendo inmanentes las tres esferas, las unas respecto de las otras, bastará negar la necesidad de las leyes de la vida de una de ellas para atacar el principio vital de todas; así, no será tan sólo la vida política de una nación la que se hará imposible una vez abolida en ella toda autoridad, sino también toda acción económica y toda práctica de un derecho cualquiera.

SCHAFFLE es en realidad una de las personalidades polimorfas que más luces han proyectado sobre los problemas sociales de actualidad: filósofo y sociólogo, estadista innovador, publicista de fuste, articulista infatigable y polemista de bríos, ya desde 1875 empieza a publicar su gran obra "Estructura y vida del cuerpo social".

En ella empieza su autor por estudiar las unidades elementales de los vegetales y animales superiores, las células y la substancia intercelular, cuya reunión origina los tejidos, los órganos y el organismo complejo del cuerpo.

A estos diversos elementos busca Schäffle sus respectivos equivalentes en el cuerpo social: en la substancia constitutiva de éste, distingue a las *personas*, las que se congregan en *asociaciones*, y a los *bienes*, los que se manifiestan en forma de *patrimonios*. La fuerza espiritual es el único principio activo de dicho cuerpo; los bienes, el elemento pasivo.

En su opinión, la célula social es la familia, denominación que no sólo comprendería los cónyuges e hijos, sino también toda la parentela agnaticia y por afinidad; así como también a los criados.

Los tejidos que reconoce son: el *óseo*, que clava al cuerpo social en el suelo: lugar, calles, edificios, etc.; el *epitelial*: instituciones protectoras del patrimonio, de la salud, del orden moral y material y de la seguridad exterior; el *vascular*: instituciones económicas que sirven a los cambios de materia; el *muscular*: organizaciones técnicas del trabajo; el *nervioso*: instituciones que desempeñan la dirección espiritual; el *conjuntivo*: que se manifiesta en forma triple; a) por la parentela, troncalidad, pueblo, raza, engendrados por

la naturaleza b) por la amistad y las varias formas del trato libre social; c) por las clases, partidos y profesiones que nacen de la diversidad de vocación e intereses.

Los tejidos combinados entre sí, forman a su vez los complejos órganos de la vida social, los que afectan formas muy variadas, adecuadas todas ellas a su contenido y finalidad.

Pero a pesar de todas las comparaciones de detalle en que entra y del frecuente empleo de un lenguaje eminentemente biológico, como ser: *estructura y vida del cuerpo social; las formas y las funciones orgánicas; la familia como célula social; patología y terapéutica de la célula social, histología social etc.*, es muy discutible el derecho que nos asiste para clasificar a Schäffle entre los sociólogos organicistas.

En efecto, ya en el prólogo de la primera edición, afirma: “He seguido sistemáticamente las analogías reales de la Biología, descubiertas por Comte, Littré, Spencer y especialmente por Lilienfeld. Analogías reales de esta naturaleza, deben y pueden realmente existir, por que el cuerpo social, con la energía de los cuerpos orgánicos y con la fuerza de la naturaleza inorgánica, está frente a las mismas condiciones externas de la vida que los organismos. *Pero creo haber evitado los peligros de la analogía no científica; he procurado, en general, evitar las mismas ideas de organismo y orgánico, para indicar figuras y procesos sociales; las expresiones órganos, para indicar las más complejas instituciones sociales; tejidos, para señalar las instituciones simples, formadas de personas y de bienes y la equiparación de la familia con la célula orgánica; del poder ejecutivo, como impulso social del movimiento a la actividad motriz de los nervios y otras parecidas podrían ser completamente eliminadas por todo lector inteligente, sin que el análisis hecho pierda otra cosa que la analogía y su claridad*”. Y tanto podrían eliminarse, comenta un distinguido sociólogo, que en la edición de 1896 Schäffle se aparta de la terminología científica.

En suma y finiquito, para nuestro autor, las sociedades forman un reino propio, el reino personal-social, tipo superior de la vida universal y que aunque nace y se conserva por factores proporcionados por los reinos inorgánico y orgánico, es incomparablemente más rico que aquéllos en elementos materiales, estructuras y coordinaciones físicas.

ROBERTO ARDIGO, uno de los pensadores modernos que han desarrollado el positivismo en Italia de un modo más completo y ori-

ginal (1), cree que el organismo social es un producto natural y equiparable al organismo individual, y en su concepto la sociedad es una formación espontánea que nace, progresa y muere, siendo la *justicia* su fuerza específica. *Squillace*, en su libro “Le dottrine sociologiche”, resume del siguiente modo las analogías que *Ardigó* halla entre el organismo y la sociedad: 1.^a En el organismo, las partes son hasta cierto punto autónomas, pero a veces interviene el poder regulador del cerebro; del mismo modo en la sociedad, cuando la *conveniencia* por sí sola no basta para regular las relaciones entre los individuos, interviene la *justicia*. 2.^a Las partes del organismo son coordinadas mediante una función centralizadora, que produce el concierto de las mismas en la actividad del individuo total; igualmente, en la sociedad, la función *asociativa* del poder se sobrepone a la de los asociados y produce la moralización del individuo. 3.^a En el organismo no hay potencia centralizadora de las partes sin un órgano especial y la materia de tal órgano es tomada de las partes mediante un proceso de selección natural; asimismo, en la sociedad, no existe la coordinación de las partes que forman la justicia sin un orden de personas investidas por el poder de los medios suficientes para ello.

Como se ve, añade el mismo *Squillace*, todas las analogías puestas de manifiesto por el filósofo italiano se reducen al carácter concreto o discreto del organismo y a la centralización o difusión de conciencia, que *Ardigó*, a la inversa de *Spencer*, interpreta favorablemente para la analogía biosocial.

Según *WILHEM WUNDT*, uno de los primeros fisiólogos y psicólogos de nuestros tiempos y cuya obra de filósofo tan encomiada ha sido por *Harald Höffding*, en su conocido trabajo “Filósofos Contemporáneos (2), por *organismo* debe entenderse toda unidad compleja compuesta de partes, que constituyen a su vez unidades más simples con análogas propiedades y que sirven de órganos al todo. Pero, agrega, que sólo se da en los seres vivos, aunque por analogía se aplique a obras de ciencia o arte, máquinas, etc. que realizan ciertas funciones que en algo las asemeja a los organismos verdaderos. Como

(1) Sabido es que los profundos estudios y las intensas meditaciones a que se entregó en el silencio de los claustros, acerca de la filosofía escolástica y de la ciencia contemporánea, le convirtieron de católico sincero en positivista convencido y ardiente.

(2) Además de *Wundt*, *Hoffding*, en su libro trata de: *Ardigó*, *Bradley*, *Taine*, *Renan*, *Fouillée*, *Kenouvier*, *Boutroux*, *Maxwell*, *Mach*, *Hertz*, *Oswald*, *Avenarius*, *Guyau*, *Nietzsche*, *Eucken*, y *James*.

se echa de ver, Wundt, aun dentro del biologismo, aparece influido por el concepto tradicional que tiene en cuenta tan sólo los *organismos complejos*; no se atiende pura y simplemente a la *división del trabajo* como único carácter de todo organismo, concepto éste mucho más lato, traído de consumo por la experiencia y la especulación y que tendría la ventaja de incluir la noción de *organismo sin órganos* especiales y diferenciados (1).

En cuanto al organismo social en particular, para Wundt, consiste en una complejión, cuyos vínculos abrazan la vida de sus miembros, constituídos en órganos de ella y que presentan variedad de fines y división de trabajo; cree que las diferencias que median entre el organismo social y el individual impiden aplicar a aquél todo lo que en éste se halla. Hasta encuentra cierta oposición entre ambos, pues para él, en el individuo, la unidad de la conciencia, la persona, está en el todo, donde se funden los elementos inferiores e impersonales de la psiquis; en la sociedad, por el contrario, la personalidad falta en el todo y se halla precisamente en las unidades que la componen.

Pero, no contento con esto, hace notar que la intimidad creciente de los pueblos está formando al presente la idea de una sociedad de orden superior, la Humanidad, aunque no cree que ella llegue a constituir un verdadero organismo, que borre la independencia y soberanía de los Estados actuales. “Quizás, dice, el ideal, al menos durante largo tiempo, consistirá más bien en una consociedad y comunicación de cultura, que pueda ser compatible con esa independencia, en una conformidad de ideas morales, religiosas, estéticas, que acaso baste a satisfacer esa necesidad de unión entre todos los miembros de nuestra especie y permita ver en la constitución de ese organismo supremo un ideal, inaccesible, sí, pero al cual debemos cada vez más y más acercarnos.”

Anhelos tan noblemente generosos también se encuentran en *Krause*, aunque de un modo más decisivo y radical, cuando, embargado su espíritu por una fe profunda en el porvenir del género humano, escribe en su “Ideal de la Humanidad”: “Nuestra humanidad no está reunida en un todo orgánico en sí y en sus sociedades interiores; todavía no vive en la historia como una familia de hijos de Dios, como una patria terrena; pero, *está llamada a ello y lo alcanzará algún día*. Dios, la razón, la naturaleza y la voz interior en cada

(1) *Francisco Giner*, “La Persona Social.”

hombre, nos mueven a esta plenitud última. La deliciosa morada de la tierra, rica de vida, proporcionada en grandes y pequeñas divisiones territoriales, alternadas de mares y continentes, que marcan en sí moradas interiores para asiento de otros tantos pueblos y que forman un todo ligado, fecundo en producciones, accesible por sus lados externos al comercio material y social, espera de los esfuerzos comunes y de la paz entre los hombres, la época de reunir en su suelo, un solo pueblo y una sola familia humana”.

El simpático autor de la llamada *filosofía de la esperanza*, ALFREDO FOUILLEE, cree que la principal exigencia de nuestros tiempos es la conciliación del *naturalismo* al cual parece tender la ciencia, con el *idealismo*, que reclama la moral; éste es el pensamiento capital que informa su “Evolucionismo de las ideas fuerzas” (1), escrito, al parecer, en contraposición del evolucionismo exclusivamente mecánico de Spencer. Aplicando su método a la Ciencia Social, cree firmemente Fouillée que deben conciliarse las dos ideas de *organismo* y de *contrato* en otra más comprensiva a la que da el nombre de *organismo-contractual*.

A su modo de ver, la sociedad es un organismo formado por la naturaleza libre del hombre y que tiende cada vez con más fuerza a mantenerse por virtud del contrato, es decir, por virtud de la libre manifestación de la voluntad de los miembros que lo constituyen.

RENATO WORMS, a quién tantos y tan señalados servicios deben los estudios sociológicos en Francia, publica en 1896 su “Organismo y Sociedad”, en el que hace un detenido análisis de la anatomía, fisiología, patología, terapéutica e higiene sociales. Pero ante todo se preocupa, y de un modo muy especial, de refutar las impugnaciones más comunes que se han hecho a la concepción bio-analógica,

(1) Sabido es que *Fouillée* entiende la “fuerza de las ideas” en un triple sentido; desde el punto de vista “psicológico”, es el elemento activo y apetitivo que todo estado de conciencia encierra, además de su elemento representativo, que hace que tienda a realizar su objeto; desde el punto de vista “fisiológico”, la fuerza de las ideas consiste no en una acción que ellas ejercerían mecánicamente, sino en la ley que une todo estado de conciencia a un movimiento conforme el cual, si no encuentra obstáculo, trata de realizar la idea en el exterior; en fin, desde el punto de vista “filosófico”, la fuerza de las ideas consiste en que lo mental, en lugar de ser un simple reflejo accesorio de la evolución universal, es uno de sus factores primordiales.

tratando luego de establecer las verdaderas diferencias existentes entre los organismos sociales y los fisiológicos.

Sinteticemos sus ideas y argumentos:

A) Critica la objeción fundada en que sólo el individuo tiene una existencia real, en tanto que la existencia de la sociedad es meramente racional. Si afirmamos, dice, en presencia de un naturalista que *el hombre es un individuo*, nos responderá que no hay menos razones para no reconocer este carácter de *individualidad* a las células de que está formado el cuerpo de dicho hombre, a las granulaciones que componen estas células y hasta a los corpúsculos infinitesimales que se presienten en tales granulaciones. Recuerda asimismo Worms que ya *Claudio Bernard* hacía residir la vida en todas las moléculas de la materia organizada y que consideraba al ser fisiológico como constituido por una enorme cantidad de seres o individuos vivos, a los que llamaba *organismos elementales*, los que, reunidos y agrupados en las formas más diversas, constituían el organismo total. ¿A qué se reduciría, pues, la pretendida individualidad del hombre y su diferencia desde este punto de vista con la sociedad, si tanto el uno como la otra resultan *múltiples* anatómicamente y *únicos* fisiológicamente?

B) Se ha dicho que los elementos del organismo no pueden vivir aisladamente, pues mueren desde que se les separa del todo de que forma parte. Por el contrario, los miembros de la sociedad, o sea los hombres, pueden subsistir independientemente unos de otros y hasta sobrevivir a la sociedad a que pertenecen. Lo inexacto de la primera proposición ha quedado demostrada desde el clásico experimento de *Paul Bert* acerca de los llamados injertos animales. En cuanto a la segunda, es de tener en cuenta que, si es verdad que existen casos excepcionales como el de *Selkirk*, en que un individuo puede vivir aislado de sus semejantes, esto sólo ha sido posible debido al previo caudal de conocimientos atesorados en un estado social anterior y mediante el sostén poderoso de la idea-fuerza, de un futuro reingreso en aquél.

C) En el organismo, se dice, hay continuidad de substancia vital, es un todo *concreto*, lo que no ocurre en la sociedad, la que es un todo *discreto*. Worms no sólo admite la *continuidad social* sino que cree que ella es más fuerte que en el mismo organismo, haciéndola consistir tanto en la interdependencia económica, que crea entre los hombres, la división del trabajo, como en la semejanza innegable, de naturaleza física y mental, que existe entre todos ellos.

D) La sociedad, se afirma, está constituida por individuos conscientes y libres; el organismo por células que carecen de conciencia y libertad.

Respecto de la conciencia, la psicología moderna se muestra inclinada a encontrarla hasta en los primeros destellos de la vida, creyendo descubrir sus manifestaciones iniciales en la masa indiferenciada de protoplasma. Puede tal vez, merced a la división fisiológica del trabajo, realizarse una especie de delegación de la facultad consciente en pro de la categoría especial de las células nerviosas, pero esto no impide que en el fondo de toda célula dormite una conciencia, por débil que ella sea.

En cuanto a la libertad (1), es de tener en cuenta que más que en una libre elección para cada acto, ella consiste en el sello especialísimo y original que a las acciones imprime la idiosincracia de cada uno, característica ésta resultante de la herencia y de la adaptación, siendo por tanto de naturaleza sensible y no metafísica. Esta *personalidad*, verdadero núcleo de fuerzas acumuladas en medio de fuerzas difusas, que impide que el individuo se halle a merced de los elementos físicos, oponiéndoles resistencia y hasta utilizándolos en beneficio propio ¿no es acaso común al hombre y a la célula?

E) El organismo nace y se desarrolla mecánicamente; la sociedad por el libre consentimiento de los individuos que la forman. Pero si los hombres se han asociado, esto no ha podido realizarse mediante un acto de libertad absoluta, desde que esta libertad no existe y a su vez, si las células han permanecido unidas para constituir un organismo, esto no ha tenido lugar sin la obscura conciencia y acaso sin la rudimentaria libertad de que dan muestras en todas las manifestaciones de su vida.

F) Las partes del organismo existen en provecho del ser total representado por sus centros nerviosos, en tanto que los miembros de la sociedad no viven en provecho del Estado, sino que, por el contrario, éste existe en beneficio de aquéllos. ¿Pero quién puede sostener que en el organismo el aparato director no deba tener en cuenta las legítimas necesidades de los elementos dirigidos? Si el

(1) Esta objeción, dice *Worms*, podría refutarse negando sencillamente la libertad humana, desde que hasta los menores actos y que, según el lenguaje corriente, se ejecutan "sin saber por qué", parecen explicarse por razones de "mecánica biológica", según lo han demostrado los experimentos realizados hace ya tiempo por *M. L. Manouvrier*, en el laboratorio de antropología de la Escuela de Altos Estudios.

cerebro no toma las debidas precauciones para mantener en buen estado las vías digestivas, sufrirá ciertamente el aparato digestivo, pero muy luego las demás partes del cuerpo se resentirán y especialmente el cerebro, al cual enviarán sus impresiones dolorosas los órganos lesionados. En cuanto a la premisa de que el Estado debe tener en cuenta la felicidad de sus miembros más que la suya propia, es muy contestable, aunque no tiene gran importancia en la práctica, desde que los intereses de la entidad política están estrechamente ligados a los de los hombres a ella supeditados y viceversa.

A pesar de refutar Worms con tanta detención las objeciones a la teoría organicista, dice que sería *temerario pretender llevar esta analogía hasta la identidad*. Reconoce que el vínculo de la sociedad es más bien psíquico que corporal, en tanto que el del organismo es más bien corporal que psíquico. Admite también el desarrollo más elevado del elemento psicológico en los componentes sociales, lo que explicaría la mayor complejidad del compuesto a que dan origen y la infinita riqueza de las relaciones que en él pueden distinguirse.

Dejando de lado otros *dii minores* que han sostenido con éxito variable la teoría que nos ocupa y omitiendo las hermosas páginas que le han dedicado hombres del saber de PERRIER, ESPINAS Y BORDIER, recordaremos la brillante discusión que acerca de tema tan interesante tuvo lugar en el tercer *Congreso Internacional de Sociología*, celebrado en París en Julio de 1897.

Defendido ardientemente el organicismo por *Novikow Lilienfeld* y *Worms*, fué atacado rudamente por *Tarde*, que le opuso una teoría psicológica de la vida social; por *de Krauz*, que sostuvo contra él el materialismo económico; por *Stein*, que desarrolló los principios del método histórico y psico-genético; por *Steinmetz*, que refutó lo que consideraba hipótesis organicista con las mismas palabras con que *Laplace*, dirigiéndose a Napoleón, refutaba la idea de Dios (1), por *Starcke*, para el que la diferencia esencial entre el organismo y la sociedad estribaba en la circunstancia de que cuando se quiere actuar sobre aquél, hay que hacerlo sobre las células de que se compone, en tanto que cuando se quiere obrar sobre ésta hay que hacerlo sobre el medio en que ella se halla situada; por

(1) "No tengo necesidad de esta hipótesis y toda hipótesis superflua debe ser abandonada", frase que corre por el mundo acompañada con la más cortante del gran astrónomo *Lalande*. "Por todas partes he examinado el cielo y en ninguna he encontrado huellas de Dios."

Limousin, que aunque hacía ciertas concesiones al organicismo, creía que éste tenía cierto carácter místico y hasta ocultista; además, según sus palabras, “las organicistas *suponen* que las sociedades son seres, pero no lo *saben*, y es incontestable que la ciencia propiamente tal, se construye con lo que se sabe y no con lo que se supone” por *Karéiev*, que sostuvo que el organicismo, compartiría con el darwinismo social, el materialismo económico y el psiquismo social, la suerte de todas las teorías exclusivistas y unilaterales.

En cuanto al ilustre magistrado italiano barón *Rafael Garofalo*, que también tomó parte en la discusión, admitía que el organicismo era una ingeniosa hipótesis, pero no creía que sin ella la Sociología perdería su carácter científico; por el contrario, decía, si ésta aspira a tener personalidad propia, debe llamar en su auxilio no sólo a la Biología, sino también a la Historia, la Etnografía, la Estadística y la Filología.

Alfredo Espinas pronunció una hermosa disertación, de carácter, hasta cierto punto conciliador, pues si bien consideraba que las sociedades no eran organismos perfectos, desde el punto de vista fisiológico, creía que ello no era motivo suficiente para abandonar la idea de *vida* social y de *leyes* sociales. (1).

Si es verdad que con posterioridad a este gran torneo científico se han trabado bravas y porfiadas justas sobre el mismo asunto, de las cuales es brillante prueba la habida en la “*Revue Philosophique*”, entre *Espinas* (2) *Novikow* (3) y *Bouglé* (4), tenemos la firme impresión de que al labrar el acta de clausura de dicho Congreso, también se labraba el acta de defunción de la susomentada doctrina.

Exagerando tal vez algo nuestro juicio, podríamos decir del *biologismo* lo que *Luis Reybaud* escribió en 1854 del socialismo francés:

¡“Hablar hoy de él, es pronunciar su oración fúnebre”!

(1) Ver Anales del Instituto Internacional de Sociología.

(2) “Etre ou ne pas être ou du Postulat de la Sociologie — “*Revue Philosophique*” 1900.

(3) Les castes et la Sociologie biologique — “*Revue Philosophique*” 1900.

(4) Le procès de la Sociologie biologique—*Revue Philosophique* 1901.

Algunas referencias acerca del Organicismo en la República Argentina

Entre nosotros, son varios los autores que, de un modo más o menos incidental, han hecho aplicaciones más o menos justas de los fenómenos biológicos a los hechos sociales.

Ya don PEDRO SOMELLERA (1), siguiendo a *Bentham*, recurre al método analógico. Así, en el *discurso preliminar* con que encabeza sus "Principios de Derecho Civil", dictados en la Universidad de Buenos Aires, encontramos las siguientes palabras: "La *jurisprudencia* debe quedar hoy sujeta a un método científico. Han errado los que han creído a esta ciencia incapaz de demostración matemática. Si las demás han recibido modelos de método ¿por qué no ha de ser capaz de recibirlos la jurisprudencia? La clasificación de los males y de los remedios físicos ha metodizado la ciencia médica, pues la clasificación de males y remedios políticos debe meto-

(1) Nacido en Buenos Aires el 19 de Octubre de 1774 y fallecido el 6 de Agosto de 1854. Se graduó en Jurisprudencia en la Universidad de Córdoba, desempeñando muchos cargos de importancia. El 6 de Abril de 1823 fué nombrado profesor de "Derecho Civil" en la Universidad de Buenos Aires, cátedra que ilustró hasta 1828, año en que renunció a causa del mal estado de su salud. Publicó en 1824 por la Imprenta de los Expósitos la primera y segunda parte de sus "Principios de Derecho Civil", desarrollando con toda inteligencia las ideas de *Jeremías Bentham*, en materia de legislación, libro que la Universidad de La Paz y el Colegio del Cuzco, siguiendo el ejemplo de Buenos Aires, adoptaron como texto en sus cursos de Derecho Civil, a pesar de que la parte impresa solo abarcaba las "Personas" y las "Cosas". Esta circunstancia indujo al Colegio del Cuzco a pedir oficialmente la tercera parte, que comprendía las "Acciones"; "los Delitos"; "Modo de precaverlos". "De los jueces y de los juicios", pero no habiéndose aun publicado, se remitió manuscrito, por intermedio del plenipotenciario de la República en el Perú. Ver: "Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires", por *Juan María Gutiérrez*.

dizar la *ciencia legal*. El orden que aquélla guarda es trasportable a ésta. El cuerpo político puede tener también su *anatomía*, su *fisiología*, su *patología*, su *noxología* y su *terapéutica*, dice el incomparable Bentham; posibilidad que ha demostrado este jurisconsulto, reduciéndola a hecho”. Haremos notar de paso que la latitud con que emplea los términos *jurisprudencia* y *ciencia legal*, los hace equivalentes a lo que hoy llamamos *Ciencia Social* o Sociología.

En la primera parte de su curso, la que lleva el epígrafe de “Tratado preparatorio del Derecho, de la Ley, de sus fines y objetos”, dice: “La igualdad es otro de los constitutivos de la felicidad y por tanto otro de los objetos a cuyo logro debe dirigirse el legislador. Hablamos aquí de la igualdad de bienes como perteneciente a la *patología legal*. Trataremos después de la igualdad de derechos que corresponde a la dinámica, sobre que debemos fundar la *higiene política*.....”

El año 1892, el Doctor CARLOS ROJO publicó su libro “El Noventa” en el cual, decidido spenceriano, ensalzaba las excelencias del método organicista, admitiendo que el inmenso acopio de conocimientos atesorados por la Biología era una rica e inagotable cantera para la Sociología, la que no requería más que el esfuerzo de aplicación para hacerlo suyo; sostenía, asimismo, que dadas las analogías existentes entre los organismos individuales y los colectivos, ellas constituían un criterio seguro para analizar los fenómenos sociales cuyas leyes no pudieran descifrarse en otra forma y por otros medios.

Pero, sin duda, lo más interesante del trabajo es la parte dedicada a examinar a la luz de las ciencias médicas la génesis de una de las páginas más tristes y dolorosas de nuestra vida institucional, precisamente la que da el nombre a la obra: “El Noventa”.... Transcribiremos (1) algunos de sus principales párrafos, porque aun hoy mismo, y es penoso el decirlo, puede servir ella de admonición provechosa para los gobiernos electores de los países de la América latina, naciones jóvenes que la vieja y doliente Europa, buscando en otros una salud que ella misma no tiene, considera como retoños pletóricos de su savia fecundante de otrora, pero, que a los ojos del sociólogo que hace la historia natural de las socieda-

(1) También lo ha hecho el doctor *Antonio Dellepiane* en su libro “Estudios de Filosofía Jurídica y Social”.

cies aparecen como plantas, raquílicas y enfermizas por la acción corruptora de enjambres de minúsculos oligarcas, nepotes, pretorianos e histriones políticos, infames remedos, cuando no caricaturas despreciables, de pretéritos sátrapas y faraones, que al igual de inmundas larvas de voraces xilófagos, roen, pican y atarazan lo que debiera ser el árbol robusto y vigoroso de las libertades públicas.....(1)

“A no dudarlo, dice el Dr. Rojo, en los años que precedieron al 74, la República había empezado a adquirir cierta modalidad, bastante prometedora, en el ejercicio del sufragio..... Gracias a una práctica más o menos regular, el atrio electoral se presentaba ya como una vía inteligente, digna y salvadora de la República. Era como una de esas membranas de absorción orgánica que dejan filtrar únicamente los elementos simpáticos a la vida del cuerpo y que rechazan los que le serían nocivos. Al través de las mallas del escrutinio y según el criterio de las mayorías numéricas, pasaban a tomar parte en la dirección del cuerpo político, los elementos propios para la conservación y prosperidad social..... Esta virtud selectiva de la función electoral, en frente de la necesidad de integración de los elementos políticos, es tan preciosa en la sociedad, bajo el punto de vista de su conservación, que puede compararse al instinto de igual género que poseen los seres animados en los órganos destinados a su integración alimenticia. No falta en la hidra, que es uno de los seres más rudimentarios de la creación; pues si faltara, habría por eso mismo perdido toda garantía de existencia... Pues bien: por efecto de una violencia criminal, nos vino en 1874 la parálisis de esa función electoral. No nos detendremos en recriminaciones sobre ese atentado inolvidable, tan justamente condenado por todos. Pero permítasenos hacer notar aquí, una vez más, la profunda analogía que existe entre la manera de portarse los órganos sociales e individuales, ante las causas que los perturban en sus funciones. En uno y otro caso, el no cumplimiento de una función implica la falta de algo necesario para la vida, y el organismo se resiente; en uno y otro caso, la violencia o el traumatismo que hiere aquélla, engendra la inflamación. Así, en el caso de nuestra función electoral, herida en plena actividad, por mano de quien no hay para

(1) ¿Debemos ver en este fenómeno una de las resultantes de la tiranía de la sangre semita, heredada de los españoles y de cuyas garras aun no nos hemos logrado libertar?

qué nombrar, se produjo la violenta inflamación del año 1874. En este caso social, como en el caso individual de ser lesionados los tejidos, la fiebre se encendió en toda la República: los elementos irritados se conglomeraron alrededor del punto herido y se despertó la inmensa reacción de ese año en son de la fuerza medicatriz; de ese resorte común a ambos géneros de organismos, por medio del cual unos y otros se desembarazan de las causas que los perturban.

La reacción inflamatoria del 74, fué reducida, según costumbre, por las *sangrías* de la Verde y de otras partes y por la compresión de la fuerza; lo que, en medicina, equivale al uso de las emisiones sanguíneas y la aplicación de los astringentes..... La reacción inflamatoria social se comportó delante de la medicina política aplicada, como lo hacen las reacciones inflamatorias comunes: fué comprimida, más no curada, la dolencia, pues la función electoral quedó paralizada.

El mal pasó al estado crónico..... ¿Cuál fué la actitud de nuestros empíricos políticos ante tan grave emergencia? Hubo entonces como una consulta entre los prohombres de la política que pretendían restaurar al enfermo..... y de allí salió la célebre fórmula de la *abstención*..... Así no es extraño que la función electoral de la República, sometida a ese injustificable tratamiento de la inmovilidad, se encuentre hoy completamente paralizada o abolida; y que después de 17 años, cuando todos, en un acto de buena voluntad, la hemos llamado a la actividad para elegir un Presidente, no nos haya podido dar sino un *acuerdo*, algo que será muy bueno, pero que no es una elección..... Probablemente habríamos tenido un resultado muy diferente del de la paralización completa de la función electoral, si se hubiese atendido al consejo de la ciencia, que también lo era la voz del derecho; si se hubiese empleado el estímulo, la electrización de la función, excitando a los ciudadanos al atrio y aun a verter allí la sangre que malamente derramaron en otra parte..... Transcurridos seis años después de aquel atentado electoral, el año 80, con motivo del nuevo ciclo de integración del cuerpo político, prodújose otra vez la obstrucción electoral..... Esta vez, como la otra, encendióse la reacción popular en virtud de la misma fuerza medicatriz de la anterior, y como aquélla fué dominada también por las *sangrías* de los Corrales y la *compresión* de la fuerza armada y también, como en el primer caso, se impuso el consabido tratamiento de la *abstención*.....

Después de esas dos fechas, el 74 y el 80, llegamos al ciclo electoral de 1886. Esta vez, como las anteriores, la integración electoral del cuerpo político se hace de un modo anormal, porque la función electoral continúa suprimida. Sin embargo, la reacción inflamatoria, la revolución, no se produjo como en los ciclos anteriores. ¿Por qué?... Dos causas concurren para que la elección de 1886 apareciera sin el agregado de la subsiguiente protesta armada. La primera de esas causas fueron los seis años de la Presidencia anterior, que, conquistada por la fuerza de las provincias argentinas actuando contra la resistencia de un mal candidato porteño, establecieron un régimen presidencial enteramente militar, que en el momento electoral nos hizo ver en diversas partes del cuerpo del pueblo, las equimosis causadas por el rémington, asentado allí durante seis años consecutivos. La segunda causa de esa aparente regularidad electoral, consistió en la proximidad de un fenómeno que por su magnitud y sus múltiples violentos efectos, ha conseguido predominar sobre los otros síntomas que caracterizaron la catástrofe del 90 y que le ha dado su nombre: *la furia de improvisar fortunas...*

En los años 74 y 80, la inflamación o reacción local se termina por *resolución*, que es una de las terminaciones ordinarias de estos accidentes; sobre todo, cuando no se ha formado todavía *supuración*. La función electoral comprometida, no fué, sin embargo, restablecida; porque en lugar de estimular el ejercicio del aparato, se le inmovilizó con el *entablillado* de la abstención.

En el abceso del 90, a pesar de haberse empleado el mismo tratamiento que en las veces anteriores, a saber: las emisiones sanguíneas del Parque, el sistema antiflojístico de *Broussais* y la compresión de la fuerza, el proceso morboso no se terminó por *resolución*, sino por *supuración*. Es decir: las filas de los tejidos se abrieron por un movimiento natural de repulsión y dejaron caer el núcleo degenerado y completamente inapto y corrosivo para la vida orgánica del conjunto: el *leucocito del pus*.

Para que la analogía sea mayor, no faltó esta vez ni el síntoma del *chucho o escalofrío*, que en los casos que se terminan por *supuración* y que, en el que analizamos, podría compararse con el enfriamiento o el movimiento de despegue que se notó en el Congreso, en las filas de los amigos, al dejar caer al Presidente... ”

La enseñanza que fluye de esta larga transcripción, es bien significativa; la República Argentina se encontraba en los tiempos en que el Dr. Rojo escribía su libro y se encuentra aun hoy,

en presencia de una función profundamente perturbada: la función electoral.

Afortunadamente la desaparición de tal anomalía sólo tiene que ser cuestión de tiempo, venga el remedio de dónde viniere y sea quien fuere el llamado a aplicarlo. Si los gobernantes carecen de bastante entereza moral para trabajar duro y recio en tal sentido, la oposición tomará inevitablemente a su cargo tal cuidado y los hechos se han encargado de demostrar cuánto desbarraban los estadistas de tres al cuarto que en su tiempo se limitaban a explicar por pasajeros prestigios místicos y necroláticos, los aparentes milagros de un partido determinado, que aplastado a veces y al parecer definitivamente aniquilado, ha sabido, sin embargo, mantener latentes en todo el país, vida, fuerzas y bríos, inútil de buscar en otros partidos que aparecen y desaparecen al influjo del violento vendaval de los intereses y de las ambiciones de los hombres, como los montículos de ardiente arena que el simún abrasador del desierto hace y deshace a impulsos de su despótico y autocrático albedrío.

Es que tal partido, que para un *Bossuet* llenaría una misión providencial, para el *naturalista* desempeña un cometido biológico de trascendental importancia, cual lo es el restablecer la normalidad de la función en un organismo, quitando de por medio, hasta violentamente, si cabe, los obstáculos que a ello se oponen; y para el *sociólogo* la no menos importante tarea de ser un verdadero instrumento en manos del determinismo histórico que quiere, y lo diremos, a pesar del riesgo de aparecer paradójales, que las sociedades, aun dentro de las grandes y amplias leyes que las rigen, se encaminen derechamente hacia la libertad.

Y sabido es que la libertad aplicada a las prácticas electorales, a causa de su indiscutible e indiscutida virtud seleccionadora y depurativa, es cuestión de vida o muerte para los pueblos.

El libro del Doctor Rojo fué criticado, en tésis general, por el DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE, quien, con todo acierto, oponía al exagerado biologismo de aquél, las sensatas palabras de *Puglia*. “En el organismo individual hay relaciones y conexiones puramente fisiológicas, mientras que en el organismo social hay relaciones psicológicas, esto es, cambio de sentimientos y de ideas y relaciones económicas, es decir, cambio de elementos vitales, muy distinto del cambio fisiológico”. Para el doctor Dellepiane, entre los fenómenos sociológicos y los fisiológicos existía una diferencia, no sólo

Después de esas dos fechas, el 74 y el 80, llegamos al ciclo electoral de 1886. Esta vez, como las anteriores, la integración electoral del cuerpo político se hace de un modo anormal, porque la función electoral continúa suprimida. Sin embargo, la reacción inflamatoria, la revolución, no se produjo como en los ciclos anteriores. ¿Por qué?... Dos causas concurren para que la elección de 1886 apareciese sin el agregado de la subsiguiente protesta armada. La primera de esas causas fueron los seis años de la Presidencia anterior, que, conquistada por la fuerza de las provincias argentinas actuando contra la resistencia de un mal candidato porteño, establecieron un régimen presidencial enteramente militar, que en el momento electoral nos hizo ver en diversas partes del cuerpo del pueblo, las equimosis causadas por el rémington, asentado allí durante seis años consecutivos. La segunda causa de esa aparente regularidad electoral, consistió en la proximidad de un fenómeno que por su magnitud y sus múltiples violentos efectos, ha conseguido predominar sobre los otros síntomas que caracterizaron la catástrofe del 90 y que le ha dado su nombre: *la furia de improvisar fortunas...*

En los años 74 y 80, la inflamación o reacción local se termina por *resolución*, que es una de las terminaciones ordinarias de estos accidentes; sobre todo, cuando no se ha formado todavía *supuración*. La función electoral comprometida, no fué, sin embargo, restablecida; porque en lugar de estimular el ejercicio del aparato, se le inmovilizó con el *entablillado* de la abstención.

En el abceso del 90, a pesar de haberse empleado el mismo tratamiento que en las veces anteriores, a saber: las emisiones sanguíneas del Parque, el sistema antiflojístico de *Broussais* y la compresión de la fuerza, el proceso morboso no se terminó por *resolución*, sino por *supuración*. Es decir: las filas de los tejidos se abrieron por un movimiento natural de repulsión y dejaron caer el núcleo degenerado y completamente inapto y corrosivo para la vida orgánica del conjunto: el *leucocito del pus*.

Para que la analogía sea mayor, no faltó esta vez ni el síntoma del *chucho o escalofrío*, que en los casos que se terminan por *supuración* y que, en el que analizamos, podría compararse con el enfriamiento o el movimiento de despegue que se notó en el Congreso, en las filas de los amigos, al dejar caer al Presidente...”

La enseñanza que fluye de esta larga transcripción, es bien significativa; la República Argentina se encontraba en los tiempos en que el Dr. Rojo escribía su libro y se encuentra aun hoy,

en presencia de una función profundamente perturbada: la función electoral.

Afortunadamente la desaparición de tal anormalidad sólo tiene que ser cuestión de tiempo, venga el remedio de dónde viniere y sea quien fuere el llamado a aplicarlo. Si los gobernantes carecen de bastante entereza moral para trabajar duro y recio en tal sentido, la oposición tomará inevitablemente a su cargo tal cuidado y los hechos se han encargado de demostrar cuánto desbarraban los estadistas de tres al cuarto que en su tiempo se limitaban a explicar por pasajeros prestigios místicos y necroláticos, los aparentes milagros de un partido determinado, que aplastado a veces y al parecer definitivamente aniquilado, ha sabido, sin embargo, mantener latentes en todo el país, vida, fuerzas y bríos, inútil de buscar en otros partidos que aparecen y desaparecen al influjo del violento vendaval de los intereses y de las ambiciones de los hombres, como los montículos de ardiente arena que el simún abrasador del desierto hace y deshace a impulsos de su despótico y autocrático albedrío.

Es que tal partido, que para un *Bossuet* llenaría una misión providencial, para el *naturalista* desempeña un cometido biológico de trascendental importancia, cual lo es el restablecer la normalidad de la función en un organismo, quitando de por medio, hasta violentamente, si cabe, los obstáculos que a ello se oponen; y para el *sociólogo* la no menos importante tarea de ser un verdadero instrumento en manos del determinismo histórico que quiere, y lo diremos, a pesar del riesgo de aparecer paradójales, que las sociedades, aun dentro de las grandes y amplias leyes que las rigen, se encaminen derechamente hacia la libertad.

Y sabido es que la libertad aplicada a las prácticas electorales, a causa de su indiscutible e indiscutida virtud seleccionadora y depurativa, es cuestión de vida o muerte para los pueblos.

El libro del Doctor Rojo fué criticado, en tésis general, por el DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE, quien, con todo acierto, oponía al exagerado biologismo de aquél, las sensatas palabras de *Puglia*. "En el organismo individual hay relaciones y conexiones puramente fisiológicas, mientras que en el organismo social hay relaciones psicológicas, esto es, cambio de sentimientos y de ideas y relaciones económicas, es decir, cambio de elementos vitales, muy distinto del cambio fisiológico". Para el doctor Dellepiane, entre los fenómenos sociológicos y los fisiológicos existía una diferencia, no sólo

cuantitativa, sino también *cualitativa*, de donde que considerara como ilusión falaz y candorosa la posibilidad de explicar los primeros por los segundos, y de echar con las bases de la Biología, los cimientos de la Sociología.

En el tomo segundo, correspondiente al año 1896, de la revista ‘La Biblioteca’, el señor PABLO GROUSSAC, con el título de ‘La Paradoja de las Ciencias Sociales’, publicó un interesante artículo, el cual, si bien no tenía por objeto principal el organismo, daba ocasión a su autor para expresar sus ideas al respecto: “Puede que los sociólogos modernos, dice, se excedan en su cotejo de la circulación comercial con la vascular o de la administración nacional con el sistema nervioso: en sus términos latos, el procedimiento es legítimo y guarda más ventajas que inconvenientes. Encuentro utilidad en estudiar, por ejemplo, el estado reciente de que convalece la República Argentina, como una enfermedad generalizada, una distrofia constitucional, cuyo pronóstico depende de sus causas primitivas y cuyo tratamiento, parecido al de la anemia globular, habría de ser muy prolongado para alcanzar plena eficacia. Pero no debe echarse en olvido que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales; sobre todo conviene no abusar del paralelo: *ne quid nimis*. Si tiene alcance profundo y gr. la observación de que así en el organismo individual como en el colectivo, el estado anémico insidioso y rebelde, cuando secundario, se cura casi espontáneamente si proviene de hemorragia accidental; sería pueril insistir demasiado en la analogía funcional de la circulación metálica, cuya merma caracteriza la crisis monetaria, con los glóbulos rojos, cuya penuria constituye la lesión anémica. En estas páginas, arriesgadas bajo mi sola responsabilidad, lo que critico, pues, no es tanto la clásica asimilación que he mencionado, como su abuso peligroso en cuanto afecta a los métodos y conclusiones. Por lo demás, muy lejos de desechar el cómodo cotejo, me atrevería a sentar, apurando la hipótesis, contra el parecer general de los economistas: que si una sociedad en cualquier momento de su evolución es un organismo, una sociedad civilizada es una persona. Es decir, que también consta de un cuerpo y de un alma (no retrocedo ante la terminología), un cuerpo con sus funciones y necesidades determinadas, un alma con sus aptitudes determinantes, de las cuales es mero instrumento el aparato director de los sociólogos.

Y este viejo concepto dualista, que al parecer todo lo complica, es el que en realidad todo lo explica.”

En el temor de no interpretar fielmente las precitadas palabras del señor Groussac, nos abstenemos de anticipar si a nuestro entender ellas expresan el pensamiento íntimo de un organicista, de un anti-organicista o tal vez del que pudiéramos llamar un ultraorganicista.

Algo más: ignoramos el valor y alcance que da a la última parte de la frase. “*si una sociedad en cualquier momento de su evolución es un organismo, una sociedad civilizada es una persona*” pues con razón se ha hecho notar que si a una sociedad, aun tomada en las formas más altas de su desarrollo, puede no faltarle la conciencia de las cosas y de su distinción frente a ellas, es por demás discutible que al igual de lo que en el lenguaje vulgar y corriente llamamos personas, también tenga ella la conciencia de sí misma, como un verdadero ser, como un *Yo*; es decir, que también esté dotada de la función superior del espíritu que parece *unificar* lo uno y lo múltiple, lo continuo y discontinuo, lo permanente y lo variable.

El doctor CARLO OCTAVIO BUNGE, en su libro “Teoría del Derecho”, en el capítulo que lleva por título “Las grandes falacias sociológicas”, clasifica en seis categorías los errores de método en Sociología: error matemático, error antropomórfico o antropocéntrico, error lógico, error naturalista, error económico y error biológico.

“El error naturalista, dice, consiste esencialmente en una exageración del principio orgánico. Contra la escuela idealista e individualista del siglo XVIII, surge la reacción realista de la escuela orgánica preconizada por *Comte*. La sociedad no es ya un simple agregado de hombres inteligentes y libres, sino un verdadero organismo, un *complexus* biológico individualizado, con sus funciones y sus órganos. Las exageraciones de esta metáfora feliz, el considerar a la sociedad como un perfecto organismo, en un todo semejante al de cualquier animal superior, es lo que llamo el *error naturalista*. Pues si la sociedad puede compararse a un organismo, en todo caso será un organismo especialísimo, *sui géneris*, al cual no pueden siempre generalizarse las leyes naturales de los demás organismos vivos” “Por su parte, agrega, no es el *error biológico* más que una aplicación también demasiado exclusiva y sobre todo demasiado directa, de los principios biológicos a la Sociología. La causa genérica e

indirecta de todo fenómeno social puede hallarse sin duda en la Biología; pero querer aplicar, por ejemplo, el principio de la selección natural al anacoretismo, suponiendo que el anacoreta se elimina siempre por su incapacidad para la lucha por la vida en el mundo laico, es sin duda una generalización aventurada, una verdadera falacia biológica. El sociólogo ha saltado sofisticadamente de la fase política del fenómeno a la Biología, olvidando el orden lógico de causación que he formulado en la ley de las cuatro fases.”

En realidad no acertamos a encontrar una diferencia bien neta y fundada entre los que el doctor Bunge llama *error naturalista* y *error biológico*; creemos que el pensamiento científico del autor nada hubiera perdido en exactitud y verdad, reduciéndolos a uno solo.

En el sub-capítulo “Doble aplicación de la Biología a la Sociología”, sostiene de un modo decidido que si bien la aplicación directa de la Biología a la sociedad-organismo puede aclararnos muchos fenómenos sociológicos, en general es un sistema de razonamiento peligroso y desprovisto de suficiente precisión científica.

En la edición francesa de su obra, titulada “Le Droit c’est la force”, indica las etapas sucesivas por las que en su opinión ha atravesado la escuela que llama orgánica: 1.ª Sociología neta y primitivamente *organicista*; 2.ª Sociología *organicista en la forma*, pero donde ya se han establecido, de un modo positivo, las diferencias entre el organismo social y el organismo animal, admitiéndose en que sólo por comparación y en cierto modo indirectamente conviene aplicar a la sociedad principios biológicos; 3.ª nueva tendencia que considera a la sociedad como *una entidad psíquica organizada*.

A esta última doctrina, que califica de *teoría psíquica*, la considera como *científica y bien fundada*.

¡Y sin embargo, no se ha objetado a la concepción psicológica de la sociedad la circunstancia de ser tan unilateral como la fisiológica, a la que tanto combate y en reacción a la cual parece haber surgido?.....

ANÁLISIS

del libro de Worms

Organismo y Sociedad

Organismo, Vida, Sociedad

En esta parte, Worms trata de precisar detenidamente el concepto de los dos términos cuya comparación constituye la espina dorsal de su trabajo *organicismo y sociedad*, tarea más difícil de lo que a primera vista parece, porque presupone como condición previa el desarrollo pleno de las ciencias biológicas y de las sociales y bien sabido es, respecto de las primeras, que ellas no han alcanzado ni con mucho el grado máximo de su perfeccionamiento y en cuanto a las segundas, que apenas si han logrado salir del período inicial de su desenvolvimiento.

Considera que el organismo es *un todo vivo formado por partes vivas* o en otras palabras, *un ser dotado de vida*; pero esta definición es una de esas explicaciones que a su vez necesitan ser explicadas y que coloca al filósofo frente a frente a una de las cuestiones magnas cuya difícil solución no ha dejado de atormentar constantemente al espíritu humano en todos los tiempos y en todas las latitudes: *el problema de la vida*.

De ahí que se preocupe de la determinación de las relaciones entre la *Biología* y la *Abiología*, esforzándose por investigar y poner de manifiesto los caracteres distintivos entre el mundo de lo vivo y el de lo inanimado. Analiza detenidamente los rasgos diferenciales basados en la morfología externa, en el fenómeno de la nutrición y sus derivados, en el movimiento y en la sensibilidad, encontrando que si ellos no bastan para fundar una oposición, justifican por lo menos una distinción efectiva entre los *organismos* y los *inorganismos*. Pero entiende que por grande que sea esta diferencia, ella nunca es de naturaleza, sino simplemente de grado.

OBSERVACIONES

Si bien es verdad que tal vez Worms no profundiza mayormente el problema en cuestión, sino que se limita a bosquejar a grandes rasgos los caracteres que distinguen a los seres dotados de vida de los que carecen de ella, no por eso deja de ser exacto su punto de vista al aparecer informado su criterio por el principio *leibziano* de la *continuidad*, según el cual la vida es universal, (1) nada hay de inerte en la Naturaleza; lo que denominamos seres vivos, son concentraciones de energías vitales esparcidas por el universo, y que constituyen un solo conjunto con las fuerzas motrices: causa de movimiento, fuerza, actividad, vida; son sinónimos en el fondo; no hay reino inorgánico, sino un solo reino orgánico, cuyos desarrollos diversos afectan formas minerales, vegetales y animales...

Deteniéndonos un instante siquiera en asunto de importancia tal, recordaremos que la filosofía científica contemporánea tiende a unificar las múltiples manifestaciones de la fuerza y de la materia, considerándolas como expresiones de un solo agente primordial: la *energía*; (2) la condensación de ésta, según ella, constituye la *materia* cuyos átomos están dotados de energía intra-atómica, la cual, al desprenderse, produce las fuerzas del universo (3). Esa materia única asume formas y estados físicos distintos, permitiendo sus propiedades diferenciadas clasificarla en cuerpos simples y compuestos, en inorgánica y orgánica, en estados coloides y cristaloides, en organizada y viviente. Las llamadas químicas inorgánica y orgánica, tienden hoy a confundirse y a su vez la química orgánica y la organizada sólo por convención puede separárselas.

Los fenómenos catalíticos y los estados coloidales han tendido una especie de puente entre el mundo inanimado y el mundo vivo,

(1) ;Con cuánta sublimidad no expresó *Poktor* este pensamiento al decir: "La ola de la vida que recubre hoy nuestro planeta no es otra cosa que una leve huella en el océano de la vida de todo el sistema solar y este océano a su vez constituye solamente una insignificante ola en el océano de la vida eterna del Cosmos!"

(2) *Guillermo Ostwald*, en su "Filosofía Natural", considera a las altas funciones del entendimiento humano (conciencia, pensamiento, sentimiento y voluntad), de igual modo que a los más sencillos procesos físicos y químicos (calor, electricidad, afinidad química), como *especiales formas de energía o fuerza natural*.

(3) Ver *Le Bon* "La Evolución de la materia."

revelando analogías de propiedades y de constitución molecular; las mismas diastasis constituyen verdaderas formas de transición entre la materia organizada y la materia viva. (1)

Esto ha permitido inducir una verdadera evolución de las *especies químicas*, a partir de las más simples, originadas por la asociación física y química de los elementos, hasta los compuestos de estructura molecular y funciones más diversificadas como los albuminoides; en una palabra, a sentar como probabilísima una verdadera *filogénesis química* (o evolución de las especies químicas) y una *ontogénesis* química (o evolución del individuo químico). (2).

De modo que nada justificaría la pretensión de los que quieren ver algo extraordinario en la vida y la de los que quieren formar con ella un mundo aparte, pues en último caso su química sería la de la materia y su física la de las fuerzas naturales. (3)

Este concepto de la formación genética de la sustancia viva como resultado de la *variabilidad de las especies*, hace innecesario también el afán insomne de ciertos naturalistas para sorprender con mirada profana los misteriosos balbuceos de la aurora incierta y pálida de la vida en determinados rincones del planeta, y con preferencia en los profundos abismos del silencioso reino de las aguas (4).

La vida no tan sólo parece haber sido un hecho de tiempos pasados, sino que posiblemente es un fenómeno de realidad actual, debido a la transformación progresiva de ciertas especies de materia en sus especies inmediatas, a la mayor complicación de su estructura ató-

(1) José Ingenieros "Nueva hipótesis sobre el origen de la vida".

(2) Horacio Damianovich, "La teoría de la generación espontánea", trabajo encabezado por el siguiente epígrafe: "La Físico-química, con sus preciosos métodos de investigación, llegará á establecer experimentalmente la evolución de la vida que acompaña a la organización gradual de la materia."

(3) Alguien ha llegado a representar la ecuación general de la vida por la siguiente fórmula bio-dinámica: $V = f(I, C)$; I ; representaría la energía individual; C , las energías cósmicas y V , el acto resultante, o sea la vida.

(4) Así, el gran naturalista *Erasmus Darwin* que *Osborn* coloca al lado de los grandes poetas de la evolución como *Empedocles*, *Lucrecio* y *Goethe* escribe: "La vida orgánica nació bajo las ondas marinas y creció en las límpidas grutas del océano; primero, formas no visibles con lente alguna, se movieron en el fango y navegaron en la masa acuosa y cuando sucesivas generaciones surgieron, adquirieron más facultades y órganos mayores; entonces aparecieron innumerables grupos de vegetales y animales capaces de respirar y provistos de plumas, garras y alas. Después vinieron formas intermedias entre las marinas y las terrestres (anfibios) y por último las formas terrestres de la vida". — (Cita de *Damianovich*.)

mico-molecular, a la fijación de nuevas formas de equilibrio físico-químico y a la adquisición de propiedades que en determinado momento se manifiestan en bellísima eflorescencia por los llamados fenómenos vitales (1).

Estas ligeras consideraciones hacen ver cuan fundado es el *monismo* de Worms al admitir entre *organismos* e *inorganismos* diferencias de valor meramente relativo.

¿Cuál es el concepto que Worms tiene de la *sociedad*? Desde luego cree que este término sólo es aplicable a una reunión de seres, dotados cada uno de ellos de una verdadera individualidad orgánica, pero esto no implica que todo conjunto de partes vivas sea necesariamente una sociedad, pues en tal caso el mismo organismo sería un ejemplo de ella, desde que de por sí ya encierra una multiplicidad de elementos que individualmente considerados también gozan de vida. Para que haya *sociedad* se requieren unidades que a su vez tengan el valor de organismos.

De ahí que, aún con todas las reservas del caso, Worms razone sin embargo, sobre la base de la definición de que la *sociedad* es una *reunión de organismos*:

¿Pero, basta, dice, refiriéndose a las colectividades más perfectas, las humanas, (2) un conglomerado de hombres para constituir una sociedad? No, por cierto; debe tratarse de reuniones duraderas; así, el auditorio de un profesor no puede recibir con propiedad el nombre de *sociedad*, pues al salir de clase los asistentes se dispersan y poco o nada queda del efímero vínculo que poco antes se había establecido entre ellos.

Sin embargo, el carácter de perdurabilidad no es el único, pues existen agrupaciones que aun con ser permanentes no son sociedades desde el punto de vista sociológico, como lo atestiguan las llamadas sociedades comerciales, literarias, científicas o filantrópicas que absorben tan sólo una parte de la actividad humana, en tanto que las sociedades propiamente dichas reclaman toda la actividad de todos sus coasociados, sin excepción alguna.

(1) Acerca de la renovación de la vida a través del tiempo y del espacio, despertó mucho interés hace algún tiempo la concepción cosmogónica del sabio físico de Estokolmo *Svante Arrhenius*. (Ver el libro de *Henri Poincaré* "Lecciones sobre las hipótesis cosmogónicas").

(2) Pues sabido es que Worms también admite las sociedades animales como las de abejas y hormigas y aun las vegetales como las constituidas por los bosques de pinos y encinas.

En definitiva, Worms aclara y perfecciona la concepción de la sociedad como una asociación de seres vivos, cada uno de los cuales puede subsistir aisladamente, al afirmar que ella es *una agrupación duradera de seres que ejercen en común la totalidad de sus actividades*. Noción esta, a nuestro modo de ver, más explícita que la de *Wundt*, cuando dice que la sociedad es reducción a unidad de una pluralidad originaria y hasta preferible a la tan conocida de *Spencer* cuando sostiene que la sociedad es un agregado de individuos, un ser concreto que subsiste durante generaciones y siglos, como realidad viva y orgánica.

Distribución de materias en la obra Worms

El sociólogo francés estudia las sociedades desde los distintos puntos de vista desde los cuales los biólogos consideran a los organismos; hace primero lo que pudiéramos llamar su *anatomía*, examinando sus formas externas y su estructura interna; analiza los elementos que las constituyen y su modo de agruparse; luego pasa a su *fisiología*, encarando detenidamente las funciones de nutrición, de relación y de generación. Conocido el mecanismo de la vida social, investiga cómo se han formado las comunidades humanas, cuál ha sido el proceso de su desarrollo, que factores han actuado sobre su evolución, modificándola en un sentido o en otro, qué relaciones guardan las sociedades entre sí y cuál es su clasificación más apropiada.

Finalmente, con el nombre de *patología, terapéutica e higiene* de las sociedades, estudia sus enfermedades, remedios y prácticas tendentes a prevenirlas.

Elementos del cuerpo social

Para Worms, los elementos del cuerpo social son los seres humanos, pero a modo de cuestiones de previo y especial pronunciamiento, se pregunta: ¿todos los seres humanos que se encuentran en una sociedad, pueden considerarse elementos de ella? ¿sólo los seres humanos forman parte de la sociedad?

A) A la primera cuestión responde afirmativamente y cree que por alejados que se hallen los hombres por la raza, la cultura, la fortuna o el poder, desde que se reúnen de un modo permanente adunando sus múltiples actividades, llegarán a constituir un mismo todo y que a las diferencias originarias pronto sobrevendrá la *homogeneidad*, resultado forzoso de la misma vida en común, la que poco a poco nivelará sus condiciones, igualará sus culturas y mezclará sus sangres. Sólo podría admitirse, agrega, una excepción a favor de los extranjeros que se hallan de paso y que conservan el *animo revertendi*, pues para considerarse miembros de una misma sociedad, no basta encontrarse en ella de un modo accidental y material, sino que hay que pertenecerle en cuerpo y alma.

B) Algunos han creído, dice, que forma parte de la sociedad todo lo que contribuye a mantener su vida, de un modo directo o indirecto; así, los animales que ayudan al hombre en sus trabajos, como el caballo o el buey; o que le auxilian contra otros animales, como los perros de caza o los halcones; o que le proporcionan alimento, como las vacas o los corderos; o vestido, como las ovejas o los gusanos de seda; o adorno, como las ostras perleras o simple distracción, como las aves que recrean el oído con sus cantos.

Cosa análoga llegan a afirmar de los vegetales utilizables, de los minerales aprovechables y hasta de la tierra, del agua y del aire.

Los sostenedores de esta tesis, son los que necesitan hacer intervenir todos esos elementos para responder satisfactoriamente a la objeción que se les hace, fundada en la *continuidad* del organismo y en la *discontinuidad* de la sociedad. Pero, sabido es, por una parte, que el organismo no es tan continuo como parece y por otra que la homogeneidad psíquica de los elementos del cuerpo social le asegura una continuidad suficiente, no siendo necesario recurrir a otros elementos vivos o no vivos que en realidad le son extraños y que de ningún modo llegan a poner toda su actividad en común con la del hombre.

OBSERVACIONES

¿En cada nacionalidad existe una sola sociedad
o dos sociedades superpuestas?

En el capítulo sintetizado, Worms muestra una confianza, no muy justificada por cierto, en una *homogeneización* progresiva de

los elementos constitutivos de las sociedades. Dejando de lado por ahora el dislocamiento tan pronunciado de las comunidades humanas en *clases sociales*, idea y a la vez sentimiento, que parece arraigarse en el corazón de los hombres de nuestros días con más fuerza que el de *nacionalidades*, basta leer el nutrido libro de *Alfredo Nicéforo* “Las clases pobres” para convencerse de que la sociedad, como un todo único y uniforme, es una verdadera leyenda, desde que en un mismo territorio y bajo idénticas instituciones, coexisten en realidad dos sociedades por lo menos y a las que a falta de otros términos más comprensivos llamaremos el *pueblo* y el *no pueblo*.

Toda la obra del citado escritor parece encaminada a probar, no ya con dialéctica de arrequives y garliborleos estilísticos, sino con parvedad de palabras, pero con abundancia copiosa de hechos, la verdad del triste aserto de *Lubbock*: ¡el pueblo no es más que un gran salvaje perdido en el seno de la civilización!

Para comprobar sus afirmaciones, estudia detenidamente a las clases populares desde los distintos puntos de vista físico, fisiológico, emotivo e intelectual.

Aborda en primer término los caracteres físicos: talla, peso, perímetro torácico, índice de respiración, fuerza, resistencia a la fatiga, circunferencia de la cabeza, altura de la frente, capacidad craneana, peso probable del encéfalo, color de los ojos, de los cabellos.

Estudia luego los fenómenos fisiológicos, psico-fisiológicos y puramente psicológicos: pulsaciones, natalidad, duración media de la vida, mortalidad, sensibilidad física y moral, impulsividad, imprevisión, pobreza en la asociación de las ideas, falta de ideas abstractas, forma automática de la imaginación, incapacidad para concebir las ideas complejas. . .

Pero sobre todo es interesante la excursión que hace a través de las creencias, (1) prácticas supersticiosas, danzas, tatuajes, y de

(1) Nada más curioso que el estudio de las creencias religiosas del pueblo; pero como no es posible detallar ni en mínima parte el nutrido arsenal de datos de que dispone *Nicéforo*, nos limitaremos a consignar algunos hechos de observación vulgar: las clases populares, dice, viven aun en pleno politeísmo, habiendo hecho de cada santo un Dios especial; así, para las quemaduras invocan a San Lorenzo; para calmar el dolor de muelas a Santa Apolonia; para el panadizo a San Buenaventura; para los ojos a Santa Lucía y Santa Clara; para la pústula maligna a San Lázaro; para el cólera, el tifus y la escarlatina a San Francisco de Sales; para la escrófula y la lepra a San Luis; para los reumatismos a Santa

un sin número de usos y costumbres tanto en el pueblo de las ciudades como en el de los campos; igual cosa puede decirse de sus eruditas investigaciones acerca de la marcada predilección que demuestran las clases bajas por determinado género de novelas, tradiciones, representaciones teatrales y poesías y hasta de las modificaciones que imprimen al lenguaje ordinario, derivando de él jergas especiales que sería erróneo, por cierto, considerar como privativas de los delinquentes.

En suma, para el sabio profesor, las capas inferiores de la sociedad parecen representar el modo de sentir, de pensar y de querer de otros tiempos; una verdadera compenetración social íntima no ha existido ni existe, particularmente en las sociedades viejas, y dadas las actuales condiciones económicas, no lleva trazas de convertirse en una venturosa realidad, dejando de ser una de las tantas generalizaciones atrevidas, engendradoras de paralogismos y a las que tan acostumbrados nos tiene la aplicación del método geométrico a las ciencias sociales.

Ana; para la tifa a San Pablo, etc., etc.... Para preservarse de todo género de males en la guerra, en los trabajos y en los viajes, se dirigen a la Santa Virgen o a San Antonio, por medio de una oración especial que se asegura haber sido encontrada sobre el sepulcro de Nuestra Señora, en el valle de Josafat; para ser protegido contra los animales rabiosos, las víboras, etc., a San Huberto; para preservar a los ganados de los lobos y de las enfermedades a Santa Genoveva; para prevenir las pestes que atacan a las papas a San Fiacre y a San Agrícola, etc., etc.

Además, no hay forma grosera del antiguo paganismo que no subsista entre las ignorantes poblaciones rurales de muchos países; por ejemplo, el culto de los astros, de las fuentes, del fuego, de los árboles, de las rocas y piedras. Tal vez el mismo santuario de *Lourdes* represente una lejana supervivencia del culto de las aguas, sin desconocer por ello que la auto-sugestión, la radioactividad del líquido elemento u otras causas naturales, puedan tener alguna influencia en sus pretendidas curas milagrosas.

Y el buen pueblo vive no sólo en pleno paganismo, sino también en plena superstición; compruébanlo el temor a los eclipses y a los cometas, a los días y números nefastos (p. ej: el martes y el 13), al grito de la lechuza, al aullido nocturno del perro; los agoreros anuncios sacados de la fractura de un espejo, del vuelco de un salero, etc., etc.

¡Cuán supina ignorancia de la universal ley de la causalidad no revelan estas chistosas puerilidades!

Y aun entre las consideradas clases ilustradas, agregaremos nosotros, ¿demuestra por ventura más lógica y buen sentido la aristocrática dama cristiana al atribuir virtudes sobrenaturales a su escapulario o al crucifijo colgado a la cabecera de su regio lecho, que la salvaje de riscos y breñas, habitante de oscuras espeluncas, que pide á su ridículo amuleto que la preserve de los malos espíritus? ¿Y la veneración idolátrica que se tiene por los retratos de los antepasados y por los objetos dejados por los llamados muertos queridos, no son acaso, respectivamente, formas del culto de las imágenes y del culto de las reliquias?

La célula social

Cree Worms, que la célula social es el *individuo* y no la *familia* ni la *pareja* humana, como lo han sostenido muchos autores.

Dos argumentos, dice, se han dado para sostener que la familia es la verdadera célula social, de orden lógico el uno, de orden histórico el otro.

Desde el punto de vista lógico, se repite con *Augusto Comte* que “un sistema cualquiera debe necesariamente estar formado por elementos que sean esencialmente homogéneos: un ser vivo tiene por elementos células vivas; de igual modo, una sociedad debe tener por unidades otras sociedades pequeñas; el hombre no puede ser esta unidad, la que sólo podría encontrarse en la agrupación humana más simple: la familia.”

Sólo ella es homogénea a la sociedad, pues, como ésta, posee su gobierno, su economía, su moral, su espíritu propio; tenía en la antigüedad su religión doméstica, el culto de los antepasados familiares y aún hoy el recuerdo de sus ascendientes y el respeto por la tradición que han dejado, constituyen una buena parte del patrimonio común de sus miembros.

El hogar es la fragua donde se forjan los dos grandes sentimientos tan necesarios en toda sociedad: la obediencia y el amor; en él hace el niño el aprendizaje de las virtudes o experimenta el contagio de los vicios que llevará a la vida social, en medio de la cual actuará.

Veamos el argumento histórico: en los inicios, la única agrupación conocida era la familia, cuyo desarrollo da origen a la tribu; estas se unen para constituir ciudades, las cuales se aglomeran para formar los Estados. Ahora bien, una vez constituido el Estado, la tribu se ha desorganizado progresivamente; la misma *gens* ha visto relajados sus vínculos, permaneciendo tan sólo inconvencible la familia; esta continúa siendo la *unidad legal*, desde que los códigos modernos reconocen autoridad, al padre sobre los hijos; la *unidad moral*, desde que es en ella donde se desarrollan los sentimientos altruistas y donde primero se manifiesta la cohesión del individuo con sus semejantes y la *unidad económica*, desde que en el hogar ya existe división y solidaridad de trabajos...

Worms, combate estos argumentos:

Desde que el Estado se ha constituido, dice, parece haberse esforzado en arruinar las agrupaciones originarias de que ha derivado; ha desorganizado la tribu y la gens, y no podía haberse detenido ante la familia. La desorganización de ésta es ya manifiesta; es cierto que se habla de su unidad económica, moral y legal; pero acaso no las vemos rotas todas al mismo tiempo, cuando el hijo, contrayendo matrimonio, se separa de sus padres?

Desde este momento cesa la vida en común y si las afecciones persisten, en cambio no se continúan ni la unidad de patrimonio ni la patria potestad. Y aun antes de que los hijos abandonen el hogar paterno, el nexo familiar no es ya lo que era en otro tiempo; desde luego no posee la unidad económica, pues cada uno de los miembros de una misma familia desempeña en la sociedad una tarea determinada por sus aptitudes y sus gustos, sin relación con las que realizan los demás, lo que no ocurría en la familia antigua.

Jurídicamente, también la familia se ha visto quebrantada; de tres maneras se manifestaba su unidad legal, en Roma: por la patria potestad, por la unidad del patrimonio y por la responsabilidad colectiva de la familia.

Nada de esto ocurre hoy.

En cuanto a la patria potestad, desde el poder absoluto que ella implicaba entre los romanos, ha ido sufriendo distintas restricciones al extremo de ser en la actualidad un poder bastante relativo.

En lo referente a la unidad del patrimonio familiar, en general los hijos nada podían poseer; todo lo que adquirirían era para el padre, pero en cambio eran considerados como los co-propietarios de todos sus bienes y cuando a su muerte le sucedían, heredaban como herederos de sí mismos. En los códigos modernos tal unidad del patrimonio familiar no existe: los hijos, aun siendo menores, pueden poseer bienes propios, y el padre a su vez es más propietario personal de sus bienes que en otro tiempo.

Por lo que respecta a la responsabilidad colectiva de la familia, apenas si quedan vestigios en las legislaciones, como ser la responsabilidad de los padres por los daños causados por los hijos que cohabitan con ellos.

Tampoco subsiste la unidad política de la familia: en Roma, en los más antiguos comicios por curias, sólo los jefes votaban por sus respectivas familias; hoy no sucede esto; en general todo ciu-

dádano mayor de edad toma parte en la constitución del gobierno de su país, sin que nada tenga que ver el jefe de la familia a que pertenece.

También ha sido rota la que pudiéramos llamar unidad intelectual. Antes existía para toda la familia, una moral y una religión única, un solo modo de ver y de comprender las cosas; hoy cada uno puede formular para sí su ética, su religión, su filosofía y su ciencia.

En suma, ni económica, ni jurídica, ni política, ni moral, ni intelectualmente, la familia ha continuado siendo el grupo homogéneo del pasado.

El argumento lógico, tampoco resiste al análisis: es menester, se ha dicho, que el todo y las partes sean de naturaleza semejante, de modo que la unidad social se resuelva en último caso, en una sociedad más reducida.

Y bien, ¿puede sostenerse legítimamente que sean de naturaleza semejante la sociedad y la familia?

Económicamente las funciones están divididas al infinito en la sociedad, no siendo equiparable ni remotamente a ellas las tareas *interiores* del padre, de la madre y de los hijos.

Jurídicamente, las relaciones sociales están basadas en contratos entre individuos que se reputan libres e iguales, mientras que las relaciones domésticas aun se fundan en el antiguo principio de autoridad paterna, por más que la tendencia de la legislación contemporánea tienda hacia la libertad para reconocer cada vez más amplios derechos a la mujer y a los hijos.

Del mismo modo políticamente, si es posible hablar de un *gobierno familiar*, éste reposa sobre distintos principios que el gobierno de la nación; allí, es la autoridad atemperada por el amor; aquí, es el libre acuerdo de los individuos el que hace la ley. Se deja a los padres la dirección de sus hijos, porque el cariño que naturalmente deben sentir por ellos hace presumir que harán buen uso de sus facultades, pero sería muy peligroso abandonar el poder absoluto de un país en manos de un solo hombre.

El ideal ético que informa a la familia es distinto del que informa al Estado; la primera debe cimentarse en el afecto; el segundo, en la justicia.

En conclusión, económica, jurídica, política y moralmente, hay diferencias y hasta oposición entre la familia y la sociedad, por lo

que Worms sostiene que la verdadera célula social está representada por el individuo; la independencia de éste es teóricamente ilimitada y en la misma práctica muy grande, justificándose las restricciones existentes por la necesidad del concurso entre los individuos para llevar la vida en común y perfeccionarla.

Tampoco acepta, de consiguiente, la teoría que hace de la pareja humana la célula social, por las peligrosas consecuencias que de tal premisa pudieran derivarse para la política, al reconocer derechos sólo a las parejas y no a los individuos.

Teme ver reproducidas en nuestras legislaciones las incapacidades con que en otros tiempos se castigaba a los célibes.

OBSERVACIONES

La actual crisis ético-social y la familia; de ningún modo puede considerarse a ésta como la célula social

Creemos con el sociólogo cuyas teorías analizamos, que se procede poco sólidamente al erigir a un agrupamiento tan inestable y en tan manifiesto grado de desorganización como la familia, en lo que pudiéramos llamar unidad básica de la sociedad.

Ensayemos demostrarlo: sabido es que en todos los tiempos los poetas, esos eternos mimados de las Hipocrénides, percibiendo tan sólo a la Naturaleza y a la vida a través de los mágicos prismas de su exaltada imaginación, cantaron en arpas de oro las dulzuras del amor y adornaron con las galas de su brillante fantasía los afectos de familia y los atractivos del hogar.

Pero hoy todo ha cambiado, y con razón los filósofos y moralistas hacen notar, con la crudeza que da la visión real de los hechos, que vivimos en pleno período de anarquía ética, anarquía originada por el desorden de fuerzas sociales encontradas, en medio de las cuales el efímero y atormentado Yo, expuesto a todas las incertidumbres y a todos los sobresaltos, flota cual débil esquife azotado por las espumantes ondas de borrascoso mar, y al que hacen zozobrar vientos que soplan furiosamente en sentido opuesto; por un lado, la *moral cristiana*, cuyos fundamentos crujen, que ha hecho época y a cuyo ocaso asistimos y por el otro, la *moral científica*, cuya aurora columbramos y que aparece informada en la razón, la

libertad y sobre todo en las preciosas conquistas de las ciencias de nuestros días.

Atravesamos una época de transición, lo que explica que las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, tengan un valor meramente convencional y hasta si cabe sólo, provisional.

Al mágico conjuro de la ciencia iconoclasta, todo ha sido removido y arrojado a la inflamada arena del debate; todo ha sido puesto en tela de juicio; todo es en la actualidad materia de controversia; nada se subtrae al examen; todo se investiga y se escruta, se desmenuza y analiza y hasta se hace irreverentemente la crítica de los críticos.

La Religión, el formidable Atlante que todo lo sostenía sobre anchas y recias espaldas, ha cedido y todo ha caído con él por tierra; el encanto ha quedado roto y los hechizos se han desvanecido; nada conserva el carácter sagrado, todo se ha laicizado; nada hay de celeste; todo es terrestre: hasta *Jesucristo*, el hombre Dios, es clasificado por los sabios como un degenerado físico y mental, como un miembro desgraciado de la gran familia neuropática y que en nada difiere de los *teómanos* que la sociedad de hoy, procediendo cuerda-mente, recluye en los manicomios y confía al cuidado de los médicos alienistas. (1).

Día a día presenciamos impasibles la inmolación despiadada de arcaicos dogmas que, cuales cuervos de negro plumaje, habían permanecido durante siglos anidados en el fondo de la conciencia humana; los antiguos libros sagrados han perdido todo carácter divino y apenas si se les tolera como escrituras bárbaras para tribus igualmente bárbaras; las sillas curules en que se sentaban los hierofantes han saltado astilladas y hechas pedazos, y dispersos y errabundos

(1) Parece que Jesucristo presentaba ciertos síntomas peculiares a la descendencia del alcoholista. "Del heredo-alcohólico, dice Binet Sanglé, en su conocida obra "La Folie de Jesús", tenía la constitución mediocre, la pobreza de las concepciones, la debilidad del razonamiento, las ideas fijas, el desequilibrio intelectual, la incoherencia, la hipersugestibilidad, las ideas megalomaniacas, persecutivas y místicas, el desequilibrio emotivo y sentimental, la tristeza crónica, los terrores nocturnos, la irresolución, la falta de energía, la impulsividad, la manía ambulatoria, las anomalías del instinto sexual, la esterilidad. Estaba afectado por una de esas demencias degenerativas que son tan frecuentes entre los bebedores, y esta demencia presentó la precocidad de las locuras heredo-alcohólicas: se manifestó en la época de la pubertad. Como muchos de los heredo-alcohólicos era, a lo que parece, tuberculoso...."

aquéllos, han arrastrado en pos de sí los misterios de que se decían celosos guardadores; las vestales, asietadas sin compasión por el Pensamiento, el implacable sagitario, huyen despavoridas y el fuego santo de las religiones se extingue...

Ninguna persona que se precie de medianamente sensata y razonable aspira hoy a las felicidades eternas, ni siente turbado su espíritu por el temor a las infernales torturas, los espantajos soberbiamente ridículos que amedrentaron a la desventurada y enloquecida humanidad medieval..... Los arcanos insondables día a día se esfuman, cuales jirones que en revuelta confusión arrastran las ráfagas que airado Aquilón desata y no hay templo que no se haya profanado, ni altar que no haya sido derribado, ni ídolo que no haya sido roto, ni urna del pensamiento que no haya sido abierta. ¡No más legisladores sobre el Ida, el Olimpo o el Sináí! ¡No más tabernáculos, ni *sanctasanctorums*, ni aras santas guardadoras de la verdad! se proclama a grito herido, a la faz estremecida de la tierra, sacudiendo furiosamente las columnas del pasado. Los ideales, verdaderos soles candentes, han recorrido su órbita y hasfa el por tanto tiempo considerado como ideal de los ideales, Dios, inspira a nuestros contemporáneos la misma sonrisa deadeñosa y compasiva que las leyendas y los mitos de los viejos dioses inspiraba a los paganos de los últimos tiempos..... Y no sólo esto, sino que constituyen legión los que, sintetizando al par que simbolizando, con propiedad más o menos legítima, en dicha ambiciosa generalización metafísica el conjunto de las creencias religiosas, le zahieren y apostrofan no ya de inútil sino hasta de perjudicial, pontificando con gesto airado y ademán impetuoso. ¡¡No ante los fríos altares levantados a Dios, el pensamiento eunüeo, sino ante las aras encendidas, consagradas a Luzbel, el pensamiento rebelde, debe postrarse en acción de gracias la Humanidad redimida del futuro!!

Epoca caótica en verdad, posiblemente tumba y cuna a la vez, tumba de un mundo que pasa, cuna de un mundo que avanza; hora solemne en que el humano pensar ignora a ciencia cierta si se halla en presencia del fin de un período orgánico y el principio de un período crítico o del principio de un período orgánico y el fin de un período crítico. Obscura enercujada desde la cual es imposible arrancar a la esfinge de los tiempos el pavoroso enigma. ¡Entrará el género humano a padecer por los senderos espinosos y cubiertos de nieve de un crudo y largo invierno o a gozar en los prados floridos de una sonriente y alegre primavera!

¿Divisamos el despuntar de sonrosada aurora o el crepuscular atardecer de un ocaso?

Se explica, pues, que en este naufragio psíquico-social haya también experimentado sus dolorosos efectos la familia, esa institución por tanto tiempo venerada y colocada por encima de las divisiones religiosas y de los partidos políticos, esa mística comunidad que los teólogos, en brillante metáfora, equipararon a una arca de Noé, en la que la paloma de cariños mutuos y amores recíprocos encontraba asilo inviolable y sus alas inmaculadas, ansiado reposo.

Desde luego las fuentes mismas que han de originar la familia, las uniones matrimoniales, están envenenadas. Aún a riesgo de pecar de banales nos preguntaremos una vez más: ¿Se tiene en cuenta en la generalidad de los casos lo que en concepto de Goethe debiera ser la esencia misma del matrimonio, la *afinidad electiva*? ¿Se piensa antes del momento solemne de contraer enlace en que éste debe ser la sanción de un altruismo generoso y no la de un egoísmo grosero? ¿Se reflexiona un solo instante que si son respetables los intereses individuales de los contrayentes, también lo son, y no en menor grado, los de los hijos a nacer y los de la sociedad en que se va a vivir? ¿Se tiene presente que alianzas contraídas atendiendo sólo a posiciones sociales u otras ventajas personales, cualesquiera que ellas sean, implican sencillamente una prostitución vergonzante, sea que contribuyan a consagrarla un magistrado, un sacerdote o una celestina anónima? (1). ¿Se calcula que en las uniones en que para nada entran las cualidades personales: salud, inteligencia, carácter, nobleza de espíritu, belleza, y en las que sólo hay de por medio títulos nobiliarios, arcas de valores (2), si se adquieren o conservan situaciones sociales privilegiadas o fortunas cuantiosas, en cambio sus poseedores escriben el *Mane, Thecel, Phares* de su progenie? (3).

(1) "Las Mentiras Convencionales de la Civilización", por Max Nordau. — Capítulo: "La Mentira del Matrimonio".

(2) Todos recordarán las híbridas uniones matrimoniales, tan en boga en su tiempo, entre las opulentas hijas de los "reyes del tocino" y ciertos nobles que, no temiendo venir á menos, tenían por menor defecto el de empeñarse de continuo en ver el fondo de la traidora copa.

(3) ¿Cuánta verdad encierran las palabras, tantas veces citadas, que el hijo *natural* dirige al hijo *legítimo* del Rey Lear, de Shakespeare: "Siento correr por mis venas el hirviente río de la juventud. — Retoño vigoroso, he nacido del amor de dos seres bellos, jóvenes, ardientes, al paso que tú, frágil criatura, sin energía, sin vida, has nacido de la unión triste y helada de dos seres, unidos por un contrato que no puede excitar en ellos la llama de los sentidos". (Cita de Loria en "Problemas sociales contemporáneos.")

¿Es humanamente posible creer que de estas uniones antinaturales puedan originarse familias que, según el ideal krausista, nazcan del amor, se conserven en el amor y por el amor se perpetúen? ¿Será en ellas el afecto recíproco el sol que ilumine el hogar doméstico, con rayos tan poderosos que se convierta en fuente viva del amor paternal y filial, permanente y total como el de los esposos? Mucho lo tememos.

Sentado lo que precede y constituida la familia, ¿puede admitirse que las condiciones en que ella se desarrolla sean las más favorables para llenar sus fines? No lo creemos. Tanto la familia de la alta sociedad, como la de la baja sociedad segregan verdaderas toxinas que las auto-inficionan. Sabido es que los sentimientos afectivos de familia no nacen formados con el individuo sino que se desarrollan lenta y progresivamente bajo la presión asídua y constante de la existencia en común; la íntima solidaridad doméstica entre personas que sólo se reúnen de tarde en tarde y por breves instantes no tiene ocasión, ni siquiera posibilidad, de organizarse y fortalecerse; la acción viva y eficaz del consejo y del ejemplo huelga con todas sus desastrosas consecuencias.

Y, sin embargo, tal es lo que ocurre en la vida práctica: el hogar del rico y el del pobre están desgarrados; tanto el fastuoso palacio del primero como el mezquino tugurio del segundo, se hallan por lo general desiertos; hace ya tiempo que el culto de los Lares ha desaparecido de ambos. Las razones son obvias en uno y otro caso. La vida social, que si no es la expresión de los siete pecados capitales, como se la ha llamado, es por lo menos una vida de orden inferior y no superior, de sensaciones y no de ideas, arrastra a los ricos en irresistible vórtice de perenal *gaudeamus* en pos de los viajes de placer, de las fiestas mundanas, los banquetes, los casinos, los hipódromos y a las ricas hacia las frívolas visitas y recibos, los paseos públicos, los teatros, los bailes, los templos y do quiera puedan ostentar su lujo necio y chillón y hacer pujas su vanidad insolente y provocativa.

No quiere decir esto que seamos contrarios a los placeres, pues reconocemos con Spencer (1) que no sólo se justifican sino que hasta son necesarios, pero no es posible que ellos constituyan por sí solos el objeto único, ni mucho menos el móvil principal de toda una

(1) Hablando de los efectos fisiológicos del placer y del dolor dice: "Un placer es un paso hacia la vida, un dolor un paso hacia la muerte".

clase de seres humanos, pues a más altos destinos está llamada toda existencia racional, por el simple hecho de haber aparecido sobre la tierra que a dejar transcurrir muellemente los días en la pereza, en la holganza y en el ocio, al mismo tiempo que todo un mundo agosta lo mejor de sus fuerzas en el trabajo ímprobo y rudo, devorando con avidéz un pan más duro y más negro que la tierra que araña y fecunda y en tanto que toda una humanidad se agita, se afana, sufre y gime, suda gotas de sangre y llora lágrimas de lava!

No somos tampoco contrarios a la vida social predicando un insensato y mal comprendido retorno a la Naturaleza como es corriente hacerlo desde el Ginebrino hasta el gran Apóstol de Toula, ni sería por cierto nuestro ideal ver transformado el ecúmeno en un inmenso convento donde se llevara rígida vida monástica, permitiendo tan sólo en muy contadas ocasiones a los míseros mortales, cual a los frailes medievales, entreabrir tímidamente el ventanillo de la celda claustral para inquirir si aún existe el mundo o si ya Satanás lo ha sumergido en los infernales abismos de su tenebroso imperio (1).

Pero sí admitimos que es menester reducirla a límites prudentiales, pues ella por lo menos importa un derroche supérfluo de fuerzas económicas que a la larga ha de reflejarse necesariamente en la economía general del país y lo que es mucho más peligroso, implica una dispersión de energías biológicas y psíquicas que tarde o temprano y en forma de fatal herencia han de arrastrar penosamente los descendientes, a la manera de invisible pero pesada cadena (2).

Si la atmósfera de lujo y grandeza en que se desenvuelve la existencia agitada de los que sólo viven *ad pompam vel ostentationem* es la menos propicia para fortalecer los vínculos domésticos y la menos apta para asegurar la buena educación de los hijos, ¿puede admitirse que el miserable hogar del desventurado proletario, ese predilecto del hambre y del dolor, sea la tan suspirada unión de músicos celestiales, impregnada de idílico sentimentalismo, con la que siempre sueñan los poetas? No, por cierto; desde luego, ya en el “Manifiesto del Partido Comunista”, considerado como la Carta Magna del proletariado, se consignan las siguientes observaciones:

“La burguesía ha arrancado el velo de tierna poesía que envolvía las relaciones de familia, para convertirlas en frías relaciones

(1) *Tarnassi*.

(2) ¡Cuánta enseñanza no fluye de *Los Espectros*, de Ibsen, producción cuyo nombre más apropiado debiera ser: *De los tristes efectos de la herencia morbosa*.

de dinero. . . . Las declamaciones burguesas sobre la familia, sobre la educación y sobre las afectuosas relaciones entre padres é hijos, son tanto más repugnantes cuanto que a consecuencia de la gran industria todos los lazos de la familia para el proletariado se rompen cada vez más y los niños se transforman en simples artículos de comercio, en instrumentos de producción”.

Desgraciadamente, es muy cierto que el actual régimen capitalista, con el fúnebre cortejo de males que le acompaña, no es el más favorable para hacer del hogar del pobre un nido de canoros ruiseñores entregados en la soledad de los bosques y de las rumorosas fontanas al sólo cuidado de sus tiernos hijuelos. Por un lado, la fábrica, el obraje o el taller, esos minotauros devoradores de la actividad humana, secuestran desde la mañana hasta la noche, al padre, a la madre, al hijo y a la hija en distintos y a veces en muy lejanos puntos de una misma ciudad o de sus alrededores, y cuando después de largas horas de agobiante tarea se reúnen en fugaz compañía, lejos de encontrar la tan preciada paz del alma, el epílogo más infeliz corona una infeliz jornada: violentas escenas de injurias y de vías de hecho en las que no es factor despreciable el estado hiperestésico de los cónyuges, resultante de las misérrimas condiciones económicas en que penosamente se desarrolla el doloroso drama de la existencia de estos seres. El padre, penetrando en el estrecho, frío y desmantelado guardillón donde siente multiplicado el grito desgarrador que a su corazón ulcerado arranca el sufrimiento, porque lo entiende reflejado, aunque heroica y silenciosamente reprimido, en el rostro macilento y lívido y en los ojos hundidos y suplicantes de su mujer y de su hambrienta prole.

La madre, por lo común arrastrando mecánicamente su vida obscura y atrofiada entre una cárcel y un ergástulo, entre el zaquizamí asesino que la envenena y la fábrica cruel que la tritura y la aniquila.

No es humanamente posible que tales progenitores se cuiden de sus hijos más de lo que lo harían las aves de la enramada por los pequeños que caen del nido y que el vendaval arrastra cuales amarillentas hojas otoñales, que desprendidas de los árboles van á terminar sepultadas en las pestilentes y letíferas aguas de fangosa e inmundada charca.

Si son varones estos hijos, no tardarán en hacer vida independiente con otros hermanos en desgracia, pululando por las calles y sitios públicos de las ciudades, sucios, descalzos, harapientos y des-

garrados, como tribus de beduinos urbanos, por no decir, con *Bellamy*, como bandadas hambrientas de perros bastardos, hasta que llegue la hora inevitable de alistarse en el temible ejército de la delincuencia. Si son mujeres, flores aún en capullo, bajarán al arroyo para obtener el quinto cuarto que el trabajo honesto les rehusa, pero que los suyos necesitan.

Si el espíritu de familia tan seriamente se halla comprometido, tanto en los peldaños superiores como en los inferiores de la escala social, porque tan enemigo parece mostrarse de la opulencia extremada como de la miseria angustiosa, ¿le hallaremos por ventura en las llamadas clases medias? No lo creemos.—En estas, más que en las otras, si cabe, es jurisprudencia constante, para emplear términos del lenguaje foraticio, considerar al matrimonio como una carga abrumadora, cuando no insoportable y odiosa, como un conjunto de restricciones, de deberes, de sujeciones y de responsabilidades; la *filocrisia*, que tanto caracteriza a nuestra época, tiene buena parte en esta verdadera *gamofobia*, haciendo desconocer o por lo menos olvidar el concepto filosófico que de la institución que nos ocupa debe tenerse, para considerarla sólo desde el punto de vista económico, que, con ser tan importante, no es ni puede ser el único y exclusivo.

Pero en esta crisis alarmante por que atraviesa el matrimonio y su legítimo derivado, la familia, ¿acaso no actúa también en calidad de agente patógeno el carácter indisoluble del vínculo consagrado por una buena parte de las legislaciones? Y la misma forma monogámica de la familia, ¿responde a las necesidades biológico-sociales de una época que parece caracterizarse por el fenómeno de la dispersión del amor? ¿Se aviene con el espíritu democrático y liberal de las instituciones actuales?

Los hechos y las distintas modalidades que se ofrecen al observador parecen mostrarnos que estamos abocados a formas nuevas de una institución vieja.....

En tesis general, sólo colocándonos en el falso punto de vista a que nos indujera una injustificable regresión a un pasado oprobioso, podría negarse el derecho y la facultad de disponer libérrimamente de la propia persona, tanto sea del propio cuerpo como del propio sentir y querer. La plena libertad de amar, y de amar con toda amplitud y sin restricciones, es indiscutible y axiomática; su inalienabilidad se impone al entendimiento con la fuerza de los juicios

apodícticos, pues pertenece a la categoría de libertades bio-psíquicas necesarias y hasta esenciales en la expansión de la vida del ser humano.

¿Podría creerse que la libertad, esa estrella esplendorosa que con la luz purísima y celeste del ideal, guía a hombres y pueblos en su larga e indefinida peregrinación a través de las tierras y de las edades, sea un bien en todo, excepto tan sólo en el amor, don precioso y al que sólo el hombre, invocando la asendereada razón del interés público, ha pretendido someter a injustificable como a rígida coyunda?

Es una verdadera teratología ideológica admitir que la promesa de fidelidad conyugal, producto no pocas veces de un lamentable error o de un momento de fatal extravío, pueda hipotecar *ad perpetuum* toda la existencia de seres libres y racionales, obligándoles a arrastrar una vida sin fe, sin goces, sin consuelos y sin esperanzas, arrasando brutalmente con lo que es y debe ser un derecho natural, imprescriptible e inalienable.

A todas luces es una aberración y hasta un crimen contra todo derecho humano y divino que lo que puede no ser más que la ligereza de un instante sea inflexible y ferozmente castigado con un triste y desesperado *adiós para siempre* a las brillantes alegrías del amor, de la felicidad y hasta de la existencia, porque el suicidio no pocas veces es el doloroso y obligado coronamiento de una unión desgraciada (1).

Desde el punto de vista de la filosofía jurídica una legislación informada en una moral que no sea estrecha y antihumana debe pues consagrar lisa y llanamente, como *mínimum*, el divorcio con facultad de volver a contraer nuevas nupcias; el no hacerlo implica condenar a los cónyuges a un celibato perpétuo o a vivir en plena inmoralidad legal, pues por evitar el legislador la formación de dos nuevas familias legítimas, habrá contribuido a que por lo menos se formen dos familias que los códigos consideran como ilegítimas (2).

Tales son los resultados de las leyes que persisten en hacer vivir lo que material y moralmente está muerto.

(1) Hace pensar mucho y reflexionar hondo la ética matrimonial que se desprende de algunos de los profundos dramas de *Enrique Ibsen* y de *Bjornstjerne Bjornson*.

(2) Se alega frecuentemente que el divorcio resulta siempre perjudicial para la mujer, a menudo víctima de las asechanzas donjuanescas, pero creemos en realidad no es muy leal colgar el sambenito de una eterna incapacidad a la mitad del género humano, para adjudicarnos el injusto derecho de una perpétua tutela sobre ella.

Debemos derribar a Tartufo de su trono secular acostumbrándonos a ver en cada unión un matrimonio y en cada maternidad un hecho digno de todo respeto (1), Sólo así concluiremos con la paradoja jurídica de ser más crueles con las consecuencias de las llamadas *faltas* que con los mismos *culpables*, o en otros términos, con los hijos que con los padres. ¿No es una enormidad permitir que ciertos seres humanos, malditos antes que nacidos, traigan desde su nacimiento el estigma de la vergüenza en su frente y que se vean condenados a llevar una vida perpetuamente acibarada con el triste recuerdo de un origen que a los ojos de una sociedad falsificada no podrán purificar jamás con las aguas lustrales de todos los Jordanes? ¿No sería una de las más brillantes conquistas a consignar en el Libro de Oro de la Humanidad, el principio de que todos los hombres nacen iguales ante la moral y el derecho?

Por fortuna llegarán días en que el hombre considere con desprecio supremo, calificando de sociedades de zotes y microcéfalos a las que admitieron como muy racional y se sometieron buenamente a la distinción de *cives optimo jure* y *cives minuto jure*, que no otra cosa importa la bárbara diferencia entre hijos legítimos e hijos ilegítimos.

Es verdad que ha desaparecido la peregrina categoría de los hijos sacrílegos que consignaron muchos códigos por tanto tiempo simples escuderos, por no decir pajes, de los principios canónicos, pero aún, gobernantes de cortas luces y de mezquinos alientos, no se atreven a dar el hachazo vigoroso que ha de cortar para siempre las amarras que unen todavía la nave del Estado a los prestigios del cielo.

Se invocará, para mantener la distinción jurídica entre los hijos, motivos religiosos descartados, la ya reseca hoja de parra que ofrece

(1) Ver *Wylm*, "La morale sexuelle"; *Marwell*, "Psychologie sociale contemporaine". Hasta que esto no ocurra es algo monstruoso castigar como *infanticida* a la madre-soltera que mata a su hijo, no porque, como lo quieren algunos, el niño habido fuera del matrimonio ha nacido fuera de la ley, y habiéndose introducido de contrabando en el Estado, éste puede continuar ignorando su muerte, así como ignoró su nacimiento, sino porque tal acto no sólo no obedece a un sentimiento antisocial, sino que por el contrario casi siempre es un efecto lógico de la moral reinante, como ya lo anotó *Gumpowicz*, en estas valientes palabras: "¿Quién ha matado al recién nacido? ¿Es tal vez la madre? No. Es la sociedad que vitupera a la joven caída, que la deja sin socorro y sin auxilio, que la difama para toda la vida, que la abandona a su vergüenza y que la rechaza con desprecio. ¿Esta sociedad cruel es la que ha matado al niño!"

el pretendido *argumentum crucis* del interés social, pero aparte de que tal argumento no prueba nada, por lo mismo que se recurre a él para probarlo todo, ¿no es hasta del dominio de la lógica de tagarotes y horteras que el vínculo puramente natural es tan digno de ser tenido en cuenta como el religioso o el legal?

¿Es posible que los eternos pilares y parástades de la socorrida fórmula *orden social existente*, verdadera razón de Estado modernizada, desconozcan que al lado del llamado matrimonio legal y con una regularidad que espanta, según unos, que consuela según otros, funciona un matrimonio extralegal o libre sin distingos de hombres o mujeres, solteros o casados, nobles o plebeyos, ricos o pobres, intelectuales o artesanos? Y se explica: aparte de los atractivos que para muchos ofrecen los tímidos y ruborosos arrullos de la unión libre, existen ciertos temperamentos especiales; respecto de los cuales la imposición de la forma monogámica llega a ser una violencia contra lesa majestad de la Naturaleza; tales seres serán esclavos de Cupido a pesar de todo el rigorismo de las leyes de la tierra y de todo el pavor que infunden los castigos de ultratumba (1).

Tal vez van algo lejos, hoy por hoy, los que piden la desincriminación de las transgresiones que los códigos califican de bigamias, adulterios, *et sic de ceteris*, sosteniendo que la lógica férrea del hecho diario demuestra acabadamente que existe una ley muy superior a la escrita, la de la Naturaleza, a la que recurren los seres humanos, en caso de conflicto y oposición, haciendo de ella la *ultima ratio* de resoluciones determinadas por la psicofisiología más que por las lucubraciones de gabinete de un lírico legislador, ¡Cuántos dramas, dicen, estilo “Teresa Raquín”, de Zola, o “El Otro”, de Zamacois, se evitarían si en la confección de las leyes destinadas a regular las relaciones sexuales, intervinieran más médicos-filósofos y menos gárrulos abogados!

Pero aun las legislaciones se hallan a este respecto bastante retardadas si se las equipara con el sentimiento medio de las sociedades más adelantadas; en el día, tradiciones arcaicas, prejuicios añejos e injustificadas preocupaciones pesan mucho más que la legítima aspiración a la tranquilidad del alma o que el natural derecho a la felicidad.

(1) ¿Y que nos dicen los *maestros cantores* de la monogamia pura, del que los franceses, en el admirable aticismo de su idioma, *hanno mariage a trois*?

No poco han influído e influyen en ello las creencias religiosas, pues si es verdad que la bandera teológica ha sido arriada en la generalidad de los países civilizados, el viento que la hacía flamear continúa aun soplando.—Con sobrado motivo *Marxwell* ha equiparado la Religión a un traje perfumado que, aun después de quitado, impregna con su fragancia a aquel que por tanto tiempo le ha llevado; pues si bien es verdad que estamos distantes ya de aquellos tiempos en que la actividad del hombre era grandemente paralizada por la atmósfera esencialmente animista que aspiraba, percibiendo a cada instante el revoloteo de espíritus maléficos, que por do quiera le perseguían, aun no hemos llegado a la concepción de un derecho láico y científico (1). Es de esperar que los Estados que de un modo más o menos oficialmente endosan la temible túnica de Neso religiosa, se apresuren a despojarse de ella, aun cuando para arrancarla hayan de desgarrar jirones de su propio organismo (2). El maridaje del Derecho y de la Religión es propio de la mentalidad prelógica de los pueblos primitivos, pero en los civilizados debe preservarse a las instituciones de todo sople ultraterreno; no debe haber dos Derechos, un Derecho físico y otro metafísico, sino uno solo, el Derecho humano, y si se nos permite hablar crudamente, un Derecho animal espiritualizado.

Una de las más importantes consecuencias de este acto sería la de facilitar la plena sanción legal de las convenciones particulares referentes a la pluralidad de esposos y esposas con todos los efectos correspondientes (3). Las relaciones a que da origen el noble sen-

(1) En el carácter delictuoso del adulterio ¿no persistirá aun en algo la concepción antigua que exigía castigar horrendamente á los culpables para evitar las iras de la divinidad, parte interesada, diremos así, en todo matrimonio? ¿Y la penalidad que trae aparejada el aborto no estará informada en la creencia de que todos los que de un modo u otro intervienen en él son reos de la perdición eterna de la criatura que muere sin recibir bautismo? Realmente este *trop de zèle* para lo que al fin y al cabo no es más que una *pars viscerum matris* no le va en zaga al que llegaba más allá de la tumba para castigar al suicida.

(2) Los gobernantes deben tener siempre presente las sensatas palabras de *Rousseau* acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado: "Cada cual puede tener las opiniones que quiera sin que le corresponda al soberano enterarse de ellas, pues como carece de jurisdicción en el otro mundo, cualquiera que sea la suerte de los súbditos en la vida futura, no es cuenta suya, con tal que sean buenos ciudadanos en esta vida."

(3) *Le Bon* y *Marxwell* creen que a ello tendemos, lo que no sería de extrañar, pues en la épica lucha entre el Hecho y el Derecho, éste concluye por reconocer la fuerza de aquél.

timiento del amor, hoy reducido a vulgar comedia, deben estar por sobre todos los convencionalismos mundanos y las ficciones legales. No tienen por qué ser encubiertas, solapadas, hipócritas y vergonzantes; deben ser amplias, libres, francas, visibles, abiertas y hasta *oficializadas*, si cabe la expresión. Podrá en principio ser indiscutible la superioridad de la monogamia, pero, doctrinarismo aparte, creemos que si *Rousseau* pudo decir, en cierta ocasión, que la democracia era una forma de gobierno tan perfecta que sólo convenía á los dioses y no a los hombres, bien podemos decir también nosotros, sin pecar de exagerados, que la monogamia pura no es un don para mortales imperfectos, sino para ángeles, serafines y querubes

No se nos oculta que es hasta heroico arreciar contra la cien veces secular *superstición monogámica*; que hay que armarse de mucho valor para descorrer el misterioso velo de Isis con que teólogos, poetas y legistas han pretendido ocultar la esencia de la institución a los ojos impíos de la despectivamente llamada multitud ignorante, mal oliente, ociosa, chillona y siempre descontenta.

Mucho tememos que el empeño resulte vano. Pero a nadie escapa que la familia actual, basada en la autoridad marital, es expresión no de una *asociación*, cual debería ser, sino de una *sumisión*, que se aviene más con el tipo monárquico y militante de otros tiempos que con el tipo democrático é industrial hacia el que tiende la sociedad de nuestros días.

La monogamia, en la práctica, dista mucho de ser el sublime desposorio espiritual de las almas que predica el ministro del culto, o el maravilloso quimismo afectivo en que piensa el sabio, o el himno radiante de belleza y felicidad que canta el poeta. Es no pocas veces el manto piadoso que cubre llagas y úlceras sociales.

¡Que tristes poemas de dolor y amargura podrían tejer nuevos rapsodas con los desgarradores relatos que las víctimas de la unión indisoluble hacen al sacerdote en su confesionario, al médico en su clínica, al abogado en su estudio y al magistrado ante los estrados del tribunal!

Tal vez pueda considerarse propósito atrevido el de aquellos que arrojan una piedra a la laguna pretendiendo desentonar el monórrimo y fastidioso croar de las ranas de la mediocridad, que con la unidad de sus pareceres y la uniformidad de sus opiniones llenan el mundo, y labor ímproba y hasta peligrosa la de los que procuran abrir los ojos del entendimiento a los que indolentemente dejan trans-

currir su vida mecidos por las dulces mentiras convencionales de la sociedad en la que vegetan.

Pero no por eso desde ya cualquier buen filisteo de nuestra civilización dejará de reconocer que la forma actual de la organización doméstica aleja a muchas personas del matrimonio; que en un sinnúmero de uniones, tanto en las altas como en las bajas clases sociales, la familia dista mucho de ser la clásica y tradicional escuela de los sentimientos sociales más puros y desinteresados, y finalmente que la invasora marea de las costumbres, subiendo poco a poco por encima de las leyes, va consagrando día a día un número cada vez mayor de uniones libres, hijas legítimas de la ráfaga violenta de libertad que en nuestro siglo sacude hondamente instituciones al parecer inmovibles.

Todas estas circunstancias debe tener en cuenta el derecho nuevo, pues si no es deseable que consagre una licencia de costumbres parecida a la de Corinto, en la que se llega a levantar una estatua a la Venus impúdica, ocultando la virtud como algo vergonzoso o a la de Roma decadente, en la que las grandes damas contaban el número de sus esposos por el de los cónsules, no habiendo otras mujeres honradas que aquellas de quienes nadie hacia caso, no debe olvidar jamás que en el mundo social como en el físico nada queda, nada permanece, todo cambia, todo varía: hombres, instituciones y sociedades.

Pero, para ser justos, no olvidemos que una revolución en las legislaciones debe ser precedida por una correspondiente revolución en el modo de sentir y de pensar, y así, para no tomar más que uno de los tantos ejemplos, recordaremos que si es odioso e injustificado el *jus vitae necisque*, esa concesión roja que la ley hace al esposo engañado, no es menos odioso e injustificado el concepto de propiedad que en todo tiempo se ha atribuído y se atribuye el hombre sobre la mujer, aberración que le lleva a fiscalizar hasta sus menores actos, fiscalización tanto más inmoral, como lo reconoce *Morton*, cuanto que se pretende ejercerla precisamente en nombre del amor.

Es menester, pues, destruir el prejuicio y el error en la conciencia humana para que, falto de base, caiga luego desde las alturas de los códigos, pues nadie pretenderá permanecer enganchado al carro de cosas desvanecidas.....

Volentes nolentes tenemos que irnos familiarizando con la idea de la afirmación legal de la personalidad social económica, jurídica y política de la mujer, aunque el hombre de mañana reniegue del de

hoy y le enrostre las conocidas palabras del Fausto, de Goethe: ¡Ah! ¡Tú has destruido el mundo de la belleza! ¡Nosotros recogemos sus ruinas y lloramos el encanto perdido!

De todo lo largamente expuesto se deduce que es asaz peligroso sostener, como lo hacen muchos, que la célula social sea la familia; ésta, a no dudarlo, experimentará transformaciones más o menos profundas en el perpetuo devenir de los tiempos. Ya, como hemos visto, se halla bastante quebrantada y continúa desintegrándose de un modo mucho más rápido del que sería dable suponer. Pero, ¿esta circunstancia podría ser causa eficiente para obligarnos a reconocer, con Worms, en el individuo a la verdadera célula social? ¿Por qué no lo sería y con mayor razón la pareja humana? Los argumentos que en su contra da el citado sociólogo distan mucho de ser convincentes. Combate esta noción especialmente desde el punto de vista de las consecuencias, criterio éste que no reputamos muy científico, pues la verdad, o por lo menos lo que se considera tal, debe ser proclamada bien alto, independientemente de sus posibles derivaciones, caiga quien caiga y aplaste a quien aplaste; ella, al igual de la justicia, debe estar armada de espada y tener los ojos vendados para herir despiadadamente, sin miramientos ni contemplaciones. No nos atemorice la frase trivial y asendereada de que el mayor castigo del que busca la verdad es el encontrarla; indaguémosla en medio mismo de las ruinas y de los escombros, como lo pretendía Proudhon, y lancémosla a los cuatro vientos, aun cuando se convierta en un verdadero carro de Jagermat, que haya de triturarnos a nosotros por primeros. Y aun cuando ello no fuera siempre la voluntad de los individuos o de los pueblos, ¿no se ha reconocido acaso que la verdad transpira a través de las húmedas paredes de los calabozos y que se yergue altiva y vengadora desde los fríos mármoles de los sepulcros?

Pero aun en el mismo terreno de las consecuencias en el que se coloca Worms, no creemos que sean menos peligrosas las que se originan de la teoría que hace del individuo la célula social que las que derivan de la teoría que sostiene que tal célula es la pareja humana. Si la última puede llevar a las llamadas *leyes caducarias*, en cambio la primera puede conducir al individualismo radical y libertario que informa las obras de algunos grandes filósofos, que aunque calificados de dioses solitarios en el Olimpo del pensamiento, han dejado en pos de sí estela profunda y huella imborrable: la

exaltación inmoderada del individualismo (1) puede actuar como un verdadero disolvente social, aun cuando no creemos, con sus detractores, que los partidarios de tal doctrina vuelvan constantemente sus ojos hacia un mundo ideal en el que los hombres, verdaderos ególatras, viviendo en extática auto-adoración, pretendan culminar majestuosamente al igual de las cimas soberbias, agrietadas y sombrías, ni siquiera acariciadas por las sombras proyectadas por las nubes y silenciosamente rodeadas por el lúgubre vacío de las espantosas soledades, que mudas e inertes se extienden a sus plantas...

Agrupaciones de células sociales

Worms agrupa las células orgánicas en cuatro formas:

- 1.^a Agrupación *Embriológica*, unión local de elementos semejantes.
- 2.^a " *Topográfica*, unión local de elementos diferenciados.
- 3.^a " *Fisiológica*, unión funcional de elementos diferenciados.
- 4.^a " *Homoplástica*, unión funcional de elementos semejantes.

Algo análogo encuentra en las sociedades. Primero aparece la agrupación *embriológica*; los descendientes de una misma pareja o por lo menos de una misma madre constituyen la familia primitiva, la que más tarde ha de originar la tribu: las células-hijas permanecen en torno de las células-madres.

Pero las familias primitivamente aisladas, al multiplicarse, ocupan una extensión territorial cada vez mayor; sobreviene el contacto entre ellas, de donde relaciones ya bélicas, ya pacíficas, las que terminan o por sumisiones o por alianzas; unas y otras favorecen el des-

(1) El individualismo medra en las regiones puras de la filosofía, pues en la vida práctica asistimos a un pleno florecimiento *colectivista*. Díjrase que el individuo es cada vez más una ilusión y que sólo el grupo tiene realidad. Todos tienden a asociarse: sabios, literatos, artistas, profesionales, terratenientes, industriales, comerciantes, artesanos, etc.

Y hasta en la vida del arte, sabido es que *Jules Romains*, con el nombre de *unanimismo*, sostiene que el novelista y el autor dramático deben presentar al lector o al espectador, no ya seres individuales, sino seres colectivos, que, en su concepto, son los únicos que viven.

arrollo de agrupaciones basadas no ya en el sólo vínculo de la sangre, sino en la ocupación de un mismo territorio, en la comunidad de existencia y en la ayuda recíproca.

A las agrupaciones *embriológicas* han sucedido las *topográficas*.

Estas nuevas unidades reaccionan sobre las unidades domésticas; rompen con su exclusivismo, permiten a los hombres buscar compañeras y hallar medios de subsistencia fuera de la familia, acentuando más y más la división del trabajo. Esta última consecuencia es, sobre todo, muy importante, pues el desarrollo de las relaciones comerciales hace que en una etapa posterior las poblaciones puedan dedicarse al trabajo por el que sienten predilección o al que reputan más provechoso, y si al principio cada una de ellas hacía todas las cosas para sí, gradualmente tienden a hacer una cosa para todas. A la independencia político-económica inicial pronto se sigue una verdadera interdependencia: en lugar de los órganos segmentarios se formarán órganos comunes al todo social; a veces existirá coincidencia entre unos y otros, a veces no. Y en efecto; si puede ocurrir que un órgano, por ejemplo, un género de industria cualquiera, se extienda sobre varios segmentos, a causa de la complejidad de operaciones implicada por la industria ejercida y que no puede realizarse en el mismo lugar (1), también puede suceder que un segmento se entregue a varias industrias, es decir, participe de la actividad de varios órganos (2). De modo que la nueva división en órganos no coincide siempre con la antigua partición en regiones; algo más, a veces la contraria y hasta trata de destruirla, pues un mismo órgano puede querer abarcar y llega a abarcar diversas regiones, poniendo en relación trabajadores que residen en los más alejados puntos de un mismo territorio. En este último caso, las células se han agrupado *fisiológicamente*: cada órgano está constituido por un taller o una fábrica, por ejemplo; el conjunto de talleres o fábricas que se refieren a una misma industria constituirían un aparato. Ahora bien; en un órgano determinado, por ejemplo, en un ferrocarril, existen empleados de distintas categorías: guarda agujas, guarda barreras, mecánicos, ingenieros, inspectores, jefes de estación... Este personal tiene su papel distinto aunque todas sus funciones estén coordinadas en vista de un fin común. Pero; dentro de cada catego-

(1) Así, dice Worms, la industria de la seda, que en Francia irradia desde Lyon a los Cevennes.

(2) En Lyon, por ejemplo, no se hacen tan sólo tejidos de seda.

ría las tareas son las mismas, porque las aptitudes son semejantes; nótese pues aquí ya el principio de una nueva agrupación, de una agrupación por semejanza de naturaleza y de función a la vez, de una agrupación *homoplástica*.

“En el fondo, la historia política tal vez no es más que el relato del desplazamiento de una agrupación por otra; hoy mismo se discute si no importaría un progreso evidente sustituir el sistema electoral parlamentario fundado en las divisiones políticas de un país por el basado en la organización profesional; en otros términos, sustituir la agrupación *topográfica* por la *fisiológica*; a los representantes por las provincias o circunscripciones sucederían los representantes de la agricultura, de la industria, del comercio, de las profesiones liberales...”

;

Tegumentos Sociales

En el organismo existen primitivamente cuatro elementos: el exoderma, el endoderma, el mesoderma y tal vez el mesenquima. Algo análogo, dice Worms, ha creído encontrar Spencer en la sociedad cuando enuncia las siguientes afirmaciones: en toda tribu, por salvaje que sea, existe una diferenciación entre dos clases de funciones: las unas externas, relaciones con las demás tribus; las otras internas, preparación de los alimentos. A estas dos clases de funciones corresponden también dos clases de individuos: los primeros, forman el exoderma social; los segundos, el endoderma. El primer aparato suministra los soldados y también el gobierno, así como en el organismo, el exoderma proporciona la piel y el sistema nervioso. El segundo aparato suministra los trabajadores agrícolas o industriales del mismo modo que en el organismo el endoderma origina el sistema digestivo.

El sistema circulatorio o mesodérmico, representado por los comerciantes, aparece más tarde.

Según que el aparato exodérmico o el endodérmico sea el más desarrollado, la sociedad pertenecerá al tipo militar o al industrial.

Pero, desgraciadamente, dice Worms, la semejanza puesta de manifiesto por Spencer falla, por ejemplo, en lo referente al sistema nervioso.

Desde luego, sería necesario, para que la comparación resultara exacta, que el sistema nervioso orgánico derivara siempre del exoder-

ma, y en cambio vemos que en los moluscos existen ganglios que derivan del mesoderma y en la *comatula*, especie de equinodermo, los elementos nerviosos provienen del endoderma. Por otra parte, sería menester también que el sistema nervioso social saliera siempre del exoderma; esto puede parecer verdad a los que, como Spencer, no ven en el sistema nervioso social más que el gobierno, desde que, en efecto, éste parece haber surgido durante largo tiempo de la clase militar, pero en general esto no es hoy exacto, pues el sistema nervioso comprende mucho más; todos los elementos directores hacen parte de él: un sabio o un director de talleres con igual título que un jefe de oficina.

Por ello parece a Worms más exacto admitir la teoría de Gumpowics de que los elementos de productividad diferente han pertenecido generalmente a razas distintas. Es verdad que hasta en el seno de la familia ha podido y debido aparecer una distinción rudimentaria en los trabajos, pero para aumentar esta diferenciación fisiológica ha sido necesario que se realizara en el organismo social una diferenciación anatómica, y ésta no ha podido acentuarse bien, sino por la fusión de dos grupos primitivos, por lo menos, en uno solo. La misma esclavitud con la distinción de los trabajos entre el señor y el siervo; éste, cultivando el suelo o guardando los rebaños, aquél, guerreando y mandando, sólo se ha podido formar como consecuencia de la sumisión de una horda por otra. De modo que aunque los tegumentos sólo adquieran todo su significado en relación a los aparatos ulteriores de la vida, hay que concebir su formación definitiva como ligada al encuentro y a la fusión de las razas.

Segmentos Sociales

Según Worms, las distintas regiones de un país pueden compararse a los segmentos sucesivos de un anélido, o más bien a los radios de una estrella de mar o, mejor aún, a los individuos de un celenterado, desde que los elementos sociales están colocados irregularmente sin que el todo afecte una figura geométrica.

En los segmentos sociales, agrega, es fácil echar de ver que los individuos se acumulan en ciertos puntos formando aglomeraciones más densas: las ciudades. Estos conglomerados han sido llamados por

algunos *puntos de osificación* del organismo social, comparación que no le parece muy exacta, pues en tanto que las urbes sirven en general de centros directores y motores al resto del organismo social, en el organismo individual los huesos son precisamente la parte más difícil de poner en movimiento.

Organos Sociales

El tipo del órgano social, del género industrial, dice Worms, es el taller o más bien la fábrica.

Un taller de familia en que todos los individuos colaboran en la producción de un mismo objeto, vendiéndolo en común es evidentemente el análogo de una glándula elaborando su producto en múltiples células y expidiéndolo por un solo canal. La asociación de un aprendiz a la familia puede compararse a la formación de un *divertículo* nuevo en la glándula. La reunión de varias familias de trabajadores en un taller único, vendría a representar la unión de varias glándulas simples en una glándula compuesta. En fin, la aglomeración de un mayor número de trabajadores trae la constitución de una fábrica que representa un verdadero órgano glandular como el hígado.

Aparatos Sociales

En cuanto al aparato *nutritivo*, Worms lo trata al estudiar la fisiología social, desde que su funcionamiento es inseparable de su correspondiente anatomía.

Por lo que respecta al aparato de *relación* y de *dirección*, recuerda que es frecuente equiparar el gobierno de la sociedad al cerebro del organismo, lo cual no es muy exacto, pues al lado de la dirección que imprime el gobierno a la sociedad, existe en los pueblos civilizados la que proviene de sus pensadores, los que también pueden ser considerados como parte integrante del cerebro social. No comparte la opinión de *Novikow*, que equipara a los hombres de pensamiento con la parte sensitiva del cerebro y a los de gobierno con la parte motriz.

Cree que lo que pudiera llamarse el *gobierno intelectual* y el *gobierno político* son aparatos independientes, cada uno con sus cen-

tros sensitivos y sus centros motores respectivos; así, entre los pensadores se puede decir que los especulativos, los que elaboran las ideas, representan los centros sensitivos, y que los hombres de acción, los que tratan de llevar a la práctica dichas ideas, representan los centros motores. Del mismo modo, el gobierno tiene sus centros sensitivos y sus centros motores; los primeros recogen las impresiones e indican las resoluciones que en consecuencia hay que tomar; los segundos fijan la conducta a seguir y ejecutan las resoluciones dictadas. Trataríase, pues, de un verdadero desdoblamiento del aparato de dirección social.

Por lo demás, en los organismos y en las sociedades existe también una vida llamada *vegetativa*, caracterizada por la nutrición y que tiene su aparato director especial: en los organismos está representado tal aparato por el gran simpático; en las sociedades, por el conjunto de personas que presiden la vida económica de la nación.

Otros aparatos sobre los que también llama la atención Worms son: el de *revestimiento*, que en el organismo está constituido por la dermis, la epidermis y sus anexos, y en la sociedad por los soldados colocados en las fronteras con un objeto defensivo y por las fortificaciones en que se apoyan; el de *sostén*, formado en el organismo por el esqueleto óseo, y en la sociedad por las aglomeraciones urbanas y los edificios y construcciones que en ellas se levantan.

En cuanto al aparato *motor* del organismo, sabido es que está constituido por los músculos, los que pueden desempeñar un doble papel: o realizan los movimientos interiores de la digestión, circulación, etc., o los movimientos exteriores de marcha, ataque, etc.

En el primer caso, los músculos tienen por equivalentes a los jornaleros, los trabajadores puramente manuales y mecánicos y las máquinas que los suplen.

En el segundo caso, se les puede comparar con el ejército y la escuadra, pero considerando estas instituciones en su acción meramente ofensiva, pues en su misión defensiva, sólo equivalen a los órganos de revestimiento.

Por lo que respecta al aparato *eliminador*, constituido en el organismo por los riñones y las glándulas sudoríparas, estaría representado en la sociedad por la policía, los tribunales represivos y las prisiones, con su respectivo personal, destinado a separar del resto de la comunidad a los individuos que le resultan perjudiciales.

OBSERVACIONES

Discusiones acerca del cerebro social: parlamentarismo y antiparlamentarismo

La cuestión más importante tratada por Worms en este capítulo es la referente al cerebro social, asunto interesante que tuvo los honores de la discusión en el 3er. Congreso Internacional de Sociología, reunido en París en el mes de Julio de 1897.

Durante las memorables sesiones de este notable Areópago de autoridades científicas, y al tratarse el tema precitado, *Garofalo* se mostró partidario de las ideas de *Novikow*, en cuanto sostenía que el cerebro social u órgano al que incumbe la más elevada representación de los destinos de un país, debía estar constituido por la *élite social*, palabras con las que designaba a las personas a quienes las cualidades de fortuna, notoriedad, educación, tradiciones, instrucción superior, altruismo y patriotismo hacían acreedores a dicha distinción.

Es necesidad ineludible, según el sabio italiano, formar una clase política con los que hallándose en una posición independiente han podido entregarse desde su juventud a los estudios sociales y económicos; una rigurosa selección determinaría a su vez a los mejores de entre ellos para constituir un *Instituto Superior de política social*, al que se confiaría la delicada misión de designar a los miembros que tendrían a su cargo el poder legislativo y la alta dirección de la administración pública.

Reconoce que si con este procedimiento no se obtendría la llamada representación de los intereses, en cambio tal sistema garantizaría mejor la representación del único y verdadero interés legítimo de un país dado, desde que con él se habría logrado llevar *the right men at the right places*.

Se manifiesta convencido de la necesidad de sustituir la *representación del pueblo* por la *representación de la alta cultura política de la nación*, y cree que desgraciadamente el régimen parlamentario actual, cualquiera que sea la forma que adopte, nunca llegará a convertir al gobierno en el verdadero cerebro social, pues si los representantes son elegidos por un sistema de sufragio restringido, sólo servirán a los intereses de sus electores; si son elegidos por clases pro-

fesionales, cada uno de ellos luchará por los intereses de su clase respectiva y las clases que tengan mayor número de representantes se coaligarán en detrimento de las demás; si son elegidos por el sufragio universal, muy pronto se verá surgir la omnipotencia del proletariado, lo que significaría expoliación y rémora para la civilización.

Estas ideas de *Garofalo* encontraron muchos contradictores y tal vez se las consideró algo utópicas. También nosotros nos contamos en el número de los que creen que en Política, sobre todo, es preciso imponer el yugo de la realidad a la utopía y encadenarla al trono en que augustas y severas se sientan la Razón y la Experiencia.

¿Pero qué es lo que en el caso ocurrente nos dice la Razón? Sencillamente que la función electoral es delicadísima; que su mal uso puede tener muy graves consecuencias (1) y que de golpe y porrazo no es posible concederla a multitudes, en general ignorantes, incapaces y no pocas veces movidas por instintos y pasiones y no por ideas y levantados sentimientos. Y los males pueden ser mucho más graves de lo que se sospecha en un futuro no lejano: el industrialismo, ese terrible industrialismo, al que se inculpa de haber colgado de la Cruz a la Humanidad, avanza a marchas forzadas proletairizando la gran masa ciudadana, y por cierto que si los regímenes electorales vigentes persisten, las mayorías parlamentarias caerán en manos de los que, no pocos con ignorancia beocia y engreimiento de gallos de cor-tijo, desdeñan y motejan de *estómagos vacíos* y si esto ocurriera antes de tiempo no serán en verdad paraísos laicos los que los nuevos llegados deparen a las naciones del porvenir (2).

¿Y qué es lo que nos dice la Experiencia?

(1) Conviene que siempre tengamos presente las siguientes palabras de Fouillée: "En los países de sufragio, una papeleta del voto puede ser la sentencia de muerte de millares de individuos; contiene por adelantado su muerte violenta por la guerra cuando favorece una política destinada a provocar el choque de una nación con otra; contiene su muerte por el hambre cuando perpetúa en la legislación la injusticia, las desigualdades civiles y políticas, la servidumbre que tiene por consecuencia la miseria. ¿Cuántos hombres, si pudieran darse cuenta de todas las consecuencias de sus actos, en el orden político, verían en sus manos, como Lady Macbeth, las manchas de sangre, que nada ni nadie puede lavar!" ("La Ciencia Social Contemporánea".)

(2) El peligro dista mucho de ser ilusorio y si sus efectos no se han hecho ya sentir en toda su intensidad, es sencillamente porque las prácticas electorales del llamado sufragio universal se hallan desnaturalizadas y pervertidas en casi todas partes, sea por la acción de la descarada plaga de los corsarios de la política, "*esa peste que hasta las mismas pestes apesta*", sea por la inverecundia con que se despachan ciertos go-

Simplemente que el régimen representativo, tal cual se le aplica en la actualidad, ha hecho su época y que se halla en plena bancarrota (1).

Las sociedades contemporáneas son organismos cada vez más complicados, que, desenvolviéndose con rapidez pasmosa, suscitan en todo momento problemas graves y complejos, de carácter variadísimo, para cuya acertada solución se requerirían legisladores versados en todas las ramas del saber humano y que por lo común no lo son en ninguna. ¡Sólo al zafio pastor, de inteligencia no más ágil que la de las ovejas que guarda, se le puede ocurrir que para llegar a fabricar el más sencillo de los adminículos se requiera un largo y costoso aprendizaje y para preparar y dictar leyes a los pueblos, ninguno!

Si se admite entusiasmados con los dulces acordes de la música doctrinaria, tan eficaz en una época afectada por aguda crisis senti-

biernos que se creen colocados más allá del bien y del mal... Pero, si las circunstancias arrecian, para evitar que la ascensión de las masas al poder llegue a ser más rápida de lo que su educación política lo permite, habrá que echar mano, desgraciadamente, entre otros medios, de los llamados *votos suplementarios*, por ejemplo, adjudicando dos y hasta tres votos a los realmente aptos, cualquiera que sea el criterio que se tome para determinar esta aptitud. No bastaría la simple *calificación* del voto, como lo desean algunos, pues si es verdad que la lógica nos dice que el voto *debe pesarse y no contarse*, sería peligroso querer arrebatarse al pueblo lo que ya se le ha dado, aparte de que tal medida *aparecería* injusta, desde que también el pueblo paga impuesto y también el pueblo da su contribución de sangre, siendo muy difícil hacerle comprender que la función del gobierno, más que ninguna otra, requiere capacidad, aptitudes y condiciones no comunes.

Conservando, pues, el principio de la soberanía ampliamente popular, la efectividad de su ejercicio residiría en los que realmente pueden y deben desempeñarla o por lo menos en los que por su preparación y virtudes pueden y deben determinar las personas que lo harán con mayor eficacia. Pero, ¿los beneficiados con el *voto múltiple* serían bastante desinteresados para desprenderse del mismo, cuando ya no fuera necesario al interés público? Lo dudamos. En todo caso, es un remedio que propiciamos sólo en carácter transitorio y no definitivo, y aun así, en virtud del *salus populi suprema lex esto*. (Una mala interpretación y una peor aplicación de este sistema parece haber sido la causa determinante de la última gran huelga en Bélgica, huelga de carácter eminentemente político.)

(1) Ver *Posada*, "Estudio sobre el régimen parlamentario en España"; *Azcárate*, "El régimen representativo en la práctica"; *Majorana*, "Del Parlamentarismo"; *Pellegrino*, "La questione del partlamentarismo"; *Jiménez de Arechaga*, "La extensión democrática y el régimen parlamentario", etc., etc.

mental, que todos pueden elegir y todos pueden ser elegidos (1), ¿tendremos derecho a quejarnos de que se nos den leyes que por estar impregnadas en un grosero y estéril empirismo, en lugar de estarlo en los altos principios de las ciencias sociales, haya que derogarlas al día siguiente para sustituirlas por otras tan imperfectas y poco estables como las primeras? (2). ¿Y podremos protestar de que el parlamentarismo con pico de hierro y garfas de ave de rapiña nos arrebate las libertades más caras y nos devore las rentas públicas (3) para satisfacer no pocas veces las concupiscencias bastardas de la famélica clientela con que se rodean ciertos hombres de presa de levita, que, armados de ganzúa y cortafrío, no trepidan en saltar por las ventanas para sentarse insolentemente en un Congreso, creyendo de buena fe que sus conciudadanos olvidarán el origen estercolario de sus diplomas desde que los han ido a recoger en los inmundos establos de la política de bajos fondos?

Tal vez las restricciones que hoy por hoy deseáramos ver intrinsecas

ducidas en la práctica del principio de la soberanía popular se miradas con marcada prevención y hasta con antipatía por su carácter aparentemente aristocrático, pero es fácil echar de ver que no se trata de una aristocracia al estilo de la de *Sócrates*, que pretendía fundar la perpetuidad de las funciones en determinada clase de ciudadanos, porque Dios, según él, al nacer los hombres, vertía un alma el oro, en otra, la plata y en la de los restantes, artesanos, labradores, la arena y el hierro; la aristocracia de que aquí se trata y que deseáramos ver en el gobierno de las naciones, se basa en

(1) *Cimbali*, en frase lapidaria, ha dicho: "Es simplemente grotesco y además de grotesco perjudicial, que, por ejemplo, el cocinero de un ilustre profesor de Universidad sea tenido por tan capaz de representar a su país como su amo."

(2) *Proudhon* satirizó la *nomomania* al decir: "El suelo del territorio del Estado se hallará bien pronto cubierto de un rimerero de papas que los geólogos, al hacer la historia de la tierra, designarán con el nombre de *formación papirácea*."

(3) Hablando del absolutismo de los Parlamentos, *Spencer* escribió: "La superstición política de lo pasado era el derecho divino de los reyes; la de hoy es el derecho divino de los parlamentos. El óleo santo para haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno a la de muchos, consistió en imponer vallas al poder de los monarcas, en lo venidero la misión consistirá en trazar límites al poder de los parlamentos."

Y *Pellegrino*, más conciso, exclama: "¡La comedia no concluye porque un déspota que miente en nombre del pueblo haya sustituido a un déspota que mentía en nombre de Dios!"

chos naturales y de ningún modo en privilegios artificiales y hasta ella deben poder ascender, por capilaridad social, los hombres de las clases más humildes, sin otras condiciones que su capacidad y sus virtudes públicas y privadas.

Una aristocracia, así entendida, tal vez sea el procedimiento más adecuado y rápido para que los pueblos, sin vacilaciones, tropiezos ni desfallecimientos lleguen lo más pronto posible a la realización del sublime ideal democrático. Porque sería insensato desconocer que tarde o temprano ocurrirá el advenimiento del estado llano al poder. Bien lo reconoce *Le Bon*, cuando en su "Psicología de las Multitudes" escribe: "Cuáles llegarán a ser las ideas esenciales sobre las que se cimenten las sociedades que han de suceder a las nuestras, no lo sabemos. Pero lo que desde ya estamos viendo con toda claridad es que en su organización habrán de contar con un poder nuevo y formidable, último soberano de la edad moderna: el poder de las masas. Sobre las ruinas de tantas ideas, consideradas un tiempo como verdaderas y muertas hoy; de tantas potencias quebrantadas y rotas por las revoluciones sucesivas, ese poder es el único que ha ido siempre creciendo y que parece en vías de absorber pronto a todos los demás. Cuando todas nuestras antiguas creencias vacilan y se estremecen, cuando ceden y se aplastan las caducas columnas de la sociedad, el poder de las masas es el único no amenazado por nada y cuyo prestigio no cesa de aumentar."

Por otra parte, no distamos de creer que el dable equitativo y nivelador que segó los señores y señoríos medievales y las monarquías de tiempos posteriores, no respetará ni con mucho a la burguesía, y así como el surgimiento de ésta, caracterizado por el movimiento convulsivo y volcánico conocido con el nombre de Revolución Francesa, la aparición del cuarto estado en la vida institucional de los pueblos, marcará una nueva etapa en la historia de la Humanidad, la que, a no dudarlo, no está condenada a dar eternamente vueltas como la rueda de Ixión...

Pero sería asaz pueril creer en la realización efectiva de las apocalípticas visiones en que parece complacerse la enfermiza imaginación de los que consideran que tal exaltación será precedida por el espectáculo dantesco de multitudes furentes y ululantes que en infernales escuadrones y agitando teas y blandiendo hachas y puñales, se arremolinarán tempestuosamente hacia las ciudades, con el estruendo espantoso y el empuje devastador de trombas y turbiones,

para destruir toda civilización y rematar su obra exterminadora con el cuadro aterrador de altísimas pirámides de cráneos humanos levantadas sobre rojizos mares de sangre que reverberarían a la siniestra luz de los incendios. (1)

Aunque existen quienes creen que los más eficaces vehículos de toda evolución son el hierro y el fuego y que todo progreso necesariamente ha de conseguirse bajo lluvia torrencial de plomo, sangre y lágrimas, opinamos que a ningún género de violencia será menester recurrir para que el nuevo estrato social surja a la vida pública: el cambio de los valores económicos y sociales actuales traerá, inevitablemente, un cambio concomitante en los valores políticos.

En nuestra época, el tercer estado detenta el poder simplemente porque es el gran monopolizador de la ilustración y del capital y éste mantiene bajo férrea coyunda al trabajo, pero la solidaridad obrera, en sus distintas manifestaciones, sindicalismo, mutualismo y cooperativismo, actuando día a día en el sentido de aumentar la potencialidad económica del cuarto estado, robusto ya por la fuerza y el número, hará que, independizándose éste de la riqueza, porque ya la posee, le arrebatara su cetro de caña y la reducirá a esclava del trabajo. Pero, para que esta honda modificación se realice sin bruscas transiciones, es preciso derramar torrentes de luz sobre las tan descuidadas clases populares a fin de ir preparando al futuro soberano para cuando le sea entregado el delicado mecanismo de la *res pública*, éste no estalle en sus manos callosas, provocando retrocesos siempre fatales para la vida de las sociedades. Interin se realice esta educación en medio del estrepitoso fragor de la despiadada lucha entre el capital y el trabajo, que mudo contempla nuestro siglo, es misión del gobernante acercarse al pensamiento del Estagirita, vigorizando las clases medias para que, colocándose ellas al lado de los pobres, si los ricos quieren oprimirlos o al lado de éstos si aquéllos quieren a su vez erigirse en opresores, contribuyan a mantener el equilibrio tan necesario entre las fuerzas de los contendientes.

(1) *Izoulet*, por ejemplo, en el prefacio a su *Ciudad Moderna*, dice: "En cuanto a mí no puedo apartar los ojos de esa línea inquieta que empieza a sombrear el horizonte, que no es otra cosa que la creciente marea de las multitudes, capaces de desarraigar *l'élite* y aventar la civilización como una arista."

Emilio Stocquart, recuerda también que *Renán*, en su agonía, hallaba motivos para prever terribles represalias y para temer nuevos siglos de barbarie para Europa.

En tales condiciones el pueblo no podrá tachar de antidemocrático el gobierno de la aristocracia intelectual (1), tanto más si tiene en cuenta que los más preciados de sus bienes los debe a los pensadores, esos legisladores sin mandato, esos reyes sin corona: la abolición de la esclavitud, la igualdad civil y política, la tolerancia religiosa, la dulcificación de las leyes penales, los progresos de la instrucción popular, la supresión de privilegios odiosos, la libertad de la prensa, del comercio, de la industria... (2). ¡Rememore también el pueblo que mucho antes que él derribara la Bastilla de piedra, los intelectuales ya habían derribado la Bastilla del pensamiento viejo! ¡Sólo el hombre de pensamiento posee la ciencia de lo justo y de lo injusto!

Fisiología Social

Analicemos y sinteticemos las ideas de Worms acerca de los tres grupos de funciones que es posible distinguir tanto en los orga-

(1) Sostenemos esta forma de gobierno a pesar de que sus adversarios la tilden de *lúrica* y le contrapongan a menudo el gobernante que en los siguientes términos describe *Gaston Boissier*, en "Cicerón y sus amigos:"

"Suele preguntarse qué cualidades se debe poseer para ser hombre de Estado; más justo sería averiguar cuáles son las que conviene que le falten; ¿no se revela muchas veces la capacidad política por límites y exclusiones? Una vista de las cosas demasiado fina y penetrante puede ser un obstáculo para un hombre de acción, que debe tomar decisiones rápidas a causa del gran número de razones contrarias que le ofrece. Una imaginación demasiado viva, presentándole muchos proyectos a la vez, le impide fijarse en ninguno. La obstinación, que es una de las mayores virtudes de un político, procede generalmente de la mezquindad del espíritu. Una conciencia demasiado exigente, haciéndole muy severo en la elección de sus aliados, le privaría de auxilios poderosos. Debe desconfiar de esos ímpetus de generosa nobleza que le impulsan a hacer justicia aun a sus enemigos: en las luchas encarnizadas que se empeñan en torno del poder, se corre el peligro de desarmarse uno mismo y de proporcionar ventajas a los adversarios, si se tiene la desgracia de ser justo y tolerante. Todo, hasta esa rectitud natural del espíritu, primera cualidad de un hombre de Estado, puede llegar a ser para él un peligro. Si es demasiado sensible a los excesos y a las injusticias de su partido, le servirán con tibieza. Para que su adhesión sea a toda prueba, es preciso no solo que los disculpe; también debe ser capaz de no verlos.

Con estas imperfecciones de corazón y del talento ha de comprar sus triunfos."

(2) Hasta la acción de los literatos ha sido más eficaz para la causa de la libertad que la de la generalidad de los gobiernos; recuérdese la influencia ejercida por *Turgueneff* con sus "Récits d'un chasseur" sobre la emancipación de los siervos en Rusia y la de *Enriqueta Beecher Stowe* con "La cabaña del tío Tom" sobre la emancipación de los esclavos en los Estados Unidos de Norte América.

nismos como en las sociedades: las de nutrición, las de relación y las de reproducción.

Funciones de nutrición. — Cree Worms que los caminos y las vías férreas pueden equipararse a los vasos sanguíneos: el ferrocarril es acompañado por el hilo telegráfico como el vaso lo es por el filete nervioso.

El telégrafo trasmite las ofertas y demandas que recíprocamente se hacen productores y consumidores y de consiguiente regula el transporte de mercaderías como el filete nervioso vaso-motor regula el pasaje de la sangre dilatando u obturando el respectivo canal.

También es sabido que el médico, para hacer refluir la sangre hacia ciertas partes del cuerpo, liga a veces los vasos; del mismo modo procede el gobernante que desea enriquecer a ciertas clases sociales en detrimento de otras, pues al elevar desconsideradamente los derechos de aduana, pone ligaduras a los vasos sociales (1).

El resultado final, en uno y otro caso, es el mismo: si la sangre o la riqueza afluyen por un lado, cesarán de llegar por otro y si se produce congestión en ciertas partes, habrá anemia en otra. Pero como *natura non imperatur nisi parendo*, así como en el organismo se abrirán paso hilillos de sangre a través de los miembros recorridos por los vasos obturados, estableciéndose una verdadera circulación colateral, en la sociedad, hallando los productos cerrados los caminos principales, buscarán otros senderos ocultos, estableciéndose el contrabando.

En el organismo el regulador central de la circulación es el corazón, el que se corresponde con la Bolsa en la sociedad; ella constituye, en efecto, el lugar central en el que se reúnen los principales banqueros y hombres de negocios y de donde parten los impulsos que van a desarrollar el comercio y la industria...

Las emisiones de valores bursátiles lanzados corresponderían a una parte, por lo menos, de la emisión de sangre por el ventrículo izquierdo.

Las funciones encomendadas a las Cámaras Compensadoras, establecidas junto a las Bolsas y de donde resulta al finalizar las ope-

(1) Alguien defendiendo el librecambio internacional como una de las tantas modalidades del derecho de propiedad y de la libertad de comercio, ha dicho acremente: "Las tasas prohibitivas y proteccionistas son diezmos pagados al vencedor por el comprador despojado, es decir, un robo en el que el Estado desempeña el doble rol de expoliador e intermediario para entregar al ahijado protegido los valores del robado."

raciones de cada día, para el conjunto de los principales Bancos, una perfecta equivalencia de salidas y entradas, representarían el regreso de la sangre que ha realizado la circulación completa. Es también realmente digno de notar que la íntima correlación existente entre el corazón y el cerebro tiene su analogía correspondiente en las estrechísimas vinculaciones entre el gobierno y la bolsa: las menores noticias procedentes de los ministerios o de las cámaras acerca de la política extranjera o de las luchas internas de los partidos hacen oscilar los valores. Recíprocamente, no pocas veces influye el estado de la plaza en las decisiones de los gobiernos.

Funciones de relación. — Los movimientos del sistema nervioso pueden reconocer un triple origen, tanto en el organismo como en la sociedad. En el ser individual el impulso viene o del exterior o de un órgano interno, el que por lo general se halla lesionado; en ambos casos es transmitido al cerebro por los nervios centrípetos. Pero puede ocurrir también que el movimiento nazca directamente en el cerebro mismo, del que parecen desprenderse fuerzas acumuladas, lo que explicaría cómo brota a veces una idea desde las profundidades del espíritu a consecuencia de la combinación de dos o más recuerdos que en él persistían en estado latente.

Iguales casos se presentan en el ser colectivo:

O es un impulso venido del exterior; por ejemplo: un perfeccionamiento en la industria extranjera, el cual trae modificaciones en las tarifas aduaneras.

O es un impulso venido del interior, tal vez una sola célula social, como ocurre en los casos en que los actos de un individuo son causa ocasional de una revolución; así *Virginio*, que provoca la caída del decenvirado en Roma, mostrando al cruel *Apio Claudio* la cuchilla ensangrentada con que había desgarrado el pecho de su desgraciada hija, al mismo tiempo que le grita: ¡Por esta sangre inocente, consagro tu cabeza a las deidades infernales!

O es un impulso originado en los mismos centros nerviosos, como sucede con las ideas elaboradas por el llamado gobierno intelectual, las que, difundidas en la masa de la población, actúan sobre el gobierno político obligándole a tomar determinadas resoluciones; por ejemplo, las medidas antiesclavistas preconizadas por los filántropos, reclamadas a su vez por la opinión pública y tomadas en cuenta finalmente por los gobiernos.

También es significativo que el sistema nervioso de las sociedades, al igual del de los organismos, ofrezca las siguientes peculiaridades: 1.º Los impulsos deben ser suficientemente fuertes para poder traspasar el umbral de la conciencia social; por no serlo, pasan desapercibidas para la masa de la población las providencias diarias dictadas por los gobiernos. 2.º Los impulsos muy repetidos cesan de ser tales; así los hechos ordinarios y normales de la vida del pueblo sólo tienen su importancia para el historiador; la conciencia social sólo puede ser excitada por acontecimientos que salgan de lo común.

Funciones de reproducción. — Dando un amplísimo sentido a la palabra reproducción podría admitirse que las sociedades se reproducen o intelectual o materialmente.

Reproducción intelectual. — En sentido figurado puede decirse que una sociedad logra engendrar por el sólo atractivo de su perfección; así en 1800 la República francesa se hallaba rodeada por una serie de repúblicas modeladas a su imagen y a las que consideraba como hijas intelectuales: Repúblicas báltava, helvética, ligurina, partenópea.

Reproducción material. — Puede ser sexual o asexual.

Reproducción sexual. — Casi nunca desaparece por completo una nacionalidad; conquistada y vencida, subsiste y mezcla su sangre con la de sus vencedores, naciendo al cabo de cierto tiempo una sociedad nueva en la que, vencedora y vencida, si bien desaparecidas, reviven en una posteridad común; no otro es el origen de la mayor parte de las grandes naciones europeas.

Reproducción asexual. — Sabido es que a veces el organismo muy rudimentario se divide en dos-mitades por una verdadera estrangulación y que ambas partes se aíslan poco a poco del todo para formar dos nuevos seres: es la reproducción por *segmentación*.

También en ocasiones la reproducción se realiza por *gemación*; en tal caso, la yema surgida representa en pequeño al ser de que proviene y del cual es un verdadero hijo.

Estas formas de reproducción tienen sus equivalentes en la sociedad: en cuanto a la reproducción por *segmentación* ha sido frecuente en los pueblos primitivos y aún lo es hoy entre las tribus nómades, las que a la muerte del jefe se dividen entre sus hijos.

Por lo que respecta a la reproducción por *gemación*, puede ser comparada en el mundo social con la formación de una colonia, la que viene a ser un verdadero retoño de la sociedad de que procede;

primero, se halla íntimamente ligada a la madre patria, subsistiendo sólo por el apoyo que éste le presta, pero con el tiempo logra independizarse y llega a ser una entidad igual y aún superior en fuerza y poder a la que le dió origen; por ejemplo, Cartago respecto de Tiro.

Patología Social

Cuadro de las enfermedades sociales, según Worms

Worms distingue dos clases de enfermedades en la colectividad:

A) Las que tienen su causa en la acción de las sociedades que la rodean.

B) Las que provienen de los elementos humanos que las constituyen o del medio físico o biológico en el que viven y se desarrollan.

Las primeras, en realidad, podrían ser asimiladas a los traumatismos; las segundas a las enfermedades propiamente dichas.

A) Las lesiones causadas por las sociedades extranjeras son de diversos órdenes:

1.º En primer lugar se cuentan las que derivan de una guerra, cuyos desastrosos efectos son equiparables a los que resultarían si en un organismo se destruyera y lesionara a un gran número de células. se arrancaran otras y se detuviera o dificultara el libre juego de las demás. Las cesiones territoriales e indemnizaciones de guerra, que en ocasiones el vencedor impone al vencido, tendrían su equivalente en la ablación de un segmento y en la correspondiente sangría.

2.º Otro caso de la acción perjudicial de una sociedad por otra es el de la concurrencia industrial, la que, deteniendo las funciones del aparato nutritivo de la nación vencida, le puede acarrear males tan graves como los producidos por la misma guerra.

3.º Finalmente, ciertas lesiones externas son causadas por agrupaciones que pudieran calificarse de parasitarias; por ejemplo: las hordas bárbaras respecto del imperio romano en el siglo IV de nuestra era.

B) En cuanto a las enfermedades originadas en los mismos elementos humanos que constituyen las sociedades y a las anomalías debidas a la acción del medio físico o biológico que las rodea, pue-

den clasificarse en varios grupos, pues unas, no afectan más que elementos aislados del cuerpo social, otras se extienden a grupos de elementos, y otras atacan al cuerpo entero, si bien todas nacen en la intimidad de las células sociales: los individuos.

1.° El primer grupo de enfermedades de la sociedad está constituido por las que no afectan *inmediatamente* más que uno solo de sus elementos; dicese *inmediatamente*, pues no es posible que el mal estado de una célula deje de tener consecuencias respecto de las vecinas.

Estas enfermedades que se consideran como localizadas en tal o cual célula social, son las que la Patología individual estudia; pueden provenir de dos especies de causas: deficiencia de alimentación (tomando al término alimento en su acepción más lata) o bien exceso de ejercicio (trabajo o placer).

Se dirá que hay que agregar las enfermedades que provienen de causas accidentales; por ejemplo, las causadas por los micro-organismos; pero es de tener en cuenta que estos no hubieran podido desarrollarse a no haber encontrado en la constitución del individuo un medio incapaz de reaccionar contra sus esfuerzos; incapacidad debida sea a la miseria alimenticia, sea al exceso de actividad.

2.° Al lado de las enfermedades que atacan a las células del cuerpo social, se hallan las difundidas en toda una región de este cuerpo, sea por la acción sucesiva del contagio, sea por la acción simultánea de las mismas causas, produciendo los mismos efectos. Las enfermedades infecciosas que suelen concluir con todos o casi todos los miembros de una misma familia, son ejemplo del primer caso; las enfermedades profesionales, en cada gremio, lo son del segundo.

3.° Además de estas enfermedades de las células sociales, existen las que se refieren a los tejidos y órganos; en el organismo los tejidos nerviosos cesan a veces de funcionar; sus células se cargan de grasa y se convierten en tejidos adiposos; la sociedad también ofrece ejemplos de semejante degeneración histológica: así, ciertos hombres que han llegado a ser los árbitros de los destinos de una nación, una vez cargados de honores y riquezas han caído en la apatía y en el descrédito.

En cuanto a las enfermedades de los órganos, unas atacan a los de la producción, tales como las huelgas; otras, los de la circulación, tales como ciertas tarifas aduaneras que dificultan el comercio internacional.

En ciertas ocasiones los aquejados son los órganos de la vida de relación; así, a veces el aparato gubernamental se ve trabado en su marcha, la administración es impotente ante la mala voluntad de los ciudadanos y la justicia es palabra vana, sobreviniendo la anarquía.

Otras veces este aparato se desarrolla excesivamente, absorbiendo todas las fuerzas vivas del país, matando toda iniciativa privada y paralizando el libre juego de las células sociales para dar lugar al imperio de la tiranía. En otras circunstancias es el aparato intelectual el que sufre; sea de escasez, si el espíritu público es muy poco propicio a las producciones de la inteligencia; sea de inmovilidad forzada, si un dogma consagrado le quita toda libertad; sea de pléto-
ra, si es muy grande el número de los que tratan de vivir del arte de la ciencia o de las letras.

4.º Además de estas enfermedades, que afectan una porción más o menos determinada del organismo social, hay otras que atacan al conjunto; así, algunas sociedades llevan consigo un vicio original que les impide ser viables; hay tierras, por ejemplo, que no se prestan al desarrollo de un Estado: tales son los islotes de la Polinesia. Otras que parecían prestarse a ello, de pronto se han mostrado refractarias; por ejemplo, Groelandia, que en el siglo XII, vió florecer una próspera colonia danesa y que poco a poco fué desapareciendo debido al enfriamiento progresivo del clima. A veces el vicio congénito no reside en el medio, como en los casos citados, sino en la constitución misma del Estado, como ocurre con las llamadas comunidades híbridas, en las que coexisten por lo menos dos poblaciones que no sólo no se mezclan sino que por el contrario se hallan separadas por antagonismos más o menos profundos; esto explica la poca duración de los imperios fundados por los tártaros en la India y en la China.

En otros casos, el vicio no es congénito y la nación se halla normalmente constituída, pero por efecto de circunstancias exteriores experimenta una detención en su desarrollo; por ejemplo, a consecuencia de la ambición desmedida de sus gobernantes, que la han agostado en esfuerzos excesivos; es el caso de España después de Carlos V y Felipe II.

5.º Otro mal que suele aquejar a las colectividades es el que la Biología conoce con el nombre de *fijación* o *esclerotización*, la que puede reconocer dos causas; o bien porque ellas han llegado a un estado material satisfactorio o bien porque han alcanzado una or-

ganización moral y política que consideran insuperable; así, la China ha permanecido cristalizada en cuadros trazados desde antiguo, tanto a causa de su régimen agrícola, como de la organización de sus ritos.

Terapéutica Social

Antes de estudiar los llamados *remedios sociales*, Worms hace constar que las enfermedades también sociales muchas veces se curan por el simple juego de las leyes de la naturaleza: es lo que se llama la *vis medicatrix naturae*.

Esta actúa de un modo eficiente, tanto cuando se trata de heridas externas como de males internos. Así, después de sangrientas guerras que han costado a un país hombres y riquezas, se ha observado que la natalidad aumenta bruscamente y que la producción agrícola e industrial se desarrolla con nuevos impulsos.

Este fenómeno social es equiparable al orgánico de la regeneración de los tejidos, cuando estos han sido violentamente desgarrados.

En cuanto a la acción de la *vis medicatrix* sobre los males internos, es notable tanto en la vida de nutrición como en la de relación; así, ¿existe en un país insuficiencia de producción? El comercio internacional proveerá, naturalmente, a ello, desde que hacia ese país tenderá el exceso de producción habido en los demás. Por el contrario, ¿hay exceso de producción y la demanda se mantiene constante? Los precios bajarán y amenazarán arruinar a los industriales, pero esta misma baja atraerá a los consumidores de otros países y el equilibrio se restablecerá. También abundan los ejemplos de auto-regeneración del tejido nervioso en su función política; así, sea que el gobierno de un país haya sido derribado a consecuencia de una guerra externa o de una revolución interna, pronto se le ve reconstituirse, ya bajo el imperio de los mismos principios, ya bajo el de otros muy distintos.

Esto no quiere decir que, dando una exagerada importancia a la *vis medicatrix*, el poder central no pueda y aun no deba intervenir cuando así lo requieran los altos intereses morales y materiales del país.

Respecto de los primeros, debe favorecer las artes, las letras y las ciencias sin extremar tal protección, porque por evitar un mal

se caería en otro mayor: el de la *oficialización*, con lo que aquellas perderían los más preciosos de sus atributos: la espontaneidad y la libertad.

En cuanto a los segundos, debe estimular la producción y favorecer las industrias; algo más, cuando aquélla se vea seriamente comprometida por la concurrencia internacional, debe protegerla, pero en lo posible ha de tratarse de una *protección sin derechos protectores*; esto es: no ha de gravar con exageradas tarifas la entrada de los productos similares extranjeros, sino que puede acordar primas temporarias a los productores por el tiempo estrictamente necesario para perfeccionar sus maquinarias y poder competir en igualdad de condiciones con el invasor.

También podrá intervenir en la circulación; por ejemplo, cuando a causa de la ley de *Gresham* la moneda depreciada tienda a quedar en el país y lapreciada a huir al extranjero, podría suspender la acuñación de la primera y disminuir la cantidad de metal fino contenido en la segunda, en lugar de impedir la exportación de esta y castigar a los que la realicen. Podrá también recurrir al curso forzoso, pero sólo como el médico que, deseando salvar a toda costa al enfermo, le aplica un medicamento violento, aunque necesario.

Dando, pues, por de contado que no siempre es posible contentarse con la *vis medicatrix naturae* y que a veces es menester requerir la intervención terapéutica del gobierno, Worms se preocupa de buscar los remedios sociales más eficaces.

Desde luego rechaza las panaceas universales o remedios únicos para todos los males, tan prestigiados por el curanderismo social. Sostiene la conveniencia de la terapéutica específica, porque siendo múltiples las enfermedades, múltiples también han de ser los remedios.

Veamos los principales:

Homeopatía y Alopátia. — Conocida es la notoriedad que en su tiempo tuvo la llamada escuela homeopática, con su principio de tratar lo semejante por su semejante y no por su contrario, curando el mal por su exceso mismo, convirtiendo, por ejemplo, una enfermedad crónica en una enfermedad aguda. Es el procedimiento en Ciencia Social aconsejado por *Marx*, el cual sostiene que, concentrando los capitalistas en sus manos considerables medios de producción, los hacen valer para oprimir desconsideradamente al proletariado.

El remedio social por excelencia consistiría para él en exagerar la dolencia, no obstaculizando sino hasta favoreciendo la concentración, pues a fin de cuentas resultará siempre más fácil expropiar a diez que a diez mil... Pero, ¿no sería preferible, se pregunta Worms, atacar el mal de frente en lugar de extremarlo peligrosamente? ¿No convendría dejar de lado el método homeopático de lo semejante por lo semejante, para sustituirlo por el alopático de lo contrario por lo contrario, reconstituyendo en lo posible, por ejemplo, la pequeña propiedad, la pequeña industria y el pequeño comercio?

Autotomía orgánica y social. — Otro mal social al que se ha pretendido aplicar un procedimiento tomado a las ciencias biológicas, es el *pauperismo*. Sabido es que en nuestras sociedades la caridad pública y privada ha atenuado en mucho sus desastrosos efectos, no obstante lo cual algunos sociólogos se han mostrado partidarios de su radical supresión; así Spencer, dice Worms, cree que la caridad permite subsistir a toda una población de seres inferiores, los que, no sólo no desaparecen, sino que se reproducen, viéndose condenada la sociedad a sobrellevar penosamente sobre sus espaldas la carga de enorme número de mendigos y vagabundos, los que necesariamente retardan y dificultan su marcha. ¿No sería infinitamente mejor, dice el filósofo inglés, dejar actuar a la gran ley biológica de la selección natural, que se encargaría de eliminar a todos aquellos que ya no son sino un mal social? ¿Y, en último caso, no estaría la sociedad autorizada a proceder cual lo hacen ciertos organismos, por ejemplo los cangrejos de mar, que al sentir aprisionada alguna de sus patas se libérrtan de ella por una verdadera autotomía realizada en uno de sus propios miembros? El procedimiento se justifica, pues no es posible sacrificar los fuertes a los débiles, los buenos a los malos, los honrados a los degradados.

No compartimos estas ideas, dice Worms; muchas miserias son el resultado fatal de las mismas deficiencias de la organización social y no pocas veces los vencidos son superiores desde más de un punto de vista a los vencedores. También es de tener en cuenta que los mismos sentimientos de piedad son el resultado de una larga evolución y que, siendo ella parte integrante de la actividad humana, no es justo evitar que se ejercite en dicho sentido, tanto más cuanto que, ocupándose ella de los débiles, no ha de proponerse precisamente mantenerlos en su debilidad, sino ayudarles a

hacerse fuertes. No hay, pues, motivo para borrar a la caridad del número de los remedios sociales.

Revolución y evolución. — También se han informado en la Biología los que preconizan las excelencias de un remedio extremo, la *revolución*. Invocan en su apoyo las metamorfosis de las larvas de ciertos insectos para sostener que un pueblo no puede llegar a la vida libre y a la expansión de todas sus fuerzas latentes, sino rompiendo la molesta envoltura en que se halla aprisionado; que se trate de organismo individual o de organismo social, sostienen, quien dice alumbramiento dice desgarramiento; la fuerza es la gran partera de las sociedades; no hay vida nueva sin efusión de sangre...

Pero en este caso parece que la analogía biológica ha sido mal interpretada; la metamorfosis del insecto no es el efecto de una revolución repentina, es la etapa final de una larga serie de modificaciones que poco a poco han transformado los órganos de la larva para producir los de la mariposa y lo que ésta arroja no es un tejido vivo al cual da muerte para escaparse, sino un resto que en el momento de ser abandonado carece de vitalidad. Del mismo modo, en las sociedades, una revolución no producirá efectos estables y benéficos sino en tanto sea el término último de una larga evolución; pero entonces es casi inútil provocarla, con todos los sacrificios que ella importa.

En conclusión, Worms sienta como principios generales de terapéutica social los siguientes: superioridad de la alopátia sobre la homeopatía; la de la asistencia mútua entre las partes a la de la autotomía; la de la evolución sobre la revolución.

OBSERVACIONES

Peligros de una mal entendida beneficencia, como remedio social

Casi *nemine discrepante*, y la crítica alcanza a Worms, aunque no con la extensión que a otros, se ha presentado a Spencer como al esforzado paladín del egoísmo cruel, siempre dispuesto a colocar con mano despiadada el INRI a todo género de beneficencia.

Sin embargo, al filósofo inglés pertenece esta juiciosa página: “La beneficencia que simplemente mitiga un dolor, debe considerarse, independientemente de otros efectos, como intrínsecamente buena. La beneficencia que proporciona un alivio actual, en cuanto

está de acuerdo con el bienestar futuro del individuo, es mejor aun. Pero la beneficencia que tiene en cuenta no sólo los resultados inmediatos y los remotos para el individuo, sino también para la descendencia y para la sociedad en general, es la mejor de todas. Porque ella es una beneficencia de tal modo embebida en el sentimiento de la responsabilidad, que consiente en soportar un inmediato dolor simpático, más bien que arrastrar el remordimiento de haber contribuído a imponer mayores y más difusos dolores. La forma más elevada de la beneficencia es la que está dispuesta a sacrificar, en el caso ocurrente, no ya tan sólo los placeres egoístas sino también los placeres altruistas” (1).

De modo que Spencer no es contrario ni con mucho a la beneficencia bien entendida, y más de uno de los que lo tildan de anti-humano, cuando no de feroz, se convertirían a sus ideas si llegaran a interpretar debidamente su doctrina; ¿cuáles son las ideas-madres que la informan?

A) Ataca la beneficencia oficial y coactiva: 1.° Porque recurriendo a impuestos ú otros medios semejantes, despoja a los activos e industriosos en beneficio de los que muchas veces no son más que holgazanes y ociosos; la injusticia que esto implica concluirá a la larga por irritar con razón a aquéllos y les predispondrá a la revuelta; 2o. Este despojo de los mejores en beneficio de los peores, acarreará al fin una degeneración física y moral en la sociedad; los hijos de los primeros verán reducidos sus ya escasos medios de subsistencia en provecho de los hijos de los segundos, que se multiplicarán con perjuicio y hasta con peligro de la sociedad (2); 3.° La be-

(1) “Beneficenza negativa è positiva” de Spencer; traducción de S. Fortini Santarelli, p. 249.

(2) En su libro “El individuo frente al Estado”, Spencer; trae la siguiente nota:

“Rara vez ocurre que pueda evaluarse la suma de males causados por los socorros concedidos a los vagos y viciosos. Pero en América, en un mitin celebrado por la “Asociación de Socorros de los Estados”, en 18 de Diciembre de 1874, se citó un elocuente ejemplo por el doctor Harris.

En un Estado del Hudson superior, llamaba la atención la gran cantidad de criminales e indigentes que había, dado el número de habitantes; pues bien, logró saberse que muchos años atrás había vivido allí una *hija del arroyo*, como ella misma se llamaba, conocida con el nombre de Margarita, la que fué madre fecunda de una raza no menos fecunda. Además de gran número de idiotas, imbéciles, ebrios, locos, y prostitutas, el Registro del condado conserva los nombres de 200 descendientes suyos que fueron criminales. ¿Hubo maldad o crueldad en consentir que tales gentes se multiplicaran y llegaran a ser un azote cada día mayor para sus conciudadanos?”

ineficiencia coactiva y oficial contribuirá a difundir en una buena parte de la población las ideas comunistas y disolventes, pues los seres inferiores, desde todo punto de vista acostumbrados a recibirlo todo del Estado, creerán en un verdadero derecho adquirido y si por una causa u otra llega a faltarles o a serles deficiente el socorro habitual, lo atribuirán al mal orden social existente, pretenderán la abolición de las diferencias de retribuciones debidas a las diferencias de mérito y si no lo consiguen estarán dispuestos a recurrir a la violencia.

También combate Spencer la beneficencia como función gubernativa, porque implica una nueva rodaja, y una rodaja costosa, en el mecanismo burocrático, la que por otra parte no ofrecería mayores garantías de bondad desde que los empleados, preocupados en ganar su sueldo con el menor esfuerzo posible, no pondrían la debida diligencia para conocer cuáles son los verdaderos necesitados y en que consisten sus necesidades.

B) Ataca la beneficencia particular realizada por las asociaciones filantrópicas, porque el caso diario le demuestra que en general ella está viciada por la ingerencia de intermediarios o procuradores que la desnaturalizan; por lo regular, los auxiliados por ella son los menos indigentes, los que teniendo mucha audacia y pocos escrúpulos, saben proporcionarse relaciones que aboguen por ellos, en tanto que los verdaderamente menesterosos prefieren sufrir en silencio, sucumbir en el hospital o morir en el camastro de su tabuco, a intentar peticiones de éxito más que dudoso.

C) Ataca la beneficencia privada de pasillos y callejuelas, la que satisface la mendicidad que sale al paso del transeunte, porque en un grado mayor que las otras, si cabe, permite que un gran número de seres humanos puedan eludir con perjuicio de los demás la saludable disciplina del trabajo; quebranta las relaciones necesarias que deben existir entre la conducta buena o mala, activa o indolente; previsoras o imprevisoras y sus correspondientes efectos, favoreciendo el desarrollo de todo un mundo misterioso que nace, se agita y muere en las sombras de las grandes ciudades: el de los vagabundos de profesión y clientes de las tabernas (1).

(1) Si queremos conocer algunas de las consecuencias que tiene el modesto óbolo que tan impremeditadamente concedemos a los pauperos que golpean nuestras puertas o que encontramos en la vía pública, leamos algunas de las transcripciones que de obras extranjeras hace el señor

Sostiene Spencer que la única beneficencia legítima es la que establece una relación espontánea y directa entre benefactor y beneficiado, pues sólo por medio de ella el auxilio personal puede regularse en cantidad y calidad en virtud del conocimiento recíproco de las partes, creándose así, entre éstas, sentimientos de orden superior que son un factor no despreciable en las prácticas de la convivencia humana.

¿Se pretenderá combatir sus ideas porque sin sutilezas ni equívocos declara que si es preciso hay que recurrir al dolor para dis-

Julián Juderías, en su libro "Los hombres inferiores", y veremos surgir toda una organización sistemática de la profesión que nos ocupa: "Los mendigos han simplificado enormemente su tarea con la ayuda de guías en las que se hallan datos tan interesantes como los siguientes: *M. R., rico propietario, da con facilidad monedas de 5 francos; paga los alquileres en caso de desahucio; M. B., no da nunca dinero; pídanse ropas. Señora viuda de C., no se interesa más que por los niños; M. B., republicano radical, muy rico; presentarse como víctima de los reaccionarios y clericales.*

La policía de Nueva York descubrió la existencia de un trust de mendigos subvencionado por capitalistas que ocupaban elevada posición. El trust tenía en Brooklyn un almacén que facilitaba a los mendigos los objetos necesarios para el ejercicio de su industria: piernas artificiales, jorobas, cartelitos emocionantes para mudos y paralíticos..... Los mendigos pagaban al trust un tanto por ciento de sus ganancias, calculadas con arreglo al promedio de las limosnas obtenidas en cada puesto. A cambio de este tanto por ciento, el trust suprimía la concurrencia, garantizaba el derecho de cada mendigo, facilitaba listas de personas caritativas, daba socorros en caso de enfermedad o de *accidente del trabajo.*"

Pero lo que pocos habrán de suponer es que al dar limosna llegan a convertirse a veces en verdaderos cómplices de crímenes monstruosos: "Esto es horrible,—dice E. Gilon; nuestro corazón se oprime, pero es un hecho completamente probado. Lqg ejemplos de tiernos niños encerrados en estrechos cajones privados de luz y de alimento, devorados por la miseria, no son raros; los padres y madres que dislocan voluntariamente los miembros de sus hijos, son comunes. Sí, está probado que padres desnaturalizados deforman ellos mismos a sus hijos, les desvían los miembros, atrofiándolos por medio de vendajes apretados progresivamente, convirtiendo por estos medios una criatura hermosa en un desgraciado impedido..... Y hablando luego de las manipulaciones necesarias para llegar a producir las deformidades, continúa,..... Se toma un niño menor de diez años, se le doblan las piernas y se sujetan contra los muslos por medio de una correa, al principio ligeramente para evitar la gangrena. Poco a poco los miembros se atrofian y toda la vida se refugia en el tronco. Luego se coloca al impedido en el cajón de donde no sale ni para dormir, cruzándole las piernas de suerte que no pueda recobrar más sus fuerzas....."

En cuanto a los esfuerzos hechos por los gobiernos para llegar a una organización realmente científica de la beneficencia pública, puede leerse algo en el libro "Asistencia Social", de *P. Strauss*, el que además trae bastantes detalles acerca del tan prestigiado sistema de *Elberfeld*.

minuir gradualmente la gran masa de individuos enfermizos, viciosos, idiotas, locos y hasta delincuentes, que siendo manantial inagotable de aficciones y desventuras para sí mismos, para los suyos y para todos en general, parecen no tener otro destino que ir rodando lenta pero fatalmente hacia las negras simas de la degeneración y del crimen? Esto sería desconocer la imprudencia y hasta la crueldad con que proceden las generaciones del presente, al afanarse inconscientemente por conservar montones de verdadera bazofia humana, transmitiéndola siempre acrecida y cual funesto presente griego a las generaciones venideras.

Spencer ha tenido la visión clara del progresivo debilitamiento a que una mal entendida y empalagosa sensiblería de campanario arrastra a las sociedades actuales y que tarde o temprano importará la muerte para las más débiles, consecuencia lógica en una época californiana en que la acometividad belicosa y militante primitiva no ha desaparecido, sino simplemente transportado sus reales del campo político al económico (1). El dilema es de hierro: ¡o hacerse fuertes o perecer! La disyuntiva es de bronce: ¡o aplastar o ser aplastados!

Si es imposible desconocer que hasta ahora y en general los hombres y las sociedades se han gobernado por los sentimientos, consejeros amables, pero peligrosos, según la feliz expresión de *Haeckel*, hay que luchar porque en adelante lo sean por las ideas, esas obreras constantes y silenciosas de la cultura humana, al decir de *Caro*, y que cuales eternos luminas arrojan vivos destellos sobre las sendas a recorrer.

En el terreno de la filosofía pura, la solución del problema no ofrece dificultades y aun no se ha apagado el eco de los himnos que a los hechizos mágicos de la divina Circe Crueldad entonara en lenguaje sibilino *Nietzsche*, esa lumbrera del ingenio humano, que desfalleciente va a iluminar en su hora postrera el solitario retiro que,

(1) ¡Con cuánta melancolía y aludiendo a la lucha sin gracia y sin cuartel que por el predominio económico y político sostienen las naciones, escribía *Weiss* en las horas aciagas de 1872. "De la alondra gala, del águila prusiana y del leopardo inglés ¿quien reinará sobre continentes y mares? ¡Ay! la contestación no es dudosa. El leopardo se ha enseñoreado del mar, el águila dominará en el continente y a la desventurada alondra sólo le restará su triste canción."

entre misteriosas penumbras, guarda celoso los últimos momentos de las almas ausentes. (1)

¡Haceos duros! ¡Haceos crueles! proclama, nuevo Mesías surgido cual águila caudal de potente vuelo de en medio de una multitud quejumbrosa y lastimera para enseñarle el verbo de una nueva religión. Si arremete contra el cristianismo y hasta lo odia, es porque ha dado a la Humanidad una moral femenina que, si pudo justificarse en los bárbaros tiempos en que apareció, hoy no sólo es inútil sino perjudicial porque, sublimando el amor divino, la fe, la castidad la dulzura y la humanidad, ha contribuido y contribuye a mantener mucho de lo que ya debía haber desaparecido y ha debilitado el carácter, ha idiotizado la voluntad y ha entumecido los cerebros (2).

El superhombre nietzscheano, hipérboles de lenguaje y sonoridades de estilo aparte, se ha interpretado con razón como el símbolo grandioso de una Humanidad futura, sana, vigorosa, libre y soberana, y en la que la fuerza abrumadora que traen aparejada rancias ejecutorias, encumbradas posiciones y fortunas más o menos bien habidas, hayan sido relegadas a la categoría de ficciones-fuerzas que medraron a la sombra de una época cuyo recuerdo por cierto en nadie suscitará ni tan si quiera las melancólicas añoranzas con que todo lo que *fué* perfuma y embarga las almas puras y delicadas.

Pero si desde las sidéreas alturas de la especulación filosófica descendemos al perfeccionamiento del tipo hombre como problema social o mejor dicho como problema humano, la cuestión se presenta erizada de todo género de dificultades, hoy por hoy casi insalva-

(1) Se discute si *Nietzsche* fué un poeta o un filósofo; creemos que fué lo uno y lo otro. Hasta el carácter aristocrático o democrático de su filosofía está en tela de juicio: Así, *Alvaro de Albornoz*, en su "Individualismo y Socialismo", cree que *Nietzsche* no odia la democracia, sino el mayor obstáculo a la democracia: lo que en ella queda aun de esclavitud, de feudalismo y de antiguo régimen, que largos siglos de opresión han depositado en lo más profundo del sistema nervioso de la raza. Recuerda que *Roberty* habla de la tendencia democrática *foncièrement méconnue* de *Nietzsche* y que *M. Gystrow*, uno de sus críticos, lo considera no sólo como un verdadero demócrata, sino como un socialista sincero.

(2) *Le Dantec*, en "El Ateísmo", ha equiparado la vida del creyente en manos de Dios a la vida del perro en manos del hombre; en uno y otro caso un falso interés ha logrado fijar una conciencia moral de *servidor*, que se ha transmitido a través de las generaciones sucesivas, independientemente de todas las contingencias.

bles. (1) ¿Se dejará actuar en todo su ciego rigor lo que de buena fe, pero a veces equivocadamente, se cree que es la ley de selección natural?

Con todas probabilidades, los resultados serán proporcionalmente inversos a los esperados. La razón es obvia: el libre juego de la concurrencia vital tal como reina en el mundo orgánico está del todo falseado en el supra-orgánico, desde que el débil, el depravado y el ignorante, encastillado y parapetado detrás de las almenadas torres del privilegio, asaetará despiadadamente al fuerte, al honrado y al inteligente.

¡Asistiremos, pues, al triunfo del más adaptado, pero no del más apto! (2)

¿Se exigirá de los gobiernos que multipliquen las medidas de profilaxia social que ya de por sí se arrojan? Tememos que los que así piensan llamen a *Belial* para combatir a *Sammael*, pues dada la organización actual podríamos caer en la tiranía del Estado-megaterio, con todas sus odiosas consecuencias, por más que para salvar el principio de la libertad individual se llegue a sostener la novedosa teoría de que los ciudadanos sólo pueden gozar de los derechos consagrados, en proporción de los deberes que han cumplido, que cumplen o que tienen la posibilidad de cumplir.

El problema que los seres inferiores suscitan a las sociedades actuales es realmente delicado, no sólo por el mal que entrañan por sí mismos, sino porque continúan con regularidad sistemática engendrando otros seres peores aun que ellos. Para evitar este último peligro, ¿se recurrirá, respecto de las uniones legales, a las limitaciones también legales que en sus legislaciones ya han incluido varios de

(1) Muchos y muy nobles esfuerzos están encaminados en ese sentido. *Francisco Galton* ha sido el verdadero fundador de una nueva ciencia: la *Eugenia*, la que tiene en vista mediante prudente y sabia selección, el mejoramiento de la especie humana no sólo por lo que respecta al tipo físico, sino a las aptitudes morales y aun intelectuales de los individuos. *K. Pearson* y *Batesou*, en Inglaterra; *V. de Lapouge*, y *G. Lebon*, en Francia; *Nicéforo* en Italia; *O. Ammon* y *Woltmann*, en Alemania; *Haycraft*, *Closson*, *Van Melter* en los Estados Unidos de Norte América, etc., han seguido las mismas corrientes de ideas.

En Inglaterra, la "Eugenics education Society" publica desde 1909 la *Eugenics Review*", y del 24 al 30 de Julio de 1912 celebró el primer Congreso de Eugenia, considerándola desde el cuádruple punto de vista de sus relaciones con la Biología, la Medicina, la Educación y la Sociología.

(2) Ver "La lucha por la existencia y sus efectos en la humanidad", por *Angel Vaccaro*.

los Estados de la Unión (1) y para evitar los frutos de las relaciones pasajeras a los medios que desde ya aconsejan las ciencias médicas?

Sea cual fuere el corte que se dé a la cuestión, convendría ir pensando seriamente en la conveniencia o inconveniencia de declarar funcionario público al médico o por lo menos en abolir el llamado secreto profesional que hoy por hoy, aun pudiendo evitarlo, le obliga a silenciar uniones realmente criminales. “¿No hay derecho, escribía ya *Filangieri*, a impedir los estragos de un veneno de la fecundidad, de la virilidad, de la vida; de un veneno que después de haber sido la pena de un delito, se convierte en la ruina de la inocencia; de un veneno, en fin, que no respetando a la posteridad misma del que lo lleva en su sangre hace nacer una raza degenerada, bastardeada, enervada?” (2)

Pero donde realmente los gobiernos pueden hacer obra meritoria de política social, sin temor de chocar contra arcaicos órdenes pre-establecidos, es en la confección de los presupuestos, pues procediendo con tino y mesura podrán ir abandonando los viejos carriles de la tradicional corruptela que año tras año recarga enormemente el erario público en beneficio de la parte enferma de la

(1) Según un artículo publicado por el doctor *J. Laumonier* en el “*Larousse Mensuel*” (Julio 1912), una ley del Conneticut prohíbe el matrimonio a los epilépticos, a los dementes, etc., castigándolo con tres años de prisión como *mínimum*. En Pensilvania se impide el casamiento a los afectados por las llamadas enfermedades secretas, a los epilépticos, a los tuberculosos, a los alcoholistas y a los dementes. En el Estado de Nueva York, en Yowa, en el Ohío y en Maryland, existen las mismas interdicciones. Parece que no hace mucho se ha presentado a la legislatura de Yowa un proyecto de ley pidiendo lisa y llanamente la supresión de los incurables notorios. Cualquiera creería a su autor discípulo de *Ernesto Haeckel*, que en sus “*Maravillas de la vida*”, nos dice: “Debemos considerar como dogma tradicional la difundida creencia de que el hombre ha de conservar y prolongar a todo trance su vida, aun en el caso de serle inútil. Millares de incurables, locos, leprosos, cancerosos, etc., viven artificialmente en nuestras modernas sociedades y se prolongan cuidadosamente sus padecimientos, sin el más leve provecho para la sociedad o para ellos mismos.... ¡Qué gran número de infelices condenados a largo tormento! Cuán fácil sería abreviar su mal por medio de una dosis de morfina! Es claro que este acto de humanidad no debería depender del capricho de un solo médico, sino que podría encomendarse a una comisión de médicos hábiles y prudentes.”

(2) Cita de *Angiolini*, quien, en sus “*Delitos culposos*”, sosteniendo la misma tesis, escribe: “Después de todo, es falso el principio de que el secreto profesional esté impuesto en interés público. Todo el mundo ve que, en este caso, únicamente se tutela el interés de una minoría enferma, infecta, peligrosa, a la cual se concede el *jus necis* sobre la mayoría, sana e inmune de las enfermedades.”

sociedad y con detrimento manifiesto de la parte sana, ya bastante dolorida de cuerpo y alma. Las sociedades del presente, al atenerse puramente a la cantidad y no a la calidad de sus miembros, indican a las claras ser víctimas de falsos y engañosos espejismos; hay que reaccionar y para ello nada tan eficaz como cambiar el valor ético de la vida, concluir con el halo de lo sobrenatural con que en todo tiempo la han rodeado las religiones y considerar que la supresión de la misma se impone con caracteres de inflexible necesidad cuando llega a ser una verdadera muerte a fuego lento y una prolongada agonía física y moral para el individuo y un peligro amenazador para la colectividad.

Pero, desgraciadamente, la tendencia del Estado contemporáneo es del todo contraria a esta corriente de ideas. Los mismos gobernantes, arrebatados por la enorme ola de hiperlirismos que sube y se agiganta, tornándose avasalladora e irresistible, parecen enfermos de humanismo pietista y hasta que encontraran sensual voluptuosidad en misericordiosa compasión. Más aún: hasta los gobernantes de alma hueca y corazón vacío, siempre dispuestos a desoir los halagos de una moral femenina y enervante, que cual hada Morgana trata de atraerlos, llegan a ser una amenaza por defecto opuesto; su exceso de egoísmo los lleva a la misma meta a que el exceso de altruismo conduce a otros. Un innoble e interesado afán de popularidad hace que verdaderos cortesanos del pueblo se presenten a este agitando el histórico pañuelo de *Marat* y que de su bien provista cornucopia, con abundantísima mano, le arrojen dulces golosinas en forma de afiligranados discursos y de leyes salvadoras.

Allá, en las íntimas profundidades de esas almas sin alma, de esos corazones perversos, verdaderos nidos de aviesas intenciones parangonables a manípulos de serpientes enroscadas, se forjarán la diabólica ilusión de que los funestos resultados de su hipócrita altruismo recaerán sólo en lejana posteridad...

¡Desdichados! Muchas veces los efectos correrán más rápidamente que sus malvados deseos, pues ellos mismos llegarán a ser su propia posteridad y antes de afianzar sus vacilantes pasos en el báculo del anciano, presenciarán sus propias exequias, renovando la tétrica leyenda del esproncediano Félix de Montemar.

Y conste que al hablar así estamos bien lejos de aquellos que erigiendo a un pseudo-darwinismo en Jehová, biblia, ley, profetas y todo, desearían una roja San Bartolomé para los seres inferiores,

empezando desde luego por condenar todo género de previsión social para predicar un verdadero ¡sálvese quien pueda!

Hay que hacer distingos entre la previsión destinada a conservar y a fortalecer al individuo que tiene un valor ético social, por escaso que él sea, y la que tiene por objeto enmendar la plana a la Naturaleza, corregir sus pruebas de imprenta, impidiendo la eliminación de organismos física, moral e intelectualmente degenerados, que con el tiempo harán imposible la vida de los superiores y que dada su prolificidad alarmante, a la larga prepararán un sombrío porvenir a las generaciones sucesivas, que sin otra dirección que la predeterminada por las leyes de la Historia y cuales fantásticas caravanas, continuarán desfilando a los ojos del historiador filósofo.

A persistir en las morbosas tendencias actuales, verán ellas, yertas de espanto y con dolor inmenso pero irreparable, que la Enfermedad ha conseguido imponer su tiranía a la Salud y que la Muerte ha logrado encadenar a la Vida a su carro de vencedora.

Higiene Social

La gran misión de la Higiene Social, según Worms, consiste no ya en curar los males de la sociedad, sino en prevenirlos. Su tarea por excelencia ha de tener por objeto hacer perfecta la solidaridad social entre los miembros de la comunidad, desde que tal solidaridad constituye el principal factor de la fuerza y de la perdurabilidad de las naciones.

Muy distintos son los medios que con este fin se han propuesto en los diversos dominios en que se ejercita la actividad del ser humano; en el orden económico, para establecer la más perfecta cooperación entre las unidades del mismo organismo, habrá que concluir con el principio de la *concurrència*, sustituyéndolo, por ejemplo, por el de la *diferenciación completa de los trabajos*. Se objetará que desapareciendo la *concurrència* terminará la emulación y se detendrá el progreso, pero los que así razonan olvidan que siempre habrá hombres inventivos y emprendedores que se esforzarán y tendrán a mucha honra el mejorar el funcionamiento del mecanismo que les ha sido confiado; el impulso dado por ellos se comunicará luego a los demás y aun entre las mismas industrias afines las unas seguirán a

las otras en su marcha progresiva. La emulación no existe sólo entre los *concurrentes*, sino también entre los *cooperadores*, con la diferencia de que en tanto que en el primer caso el éxito del uno, es la ruina del otro, en el segundo la misma derrota sólo es sinónimo de enseñanza provechosa.

En cuanto a la concurrencia internacional, con su guerra de tarifas, *políticamente* mantiene en los espíritus sentimientos de animosidad que predispone a las naciones a conflictos armados, y *económicamente* detiene en las fronteras a los artículos extranjeros, a menudo superiores a los nacionales.

Si se abrieran ampliamente las puertas a los productos del exterior, se dice que la industria nacional peligraría. Esto no es exacto; en lugar de *concurrencia*, simplemente sobrevendría una *diferenciación*. Cada país dejaría de producir lo que los demás pueden suministrar a menor precio y concentraría sus esfuerzos en el género de trabajos en que puede sobrepasarlos, sea por razón de las condiciones naturales del suelo, sea en razón de una habilidad especial de sus habitantes. Tal vez estas innovaciones traerían ciertos trastornos al principio, pero el interés de las generaciones futuras exige ciertos sacrificios de las actuales, para encauzar en tal sentido las reformas a realizar.

El mismo principio de solidaridad lleva a Worms a pedir todas las medidas e instituciones que procuran disminuir el abismo existente entre ricos y pobres; por ejemplo, la participación en los beneficios, las cooperativas en todas sus formas, las sociedades fundadas para edificar alojamientos para obreros o las que tienden a suministrarles alimentos baratos o las que tienen en vista un verdadero patronato moral o la enseñanza popular. (1)

¿Cómo estableceríamos, se pregunta la solidaridad social en el dominio jurídico? Propendiendo a la abolición de todos los privilegios abusivos de que puedan gozar las personas o los bienes, desde que toda solidaridad presupone cierta igualdad entre los coasociados. Hasta la misma enseñanza intelectual y moral podría ponerse al servicio de la noble idea de la solidaridad por intermedio de los maestros de la juventud. Las letras, las artes y las ciencias deberían también estar informadas en la misma finalidad y hasta los ministros de la religión podrían prestarle los prestigios de su palabra.

(1) Un detallado estudio de este género de instituciones es el que ha realizado Gide en su "Economía Social".

OBSERVACIONES

Lo que importa el verdadero solidarismo

En estos últimos tiempos han logrado mucha notoriedad las teorías del solidarismo, el cual, considerado como concepto amplísimo de la justicia social, también ha sido llamado sistema de los deudores perennes y de los eternos acreedores.

Los partidarios de esta doctrina sostienen que todo ser humano, aun contra su voluntad, desde que nace entra a formar parte de una sociedad que le preexiste y a la cual debe considerarse ligado por compromisos anteriores, aunque no haya intervenido personal ni expresamente para contraerlos. Es justo, dicen, que en cambio de las ventajas que al individuo procura el beneficio de la sociabilidad, cargue igualmente con la garantía que a los demás debe en concepto de los males, miserias e injusticias a que la misma sociabilidad inevitablemente da origen.

Tal vez una noción vaga de la comunidad ético-jurídica que constituyen todos los hombres, llevó mucho tiempo hace al abate de Saint-Pierre a proclamar que todos los que se hallan en la extrema pobreza tienen un derecho real y positivo, una verdadera acción de derecho natural contra los bienaventurados poseyentes.

Punto de vista éste tal vez unilateral por lo marcadamente económico, desde que una sana filosofía social no puede menos de reconocer que a la calidad de ser humano no sólo es inherente cierto bienestar material, sino también placeres estéticos y goces intelectuales.

El inmenso acumulamiento de bienes corpóreos e incorpóreos que importa nuestra brillante civilización, si puede representar en mínima parte el despliegue de energías de los grandes y pequeños Lúculos que viven en ella y aun el de sus ascendientes, en máxima porción, expresa el coeficiente de los esfuerzos, fatigas y sufrimientos de generaciones enteras de laboríferos e incansables gnomos que inmoliándose, consciente o inconscientemente en aras del Dios trabajo, entendieron hacerlo no en pro del placer egoísta de unos pocos, sino en aprovechamiento latísimo de todos y de los descendientes de todos...

Sin embargo, el gran colmenar humano parece vivir en beneficio exclusivo de un puñado de felices Benjamines, y el arquetipo de lo justo reinando sobre la tierra, parece desvanecerse ante sus pobres ojos, cansados y entristecidos, cual el tan ansiado y esquivo Ideal ante la mirada escrutadora e inquisitiva de la ardiente y enamorada Psiché.....

ANÁLISIS

del libro de Lilienfeld

La Patología Social

Patología Social

Cuadro de las enfermedades sociales, según Lilienfeld

Para Lilienfeld, la Patología Social está llamada a tener gran influencia en la dirección de las ciencias históricas, pues presentándonos estas, por lo general, una sucesión casi no interrumpida de luchas y de crisis interiores y exteriores, económicas, políticas y jurídicas, demuestran acabadamente que el estado morbozo es el que ha predominado durante la evolución histórica de la humanidad.

No es, pues, de extrañar que la Patología Social, descubriendo las leyes naturales que presiden el desarrollo de tales anomalías, coadyuve eficazmente a la mejor explicación de la Historia. Y en efecto, hasta hoy, ésta ha estudiado preferentemente los hechos aislados o tan sólo en sus relaciones exteriores y accidentales y si ha llegado a ocuparse también del movimiento de la literatura, de la arquitectura y del arte en general, es decir, de la substancia intercelular que nos ha sido legada por los que nos han precedido, es de tener en cuenta que tal substancia no representa más que el reflejo y la proyección de sistemas nerviosos de comunidades que si ya no existen no por eso han dejado de tener una vida real en el pasado. Los esfuerzos del historiador deben, en consecuencia, tender a reconstruir dichos organismos, valiéndose de todo género de monumentos y documentos, procediendo al igual del zoólogo que reconstruye un animal prediluviano sin más auxilio que los restos de un hueso, de una ala o tal vez de una simple huella.

Por su parte, proponiéndose la Sociología inducir y constatar las leyes de la evolución humana, debe cuidarse de no desdeñar el concurso de la Patología Social; a menudo lo anormal ha servido para poner de manifiesto lo normal: la ley de la herencia ha sido definitivamente probada y confirmada por la transmisión de las de-

formidades físicas y de las anomalías intelectuales y morales. La Psicología positiva y la Psiquiatría han logrado aclarar muchos puntos oscuros en la acción del sistema nervioso, mediante las observaciones hechas sobre los histéricos y con ayuda del hipnotismo.

Antes de entrar a estudiar las enfermedades que pueden atacar a los organismos sociales, Liliensfeld se detiene en algunas breves consideraciones acerca de los estados mórbidos que comunmente afectan al organismo individual; así, recuerda que éstos derivan de una degeneración o de una acción anormal de la simple célula, como unidad anatómica de aquél. Algo más: cree con Virchow que no existe diferencia esencial y absoluta entre el estado normal y el estado patológico de un organismo; la desviación del tipo sano no consiste sino en que una célula o un grupo de células manifiestan una acción fuera del tiempo oportuno, fuera del lugar necesario o fuera de los límites de excitación prescriptos para aquél. El estado morboso implicaría, pues, siempre una aberración respecto del tiempo, del lugar o de la *energía de acción* de la simple célula. En tanto que ésta no traspasa ciertos límites de desviación, puede ser reducida de nuevo al estado normal, puede curársela; pero traspasados dichos límites ella degenera, se desorganiza y perece.

Sin embargo, la muerte de una célula única y aun de una asociación de células, no implica necesariamente la desorganización o el perecer del todo de que ellas forman parte: las células degeneradas o muertas pueden inmediatamente ser reemplazadas por otras y entonces el organismo, lejos de debilitarse o de caer en un estado patológico, adquiere nuevas energías vitales.

Tal proceso de regeneración y de acumulación de fuerzas es común a todos los seres y constituye el principio mismo de la evolución progresiva de la vida orgánica.

Las verdades de la Patología celular encuentran su confirmación, al par que su explicación, en las desviaciones del estado normal que experimentan las sociedades humanas. Así como toda enfermedad individual deriva de un estado morboso de la célula, así también toda enfermedad social es originada por una degeneración o por una acción anormal del individuo, que constituye la unidad anatómica elemental de la sociedad. De igual modo, el organismo social enfermo no presenta un estado esencialmente diferente del sano: un país que degenera económicamente, que está desgarrado por los partidos y en el cual los derechos son pisoteados y las instituciones menos-

preciadas, no presenta diferencias sensibles con otro país cuya marcha sea normal y progresiva. Sólo después de haber traspuesto los límites extremos de las condiciones necesarias para la vida social, el mal que le aqueja se hará incurable y le arrastrará irremisiblemente a su perdición.

Pero estos límites para las naciones son mucho más extensos que para las simples células orgánicas, debido a la elasticidad del sistema nervioso social. Un pueblo no muere tan fácilmente como un individuo, porque sus células enfermas prestamente pueden ser reemplazadas por elementos sanos, echando mano hasta de la misma violencia, si ella llega a ser necesaria; así, si un individuo abusa de su libertad, la sociedad podrá desembarazarse de él empleando la reclusión temporaria o perpetua y aun la pena de muerte. No sucede esto con las células enfermas de un organismo individual, las cuales, en general, degeneran y mueren en el lugar en que se hallan.

Diátesis sociales. — A veces sin alcanzar los límites extremos de desorganización y degeneración, las colectividades humanas, al igual de los organismos, pueden adquirir predisposiciones patológicas que las hacen accesibles a ciertas enfermedades más que a otras y que la medicina designa con el nombre de *diátesis*. Sociopatológicamente podría, pues, decirse que la sociedad musulmana está afectada por la *diátesis religiosa*, desde que todas las crisis, aun las económicas y políticas, despiertan hoy mismo en aquel pueblo el fanatismo religioso; varias naciones europeas parecen estar afectadas por la *diátesis guerrera*. La pronunciada y constante tendencia de la raza semítica por el comercio y la industria, puede considerarse como una verdadera *diátesis económica*.

Parasitismo social. — El parasitismo es la causa de toda una serie de enfermedades sociales muy comunes, debido a que la agrupación humana, por la misma movilidad de los elementos que la constituyen y por la falta de conexión mecánica entre los mismos, presenta más facilidad a los agentes extraños y enemigos para entrar y derramar en su seno las toxinas que segregan. Toda inmigración de individuos explotadores, necesitados o perversos, incapaces de proveer a su propia subsistencia por el trabajo honesto y que tratan de vivir y enriquecerse a costa de la población nacional, implica un caso de parasitismo social.

Tal inmigración puede producirse por vías pacíficas o por medios violentos: el monopolio del comercio, de las industrias, de las artes liberales por una clase de extranjeros poco escrupulosos y que

no persiguen más que sus intereses personales en detrimento de la prosperidad general, son casos en que el parasitismo puede manifestarse no sólo de un modo pacífico, sino hasta legal.

La conquista de una nación por otra, la reducción de sus habitantes a la esclavitud o a la servidumbre, la imposición de obligaciones morales o materiales incompatibles con la justicia y la libertad, son ejemplos de parasitismo realizado por medios violentos. Pero el parasitismo puede originarse en la sociedad, independientemente de toda inmigración de agentes patógenos externos, pues así como cada célula, cada tejido y cada órgano de una planta o de un animal pueden nacer, desarrollarse y vivir en detrimento de las demás células, tejidos y órganos y aun en perjuicio de la vida común del organismo, así también en una sociedad todo individuo o toda asociación agrícola, industrial, comercial, financiera o corporativa puede adquirir un carácter parasítico.

Esto sucederá toda vez que las fuerzas reguladoras del todo no se encuentren en estado de fijar la acción de sus diferentes partes en los límites que su naturaleza misma les ha impuesto y que el equilibrio de las fuerzas materiales y morales de la comunidad se halle roto.

La Patología individual ha comprobado que a cada enfermedad corresponde un bacilo específico. ¿Ocurre lo mismo con las enfermedades sociales?

Parece que sí; las anomalías y las crisis económicas son causadas en buena parte por la tendencia del productor a enriquecerse a costa de la masa de la población y por la del consumidor que, consciente o inconscientemente, da a la producción una tendencia no siempre compatible con los intereses del procomún. Toda explotación encubierta bajo formas legales, implica un caso de parasitismo jurídico; todo abuso del poder, un caso de parasitismo político.

A estas tres clases de parásitos económicos, jurídicos y políticos corresponden diversas subclases, cada una de las cuales da origen a una enfermedad especial de la sociedad; así, el parásito agrícola explotará bárbaramente las tierras, agotando el suelo, derribando los bosques, deteriorando las construcciones; el parásito industrial competirá con sus productos entregando a la circulación sustancias de calidad dudosa y hasta falsificadas; el parásito comercial se interpondrá entre el productor y el consumidor y acaparará los artículos para hacerlos objeto de una especulación inmoral.

Pero los bacilos más temibles de la esfera económica son sin duda los usureros.

La esfera jurídica tiene también sus especialidades; por ejemplo, los jueces parciales, ignorantes o deshonestos; los abogados que no vacilan en traficar con el estado precario de sus clientes o en hacer triunfar una causa injusta, valiéndose de los subterfugios que las mismas leyes les proporcionan.

Son variedades del parasitismo político las personas que por su capacidad o por su moralidad no responden a las exigencias de su posición oficial; los agitadores profesionales que no tienen en vista más que su ambición o su interés personal.

Finalmente, por debajo de esta escala se hallan los que atacan los principios mismos en que reposa la vida de la sociedad, vale decir, los delincuentes (1).

Anomalías del sistema nervioso social

Así como a veces, dice Lilienfeld, basta la lesión de una sola de las células nerviosas que constituyen la substancia cortical del cerebro humano o de las fibras nerviosas a que ellas dan nacimiento, para alterar todo el sistema, del mismo modo, en una sociedad, basta el estado patológico intelectual o moral de un solo individuo para que la anomalía se extienda a otros individuos y al fin a todo el sistema nervioso social; un individuo es atacado de pronto por la idea fija del próximo fin del mundo; cesa de trabajar, dilapida sus bienes y sólo se ocupa en recitar letanías; es un caso de monomanía objeto de la Psiquiatría.

Pero en el siglo X de nuestra era, esta convicción había hecho presa de poblaciones enteras que abandonaban sus ocupaciones habituales, legaban su fortuna a las iglesias y conventos y emigraban

(1) Un buen trabajo comparativo entre los parásitos del individuo y los de la sociedad, aunque tal vez algunos lo tachen de algo parcial, es el de los señores *E. Vanderwelde* y *J. Massart*, "Los parásitos de la sociedad", en el que estudian las formas más comunes del *parasitismo*, del *mutualismo* y del *predantismo*.

en masa a la Palestina a esperar el día del juicio final. Es un caso de Patología Social (1).

Las principales formas que pueden tomar las perturbaciones del sistema nervioso social, y que encuentran sus correspondientes paralelismos en el sistema nervioso individual, son: la *histeria*, la *astenia*, la *parálisis*, la *monomanía*, la *amnesia*....

La *histeria* en las sociedades se manifiesta por el tumulto desordenado de las fuerzas intelectuales y morales, que se observa durante las revoluciones religiosas, económicas y políticas; aun sin llegar a estos extremos, la encontramos también en la viva agitación de los partidos durante la época de elecciones. Las convulsiones musculares que acompañan a la *histeria convulsiva* en el individuo, estarían representadas en la sociedad por una dislocación mecánica de individuos y de riquezas. Todas las crisis violentas a las que puede estar expuesto el sistema nervioso, tanto individual como social, son necesariamente seguidas por estados de postración y de extenuación de las fuerzas vitales, los que se designan con el nombre de *astenias* o *adinamias*.

La *amnesia* o pérdida total o parcial de la memoria, se manifiesta como enfermedad social por un olvido de las tradiciones patrias y por una falta de gratitud por los bienhechores y grandes hombres de la nación y de la humanidad; ella puede atestiguar una extrema juventud o una decrepitud senil, casos en que se justificaría. Pero lo grave es cuando ella ocurre en la plenitud de la vida de una nación, pues entonces es indicativa de estados patológicos que corresponden a las crisis históricas del sistema nervioso individual.

En cuanto a las *monomanías*, recuerda Lilienfeld que, bosquejando la Historia, el cuadro vivo de comunidades y hasta de razas enteras dominadas por el fanatismo religioso o arrastradas por ideas de gloria y de dominio universal, o bien presas de pánicos súbitos, ofrece respectivamente ejemplos magños de monomanías religiosas, de las grandezas y de las persecuciones. Las hordas de Atila, de Gengis-khan y de Tamerlán, feroces, rapaces e incendiarias, diéjense poseídas por la *manía homicida*, la *cleptomanía* y la *piromanía*.

(1) Sobre estas cuestiones, de suyo tan interesantes, son muy instructivos los libros de *Pascual Rossi*, especialmente su "Psicología colectiva morbosa."

Muchas comunidades de la antigüedad han perecido a consecuencia de la *erotomanía* o *ninfomanía*, favorecida por el culto del paganismo y hasta por instituciones públicas.

Clases enteras de la sociedad moderna caen víctimas de la *dipsomanía*.

Más graves que todos estos transtornos son las *parálisis*; una nación que no ofrece resistencia a su enemigo que la invade, es muestra de ello; los pueblos salvajes que desaparecen paulatinamente al contacto de la civilización, pueden considerarse afectados por una *parálisis progresiva*.

Anomalías de la substancia intercelular

El criterio que adopta Liliensfeld para determinar las anomalías de la substancia intercelular, es el de la *utilidad de los productos consumidos*; estos, en su opinión, pueden ocasionar al consumidor o un aumento y renovación de sus fuerzas físicas y psíquicas, o una disminución y desorganización de las mismas, o en fin, un simple placer sin resultado ventajoso o perjudicial.

En el primer caso, la utilidad del producto consumido será positiva: por ejemplo, el pan; en el segundo, negativa: por ejemplo, el alcohol; en el tercero, neutra: por ejemplo, el tabaco consumido moderadamente (1).

También caen dentro de esta clasificación los objetos que tienen en vista satisfacer necesidades intelectuales, estéticas y éticas; un libro instructivo, un periódico inmoral y un cuadro mediocre serán ejemplos de utilidades psíquicas positiva, negativa y neutra, respectivamente.

También existen utilidades de naturaleza mixta; un mismo traje puede, protejiendo el cuerpo contra la intemperie, tener desde otros puntos de vista cualidades antihigiénicas y ser al mismo tiempo un objeto de lujo frívolo; reuniría, pues, en tal caso, las utilidades positiva, negativa y neutra.

(1) Liliensfeld reconoce que el límite entre estas tres clases de utilidades está sujeto a cambio; así, el trigo transformado en alcohol ha trocado su utilidad positiva en negativa; por el contrario, el opio usado como remedio ha cambiado su utilidad negativa en positiva.

Es fácil echar de ver que las utilidades negativas, circulando dentro de un organismo social, son perfectamente equiparables a los venenos introducidos en un organismo individual, pues aunque no maten inmediatamente como éstos, no por eso dejan de causar una degeneración profunda física, intelectual y moral.

Pero al igual de lo que sucede con los seres humanos respecto de los venenos, que tomándolos paulatinamente en dosis cada vez más elevadas, llegan a ingerirlos impunemente, al cabo de cierto tiempo, las colectividades humanas pueden acostumbrarse a soportar cantidades de utilidades negativas que serían necesariamente mortales para otras no sometidas a este ejercicio. Así, una sociedad habituada podrá tolerar el lujo excesivo de las clases elevadas y las demasías de una prensa libre sin que por ello tal vez se conmueva su estabilidad, lo cual seguramente no ocurriría en una sociedad joven y no acostumbrada a los perniciosos efectos de las utilidades negativas.

Anomalías de las esferas

Anomalías de la esfera económica

Entre las más graves se cuenta la preponderancia desmedida de una de las formas de la propiedad inmueble, por que casi siempre acarrea la ruina de las demás; así, los latifundios de la antigua Roma absorbieron y concluyeron con la pequeña propiedad en Italia; al Norte de Finlandia, donde predomina la pequeña propiedad, la grande ha desaparecido; en Rusia, la lucha entre ambas se ha trabado desde la emancipación de los siervos y en varias partes del imperio ha terminado con la ruina de los grandes propietarios.

Otro estado patológico que puede afectar a la propiedad inmueble es el *endeudamiento* excesivo de los bienes raíces; en ciertas naciones las hipotecas llegan a sobrepasar el valor mismo de tales bienes; esta anomalía llega a ser peligrosa para un país cuando las obligaciones hipotecarias están en manos del extranjero, pues el capital cosmopolita llega a devorar la propiedad nacional.

Lo dicho acerca de la propiedad inmueble es aplicable también a la gran industria en sus relaciones con las artes y oficios y con la pequeña industria, especialmente la realizada a domicilio. La ab-

sorción de ésta y la destrucción de aquéllos por la gran industria, constituye siempre un estado patológico para el país que lo experimenta...

El ideal del progreso económico al que debería tender toda comunidad, sería la difusión amplísima en la masa de la población de las aptitudes industriales, del espíritu de empresa y de inventiva, de previsión y de ahorro, a fin de que cada obrero tuviera la posibilidad de hacerse capitalista y en carácter de tal le fuera también posible actuar en el movimiento industrial y comercial.

Reuniendo en la misma persona la mano de obra y el capital, la cuestión antagónica y a primera vista irreductible, entre patronos y obreros, parece que debiera quedar resuelta por vías naturales.

El éxito de las asociaciones cooperativas de obreros, de producción y de consumo, de las cajas de ahorro, de las instituciones de crédito mutuo, etc., inducen a pensarlo así. Sin embargo, hallándose sólo en sus comienzos este movimiento reparador, no ha podido impedir que el antagonismo entre el capital y el trabajo se mantenga siempre agudo y apasionado. No poco contribuye a mantener viva la contienda el éxodo de la población agrícola hacia las ciudades y su agolpamiento en los grandes centros industriales, con todas las desventajas y peligros que de ello resulta desde el punto de vista económico, higiénico y moral. (1)

Aplicando los principios de la Patología celular de Virchow, según el cual las enfermedades se reducen a una aberración de las células respecto del tiempo, del lugar o de las energías, a las anomalías de la esfera económica, puede afirmarse que en general ellas se reducen también a una de dichas tres categorías de aberraciones; así, las crisis financieras que castigaron a Inglaterra con motivo de

(1) Este fenómeno de fascinación urbana por el que los campos se desangran para nutrir las capitales, según la expresión de *Jacoby*, reviste caracteres alarmantes en nuestros días, haciendo decir a *Emilio Levasseur*, que al igual de los astros, las ciudades ejercen sobre los campesinos un poder de atracción proporcional a la masa de su propia población. Basta recordar que en Alemania hoy la población rural sólo está representada por el 33 por 100, en tanto que en la generación anterior lo estaba por el 50 por 100, y que el porcentaje actual de la población urbana en la Gran Bretaña es del 80 por 100 *plus minusve*.

Bien puede generalizarse el caso particular al que *Andrés Theuriet* ha prestado los encantos de su pluma, cuando en su novela "Manuscrito del canónigo", hace hablar por el siguiente tenor al cura de Entrevernes, al acompañar a sus visitantes por los yermos lugares de su feligresía: "Todos estos molinos están ahora desiertos, abandonados por falta de brazos. Aun en nuestra Alta Saboya, en la que el campesino ama a su

la construcción prematura de los ferrocarriles, fueron originadas por una aberración respecto del tiempo; Rusia ha experimentado durante largo tiempo los efectos de una aberración respecto del espacio, por los capitales extranjeros tomados por el Estado a título de empréstito; la crisis agrícola que en cierta época hizo presa de una gran parte de Europa, fué causada por una superproducción de cereales, concomitante con una falta de consumo, ofreciendo un caso típico de aberración de energías.

Anomalías de la esfera jurídica

Lo mismo que en la esfera económica, toda desviación en la esfera jurídica implica una aberración de tiempo, de lugar o de energía. Y en efecto, una mala legislación es tal, porque no es oportuna respecto del tiempo o del lugar, o porque es muy severa o muy débil. Lo mismo ocurre con la aplicación y ejecución de las leyes: los errores de la justicia penal tienen siempre por causa una concepción falsa de parte del juez en cuanto al tiempo, al lugar o a la persona inculpada. También pueden calificarse de prácticas anormales las de ciertos abogados que consideran al tribunal, no como un órgano distribuidor de justicia, sino como una tribuna de declaración oratoria y de agitación política. La resonancia que en su tiempo han tenido los procesos contra los anarquistas y contra los incitadores a las huelgas, ha contribuído en mucho a pervertir el sentido del derecho en la masa popular, del mismo modo que las revelaciones escandalosas en los casos de adulterio, de *chantage* y

montaña, escasea cada vez más la gente joven que quiera trabajar la tierra. Atrae Paris a nuestras mozas, como las alondras son atraídas por el reflejo del espejuelo. Cuando los jóvenes concluyen el servicio militar, no se ocupan ya más de llevar el cuévano a las viñas o de empujar el trineo por las sendas. Vanse a buscar fortuna a los grandes centros de población. La ciudad los recoge y ya no les suelta. Quedan sólo los viejos en el pueblo, y la tierra inculta, llegará a convertirse en un baldío a poco que este movimiento continúe.....” Y téngase en cuenta que el problema de la ciudad contemporánea implica el de las cuestiones candentes del día: natalidad y mortalidad, vivienda, infancia abandonada y delincuente, juego, alcoholismo, vagancia y mendicidad, prostitución, criminalidad... Algo acerca de esta cuestión puede leerse en “L'exode rural et le retour aux champs”, por *E. Vandewelde* y en un artículo “La forza di atrazione delle grandi città”, publicado por el señor *G. Mortara* en la Revista italiana de Sociología.

de agiotaje han contribuído a debilitar y corromper su sentido moral. Tales factores actúan como venenos sobre el sistema nervioso social, desequilibrando conciencias y voluntades y predisponiendo a las colectividades hacia diátesis mórbidas que las harán más fácilmente víctimas de golpes de Estado, de revoluciones y de otras crisis a las que resisten las comunidades que gozan de estructuras jurídicas intactas.

Anomalías de la esfera política

En este capítulo, *Lilienfeld* estudia la construcción jerárquica de la sociedad y las desviaciones que ofrece respecto de las leyes naturales que la presiden.

Cree que la evolución progresiva de la colectividad se efectúa en proporción directa del exceso de energías vitales de su sistema nervioso y del mayor valor de la substancia intercelular, y que toda desviación de la norma jerárquica implica un debilitamiento y una degeneración económica, jurídica o política.

De modo que la sociedad progresa cuando las energías específicas más intensas y mejor adaptadas se sobrepone a las que no lo son. Si se eleva a un peldaño superior a un elemento defectuoso o degenerado, la comunidad se verá obligada a soportarlo como peso muerto sin recibir su correspondiente compensación: tal carga implica por ello mismo un verdadero estado mórbido. Y cuanto mayor sea la elevación de dichos elementos, mayor será el mal resultante a causa de su intervención directa en las excitaciones y depresiones que parten del órgano central del que forman parte.

El proceso de selección jerárquica puede ser positivo o negativo. Al rechazar la sociedad de su seno a los elementos nocivos, verifica una selección en sentido negativo; es el objeto que persigue con la pena de muerte, la deportación o la reclusión perpetua o temporaria. Por el contrario, educando a la juventud en los principios de moralidad, ilustrando a la población por la enseñanza, sosteniendo a los débiles, animando a los timoratos, defendiendo a los oprimidos, corrigiendo a los descaminados, ensalzando el verdadero mérito, la sociedad realiza una selección en sentido positivo.

Tanto más actúa y persiste un país en este sentido, tanto mayor será la reserva de sus energías vitales y menor la carga inútil que

tendrá que soportar gracias a una mejor construcción de su escala jerárquica. La coordinación social en capas superpuestas las unas a las otras, será en este caso el resultado de un movimiento ascendente, parcial o general, en tanto que la selección negativa implicará siempre un movimiento descendente.

Tal selección, sin embargo, sólo debe emplearse para alejar a los elementos incorregiblemente peligrosos; traspasando estos límites ella importará una evolución social regresiva; es lo que sucede cuando las clases elevadas de una nación en lugar de atraer hacia sí a las capas sociales inferiores, las rebajan material o intelectualmente.

La mayoría de la población de tal país concluirá por formar una masa menesterosa, ignorante e inerte respecto de las clases superiores, privilegiadas y autoritarias; habiendo desaparecido las gradas intermedias de la escala, se ha hecho imposible la marcha ascendente de la masa popular. Los países orientales como la Turquía, la Persia y la China presentan construcciones jerárquicas defectuosas; la misma circunstancia explica las incesantes crisis que experimentan las Repúblicas sudamericanas y el que con frecuencia sean ellas víctimas de la anarquía o del despotismo militar. Por el contrario, es fácil comprobar el movimiento ascendente seguido por el pueblo en los Estados Unidos de Norte América, debido a la enseñanza universal y obligatoria a la protección de que goza el trabajo nacional y a los esfuerzos incesantes que en todo sentido han realizado el gobierno central y los gobiernos locales.

En Europa, este movimiento se halla dificultado por múltiples causas; por ejemplo, por el exceso de impuestos para el mantenimiento de la paz armada, la lucha de las clases privilegiadas con la masa obrera, el antagonismo entre la Iglesia y el Estado, las tradiciones históricas, las crisis interiores y las guerras internacionales.

Terapéutica Social

Veamos ahora el concepto y desarrollo de la Terapéutica social en Lilienfeld.

En su opinión, a los hombres de Estado corresponde prevenir, tratar y curar las diátesis y enfermedades que pueden aquejar al organismo social.

Procediendo del mismo modo que el médico en presencia del enfermo, deben observar primero y luego interpretar, recurriendo en seguida a todas aquellas medidas preventivas que tiendan a detener el mal en sus inicios y a impedir su propagación.

El tratamiento deberá basarse en el estudio de las predisposiciones específicas y de la idiosincrasia de la comunidad, en su calidad de organismo real.

A menudo los medios terapéuticos sociales ensayados han fracasado porque al aplicarlos se ha tomado una falsa dirección, eligiendo un tiempo no propicio, un lugar inadecuado o ultrapasando en un sentido positivo o negativo la medida necesaria en la intensidad de tales medios.

En la esfera económica, medidas tendentes a aliviar las angustias de la agricultura de un país en el que domina la pequeña propiedad territorial, no lograrían su objeto y hasta podrían dar resultados contraproducentes, desde que fueran aplicadas a un país en el que predominara la gran propiedad inmueble. El empleo de igual procedimiento curativo en ambas naciones pecaría, pues, por inaplicabilidad de lugar.

Imponiendo a una industria que está en sus comienzos medidas que corresponderían a una industria ya bastante desarrollada, se echaría mano de procedimientos extemporáneos, los que no darían más que resultados nulos o negativos.

Desde el punto de vista de la energía de los medios terapéuticos aplicables, hay un justo término que todo hombre de Estado debe observar teniendo en cuenta las tendencias generales, las disposiciones individuales, las cualidades y defectos de las clases y de los grupos sociales que hay que someter a tratamiento, así como el nivel intelectual y moral de la masa de la población. La ausencia de protección de parte del Estado puede entregar la clase obrera a la explotación del capital y a la rapacidad de los usureros; pero por otra parte, una tutela rigurosa puede debilitar por falta de ejercicio o sofocar por falta de libertad el espíritu individual de responsabilidad, de iniciativa y de empresa que constituye la fuente viva de todo progreso social.

En la esfera jurídica la mala aplicación de recursos medicamentosos puede igualmente tener lugar bajo una triple relación.

Querer introducir la seguridad de las personas y de la propiedad en una población diseminada y desunida por dificultades de comunicación, por medio de la división de los poderes, es pretender trasplantar una institución practicable en un país de población densa y de comunicaciones fáciles a otro de condiciones muy distintas.

Desenvolviéndose en tal ambiente los poderes separados, lejos de prestarse el apoyo necesario para actuar con energía, no harán más que debilitarse mutuamente.

Del mismo modo, querer afianzar los preceptos jurídicos en una comunidad que se halla aún comprendida en el estadio del derecho consuetudinario y de la propiedad común, por la introducción de los principios del derecho romano, es someter tal comunidad a un falso tratamiento a consecuencia de una aberración en el diagnóstico referente al tiempo.

Desde el punto de vista de la energía de los medios a emplear en la esfera jurídica, un tratamiento es falso cada vez que los poderes públicos ultrapasan la medida de lo necesario; mucha severidad perjudica tanto como el relajamiento mismo del ejercicio de la justicia.

Los remedios destinados a corregir las anomalías en la esfera política, pueden igualmente fallar por una triple causa. La transposición forzada de las capas sociales emprendida con el fin de limitar la influencia excesiva y el predominio de alguna de las clases de la sociedad, puede dar por resultado un desequilibrio general y un debilitamiento de los órganos centrales; este error en la distribución de las relaciones jerárquicas sería una aberración en cuanto al espacio.

Querer someter al mismo régimen político a un país joven, como los Estados Unidos de Norte América, y a países que han atravesado por una larga serie de evoluciones históricas, como la mayor parte de los Estados europeos, es proponerse curar los males políticos por los mismos medios terapéuticos aun cuando se trate de organismos que se hallan en muy diferente grado de desarrollo, lo cual sería cometer un error con relación al tiempo.

En fin, proponerse curar los excesos de la libertad por el despotismo o bien limitar a éste por la licencia, sería ultrapasar en ambos casos la medida en el empleo de los medios, cayendo en una aberración en cuanto a la energía en el tratamiento de las enfermedades políticas.

El médico social debe evitar en lo posible el doctrinarismo económico, jurídico y político, teniendo siempre en vista las conclusiones del organicismo que le insinúan que no ha sido llamado a manejar una masa inorgánica, dirigible según principios mecánicos, ni mucho menos un conjunto de fuerzas inmateriales, independiente de todo medio circundante, sino una asociación de energías psico-físicas, que en su evolución obedecen a las mismas leyes que presiden a la vida orgánica en general. (1)

En cuanto a los medios terapéuticos aplicables al organismo social por la misma naturaleza constitutiva de éste, son divididos por Lilienfeld en dos categorías principales: los que se refieren al sistema nervioso social y los que corresponden a la substancia intercelular. Los primeros implican siempre una acción excitativa o depresiva para con un grupo de células-individuos o para con todo un órgano, con el objeto de volver al estado normal a las energías enfermas. Los segundos tienden al mismo fin por la transformación o traslación de las riquezas producidas, cambiadas y consumidas en la sociedad.

A los remedios de la primera clase pertenecen las excitaciones y depresiones producidas por un contacto inmediato entre las personas o por medio de signos cuyo *substratum* material es mínimo en comparación con el efecto psíquico producido: ejemplo del primer caso es el general que, arrojándose en medio del combate, reanima el espíritu indeciso de su tropa y obtiene la victoria; ejemplo del segundo, la proclama que puede arrastrar al pueblo a una revolución o a una guerra.

Pero para que el efecto sea beneficioso en todos los casos, es menester que sea de utilidad positiva y no negativa: la falsa nueva de una victoria sobre el enemigo puede aplacar momentáneamente las pasiones populares, pero la reacción no por eso será menos temible, cuando la noticia verdadera sea conocida.

La Terapéutica social también puede usar de ciertos medios de curación y de regeneración de que no dispone en general la Medicina orgánica, como sucede cuando se introducen nuevos elementos regeneradores tomados de afuera para vigorizar el organismo social; esto puede acaecer o de un modo violento, como es el caso de la con-

(1) Con razón ha dicho Ferrero que el gobierno no es una ciencia exacta, sino un arte vivo de fuerzas vivas.

quista, o de una manera lenta y pacífica como es el de la inmigración.

Estos elementos, que cuando reportan una utilidad negativa revisten un carácter parasítico, cuando contribuyen a elevar el nivel material, moral e intelectual de la población autoctona, pueden llegar a ser verdaderos remedios sociales.

Pasando a estudiar los medios terapéuticos de la segunda categoría o sea los que se refieren a la substancia social intercelular, es de notar que también pueden emplearse como instrumentos de excitación o de depresión, según los casos...

En la mayor parte de los países el alcohol es fuertemente gravado con impuestos, no sólo con miras fiscales, sino también a causa de su utilidad negativa. También por medio de tarifas aduaneras, de primas y de gratificaciones, los gobiernos favorecen el desarrollo de la industria y del comercio nacionales.

En general, puede afirmarse que el dinero, en su calidad de medida universal del valor de los productos, ofrece el medio más poderoso de excitación y de depresión.

También el aislamiento y la distracción son remedios a emplearse.

Considerado desde el punto de vista social, el aislamiento implica siempre un alejamiento de reflejos directos o indirectos, con el objeto de combatir el estado mórbido de una asociación de células-individuos cualquiera. Por la distracción, la sociedad alcanza el mismo objeto, estimulando de un modo enérgico los reflejos favorables al restablecimiento del estado normal. Alejando de la juventud las influencias malsanas y haciéndole experimentar la acción de un medio favorable, no sólo se combatirán sus instintos perversos y pasiones subversivas, sino que se despertarán en ella tendencias más nobles y aspiraciones hacia el ideal.

Pero no hay que olvidar que cuando el aislamiento y la distracción se emplean de un modo falso o excesivo, pueden tener efectos contraproducentes; así, la población china, por el sistema de aislamiento que por tantos siglos la ha mantenido separada del resto del mundo, ha caído en un estado de embrutecimiento.

También es de fatales consecuencias para su vida la costumbre de ciertas clases sociales, corporaciones y hasta familias que a consecuencia de prejuicios religiosos y aristocráticos o por sentimientos de arrogancia, desconfianza o envidia, permanecen alejadas del mo-

vimiento general que anima a la comunidad a la que pertenecen.

Asimismo, por lo que respecta a la distracción como medio de tratamiento, puede afirmarse que un gobierno que recurre a una guerra exterior para desviar a la opinión pública de las cuestiones internas que han logrado desencadenar las pasiones políticas, emplea erróneamente este medio terapéutico.

También existen ciertos medios curativos peculiares a cada esfera en particular; por ejemplo, la formación de órganos intersociales o internacionales destinados a regular y disciplinar las energías económicas cuyo exceso amenaza desorganizar las sociedades modernas. Tanto los unos como los otros pueden referirse ya a los elementos de que está formado el sistema nervioso social, ya a la substancia intercelular.

Así, la tendencia de la población a elevar el nivel de sus facultades intelectuales y morales y de sus aptitudes industriales por medio de asociaciones y de instituciones que procuran difundir las luces y los preceptos de la higiene en la masa popular, conciernen inmediatamente a los elementos de que está formado el sistema nervioso social. Todo lo que se refiere al movimiento de las riquezas tiene atingencia con la substancia social intercelular y es la faz más difícil y complicada de la cuestión social.

Entre los nuevos órganos de excitación y depresión que tienden a restablecer el equilibrio económico que las nuevas condiciones de la vida social parecen haber roto, se hallan las cooperativas de producción, de consumo y de crédito, los seguros de todo género, las cajas de ahorro, las sociedades fundadas para construir casas para obreros, etc.

Todas estas instituciones tienen principalmente por objeto el trabajo y la personalidad del trabajador.

Por el contrario, todas las compañías de accionistas, cualquiera que sea la forma de su constitución, tienen por fin el capital y por miembros los grandes y pequeños rentistas.

Al lado de las asociaciones que tienen en vista un acercamiento entre el productor y el consumidor y entre el obrero y el capitalista, desalojando a los intermediarios, se desarrollan otros órganos sociales que tienden a regular las relaciones económicas de las diferentes clases de la población y que procuran determinar los límites de actividad de sus respectivas esferas de intereses, de reprimir las de-

masías de la concurrencia y de la libertad, de sostener y de animar a las víctimas de la lucha por la existencia. Así los sindicatos de obreros se proponen detener la baja de los salarios por el empresario y aun elevarlos a expensas del interés del capital y del provecho de la empresa. Los sindicatos de capitalistas persiguen en un sentido opuesto el mismo fin respecto del obrero y de los consumidores.

Pero así como las organizaciones de los primeros tienden en general a una licencia excesiva, las de los segundos marchan derechamente a un monopolio odioso. Para evitar tales extremos, que a menudo estallan en formas desastrosas para todos, la sociedad necesita nuevos órganos de excitación y de depresión, los que afortunadamente se han ido desarrollando poco a poco; los tribunales arbitrales entre patrones y obreros, las comisiones de conciliación para dirimir conflictos entre obreros de profesiones distintas y los tribunales de arbitraje para regular los intereses económicos, jurídicos y políticos entre los diferentes Estados, son las principales formas que en nuestros días revisten dichos órganos. Sobre todos ellos, como sobre todos los que en adelante continúen formándose, se halla el Estado como regulador soberano de la vida global de cada país y al que en todo caso habrá que recurrir en última instancia de las injusticias a las que puedan haber sido arrastrados los órganos de segundo y tercer orden en las tres esferas sociales.

En Terapéutica social, dice Liliensfeld, nunca debe olvidarse que siendo el individuo el elemento anatómico primordial de la sociedad, todos los remedios a emplear deben tener en vista tanto la naturaleza física del hombre como sus facultades morales e intelectuales: la Medicina y la Higiene se ocupan de la primera; la Moral y la Religión de las últimas.

El desarrollo de las fuerzas corpóreas, que en la antigüedad estaba a la orden del día, ha sido descuidado largo tiempo por las sociedades modernas, hasta que los evidentes síntomas de degeneración que presentaban las nuevas generaciones, concluyeron por preocupar a los gobiernos, los que trataron de atenuar en algo el mal, incluyendo los ejercicios físicos en los planes de estudio.

Por otro lado, la vulgarización de los conocimientos científicos, artísticos y literarios, llevada a cabo por las bibliotecas públicas, los gabinetes de lectura y las exposiciones de objetos de arte, han contribuido y contribuyen no poco a elevar el nivel intelectual y moral de las masas populares.

El médico social debe unificar por un trabajo de síntesis los esfuerzos aislados de la Medicina, de la Higiene, de la Economía Política, de la Moral y de la Religión, con el fin de hacerlas concurrir para estudiar, prevenir y curar las enfermedades de la colectividad.

Reconocido el mal central que causa las anomalías que afectan a la sociedad moderna, se tratará de buscar los medios terapéuticos aplicables.

Las contradicciones entre los mandamientos de la fe y los postulados de la inteligencia, entre la Teología Cristiana y las Ciencias Naturales, no pueden ser resueltas sino por una evolución autónoma del espíritu humano en el sentido de un acercamiento entre estas dos fuerzas psíquicas.

Sólo la Sociología positiva hace posible tal acuerdo y una vez logrado éste, por el reconocimiento de la sociedad humana en su calidad de organismo real, se buscará poner término al desequilibrio intelectual y moral que en nuestros días hace presa de las multitudes.

La Historia nos enseña que muchas naciones han sido regeneradas por una legislación sabia y conscientemente aplicada a la educación de la juventud. Reformando la instrucción pública en las escuelas, un gobierno puede transformar el tipo nacional en un sentido o en otro: puede sugerir sentimientos patrióticos a una población indiferente por el honor nacional, puede despertar en una colectividad agrícola y rutinaria aptitudes industriales y comerciales, provocar el espíritu de investigación científica en el seno de una sociedad prisionera de prejuicios y fanatismos seculares.

La enseñanza, a partir de las escuelas primarias, está en la actualidad organizada de modo que todo lo que la niñez aprende de labios del maestro laico, se halla en contradicción chocante con lo que oye en la iglesia y con lo que se esfuerzan en inculcarle en el seno de la familia.

Algunos han pretendido remediar este mal con la introducción de la Moral en las escuelas primarias y de la Filosofía en las secundarias.

Pero la Moral, como ciencia, forma parte de la Filosofía y sabido es que existen tantos sistemas de Moral como sistemas filosóficos. Y en cuanto a los preceptos morales, son de tal simplicidad, que bastaría para inculcarlos a la juventud exponerlos de viva voz en los aniversarios, fiestas nacionales y demás ocasiones solemnes.

Es innegable también la importancia de la enseñanza de la Filosofía en los colegios secundarios, pero a condición de que al lado de los resultados positivos adquiridos por ella se pongan de manifiesto las deficiencias y contradicciones de los distintos sistemas entre sí y la impotencia de la Filosofía en general para ilustrar al hombre sobre la esencia de las cosas y la idea de lo Absoluto.

Pero lo que es realmente urgente en nuestras sociedades, es la introducción de las conclusiones de la Sociología positiva y de la Patología social, simultáneamente con las Ciencias Naturales, en la enseñanza de los institutos, tanto secundarios como primarios. Así como la Física, la Química y la Biología ilustran al hombre sobre la naturaleza del medio ambiente físico, la Sociología lo ilustrará sobre las relaciones sociales en su conexión y coordinación reales.

El trabajo de análisis y de síntesis al que la disciplina sociológica someta a la juventud, la acostumbrará a concebir de un modo sano el medio ambiente social, con el cual todo miembro de la sociedad se halla en contacto desde su nacimiento hasta su muerte. Esta misma labor deberá también abrir las almas a los mandamientos de la religión cristiana, la que, como la Sociología, se basa en los dos principios de la individuación y de la solidaridad y que por su esencia misma y por la constitución de la Iglesia es una institución eminentemente social, en la significación más elevada de este término. Podría objetarse que los fenómenos sociales presentan una entidad muy compleja y de difícil comprensión para inteligencias poco desarrolladas. Pero es de observar que si las investigaciones sociológicas exigen un trabajo sostenido y complicado, los resultados, una vez obtenidos, son simples y accesibles a todos; así, por ejemplo, si es verdad que la Astronomía ha requerido un inmenso trabajo de cálculo para probar y constatar el movimiento de la Tierra en torno del Sol, los resultados de tales esfuerzos son tan sencillos que hasta en las escuelas primarias se enseñan con el mayor éxito.

En definitiva, cree Lilienfeld que la cuestión social por excelencia, consiste en el desequilibrio de las inteligencias, de las voluntades y de las conciencias, antagonismo que tiene su origen en la oposición entre la Ciencia y la Religión y que sólo terminará cuando se pongan de acuerdo estas dos potencias, intelectual la una y moral la otra, ambas igualmente necesarias a la evolución progresiva de la sociedad humana.

OBSERVACIONES

El papel de la Religión en las sociedades actuales

La Patología Social de Lilienfeld, en particular su Terapéutica, se resiente del misticismo ruso, (1) que como cerrada y finísima niebla cubre y penetra la Rusia toda, ese Imperio de la Noche, (2) tan castigado por las epidemias psíquicas y que traduce su desesperación resignada en los tristísimos cantos de sus mujiks infelices, los que con ingenuidad candorosa dirigen sus férvidas preces al Eterno, porque creen que sólo el Eterno puede oírlos en la inmensidad de la estepa yerma y helada, cuyo aspecto de blanca mortaja, durante las noches hiemales, infunde ultraterrenos pavores a sus almas infantiles y apocadas.

No es de extrañar, pues, que Lilienfeld atribuya una buena parte de los males presentes a los conflictos entre la Ciencia y la Religión y que se apresure a pedir su conciliación, creyendo de buena fe en la innegable utilidad de ambas.

Sería de mal gusto y hasta odioso renovar las emponzoñadas discusiones entre los campeones de la Religión y los de la Irreligión y de las que sólo son débil eco en el mundo cristiano las ardientes disputas entre clericales y liberales, los que, desde el lenguaje procaz, soez y tabernario de las gruñonas comadres de barrio, han llegado a veces hasta el rizar feroz de güelfos y gibelinos.

Los primeros, siempre creyendo que nada ha cambiado desde que el ilustre *Plutarco* escribiera: “Podréis hallar ciudades sin murallas, sin habitaciones, sin guarniciones, sin leyes, sin moneda y sin letras, pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos y sin sacrificios nadie lo vió jamás” (3).

(1) Ver el capítulo “La Ciencia y la Religión”.

(2) Este gastado calificativo es de actualidad hoy día, pues los mismos rusos reconocen que las últimas reformas dictadas han sido tan sólo mohatras y añagazas, cuando no fulleras del autocratismo, para calmar las crisis de efervescencia popular que de tarde en tarde arrancan de su pesada somnolencia y a manera de retorcimientos epilépticos, al bárbaro ogro del Norte, que se alimenta con la carne palpitante de sus propios hijos.

(3) Sin embargo no debe echarse en olvido que ya, también en la antigüedad, *Lucrecio*, el gran poeta latino, con todo entusiasmo batía palmas en honor de *Epicuro*, el filósofo de los jardines, por haber destruído el temor a los dioses, ensalzando su valerosa entereza en los sí-

Los segundos, siempre voceando que Religión quiere decir anquilosis ancestral, ignorancia elevada a potencia enésima, embrutecimiento de inteligencias, enervamiento de voluntades y sosteniendo de continuo que las creencias místicas, cualesquiera que ellas sean, son las hijas locas de una madre loca, (1) que acusan en los que las profesan tanta inferioridad mental como la que demuestran los que dan algún valor a las hadas y genios de los orientales, a las gorgonas y arpías de los griegos, a los lemures de los romanos, a la magia medioeval, a la astrología, al cabalismo, la interpretación de los sueños, la necromancia, los hechizados, los exorcismos, las cacerías fantásticas de los espectros, iluminadas por los pálidos rayos de la luna, en los bosques salvajes, de las viejas narraciones germánicas; los cadáveres de los cementerios abandonados, saliendo de sus sepulcros en las altas horas de la noche para ir a beber con horrible sed la sangre de sus víctimas; las brujas remontándose en los aires sobre gatos monstruosos y gigantescos murciélagos, para dirigirse hacia misteriosos aquelarres; los pactos infernales con Belcebú, escritos y firmados con sangre humana; los ayuntamientos demoníacos, originando leyendas como las de Roberto el Diablo; las misas negras a la luz de los cirios verdes, con sus locas adoraciones al macho cabrío de rostro humano, que sobre ancho pedestal de piedra preside la ceremonia con la profunda melancolía del que experimenta las nostalgias de la patria celestial; las siniestras invocaciones a Satanás, el tan temido príncipe de las tinieblas, que partes tan principales se adjudica en esas maravillosas catedrales góticas del pensamiento humano, que se llaman “El Paraíso Perdido” de Milton o el “Fausto” de Goethe.....

guientes términos: “Cuando el género humano arrastraba sobre la tierra su miserable existencia agobiado bajo el peso de la Religión, que desde lo alto de los cielos mostraba su cabeza y lanzaba sobre los mortales espantosas miradas, un griego fué el primero que se atrevió a levantar contra ella sus ojos mortales y mirarla cara a cara. Ni el renombre de los dioses, ni el rayo, ni el amenazador estrago del trueno celeste detuvieron su audacia; el indomable valor redobló sus energías y le impelió a demoler las estrechas barreras que vedaban al hombre el acceso a la naturaleza.” — Ver “Historia del Materialismo”, por Lange.

(1) *Binet-Sanglé*, en “Las leyes psico-fisiológicas del desarrollo de las Religiones”, sienta el principio de que si las personas física y mentalmente bien constituidas son terrenos impropios para la germinación de las ideas religiosas, aun cuando vivan en un medio místico, en cambio estas ideas se desarrollan hasta invadir el campo de la conciencia, en ciertos psicópatas hereditarios, aun cuando ellos vivan en un medio intelectual.

Sin necesidad de pecar de extremosos, gritando con el anti-clericalismo: ¡Abajo los apóstoles de la impostura que os ofrecen otro mundo para apoderarse mejor de éste! ¡No haya piedad para quienes no la tuvieron respecto de nada y de nadie, cuando cobardes contaron con el apoyo incondicional del brazo secular! ¡Aplastad a la infame! ¡Enterradla que ha muerto y huele mal! Creemos, en oposición a Lilienfeld, que la Religión no corresponde ya al sentimiento medio de los pueblos, ni se ajusta a las nuevas necesidades de los tiempos; ha sido útil y hasta necesaria si se quiere en la evolución de la humanidad, pero ya no lo es. (1) Respetemos el pasado, pero cuando este pasado quiera usurpar su puesto al presente e impedir el advenimiento del porvenir, no queda otro camino que matarlo, y matarlo a sangre y fuego, sin contemplaciones ni remordimientos.

En virtud de esta consideración, sería deseable que los gobiernos, en bien de todos, adoptaran como axioma de derecho político el principio de *Chiesa libera in libero Stato*; que no permitieran a clericales ni anti-clericales disputarse al niño, convirtiendo a la escuela en oficina reclutadora de adeptos; que no consintieran la continuidad de los cementerios actuales en que inconscientemente se paga tributo al paganismo antiguo que con su culto a los Manes veía en cada muerto un dios y en cada tumba un templo; (2) finalmente, que acabaran con la supervivencia anacrónica del ritualismo formulista, que no otra cosa implican los juramentos, ni siquiera defendibles como simples promesas laicas. Cuando el pueblo cree que una persona ilustrada que tiene en su haber toda una vida de bien probada honestidad y rectitud merece ser enviada como representante a un Parlamento, ninguna reglamentación cómica y extravagante de-

(1) Esto no quiere decir que no reconozcamos la necesidad de estudiar las Religiones como cualquier otra manifestación de la mentalidad humana, máxime las de los pueblos antiguos, en los que la Religión es la vida misma de la sociedad y tal vez la única llave capaz de explicarnos la estática y dinámica de sus instituciones. — Ver: "La Ciudad Antigua" de *Fustel de Coulanges* y el "Orfeo", de *Salomón Reinach*.

Por lo demás, hasta los descreídos hombres de letras encontrarán siempre en los personajes y asuntos religiosos manantial inagotable de substancia poética para las suntuosas construcciones de su imaginación.

(2) Y no sólo al paganismo, sino también al cristianismo; así, *Spencer*, en la "Ciencia Social", recuerda que el 5 de Julio de 1874 el obispo de Lincoln predicaba contra la cremación de cadáveres, bajo el supuesto de que dicho acto tendía a quebrantar la fe de la humanidad en el dogma de la resurrección.

Los segundos, siempre voceando que Religión quiere decir anquilosis ancestral, ignorancia elevada a potencia enésima, embrutecimiento de inteligencias, enervamiento de voluntades y sosteniendo de continuo que las creencias místicas, cualesquiera que ellas sean, son las hijas locas de una madre loca, (1) que acusan en los que las profesan tanta inferioridad mental como la que demuestran los que dan algún valor a las hadas y genios de los orientales, a las gorgonas y arpías de los griegos, a los lemures de los romanos, a la magia medioeval, a la astrología, al cabalismo, la interpretación de los sueños, la necromancia, los hechizados, los exorcismos, las cacerías fantásticas de los espectros, iluminadas por los pálidos rayos de la luna, en los bosques salvajes, de las viejas narraciones germánicas; los cadáveres de los cementerios abandonados, saliendo de sus sepulcros en las altas horas de la noche para ir a beber con horrible sed la sangre de sus víctimas; las brujas remontándose en los aires sobre gatos monstruosos y gigantescos murciélagos, para dirigirse hacia misteriosos aquelarres; los pactos infernales con Belcebú, escritos y firmados con sangre humana; los ayuntamientos demoníacos, originando leyendas como las de Roberto el Diablo; las misas negras a la luz de los cirios verdes, con sus locas adoraciones al macho cabrío de rostro humano, que sobre ancho pedestal de piedra preside la ceremonia con la profunda melancolía del que experimenta las nostalgias de la patria celestial; las siniestras invocaciones a Satanás, el tan temido príncipe de las tinieblas, que partes tan principales se adjudica en esas maravillosas catedrales góticas del pensamiento humano, que se llaman “El Paraíso Perdido” de Milton o el “Fausto” de Goethe.....

guientes términos: “Cuando el género humano arrastraba sobre la tierra su miserable existencia agobiado bajo el peso de la Religión, que desde lo alto de los cielos mostraba su cabeza y lanzaba sobre los mortales espantosas miradas, un griego fué el primero que se atrevió a levantar contra ella sus ojos mortales y mirarla cara a cara. Ni el renombre de los dioses, ni el rayo, ni el amenazador estrago del trueno celeste detuvieron su audacia; el indomable valor redobló sus energías y le impelió a demoler las estrechas barreras que vedaban al hombre el acceso a la naturaleza.” — Ver “Historia del Materialismo”, por Lange.

(1) *Binet-Sanglé*, en “Las leyes psico-fisiológicas del desarrollo de las Religiones”, sienta el principio de que si las personas física y mentalmente bien constituidas son terrenos impropios para la germinación de las ideas religiosas, aun cuando vivan en un medio místico, en cambio estas ideas se desarrollan hasta invadir el campo de la conciencia, en ciertos psicópatas hereditarios, aun cuando ellos vivan en un medio intelectual.

Sin necesidad de pecar de extremos, gritando con el anticlericalismo: ¡Abajo los apóstoles de la impostura que os ofrecen otro mundo para apoderarse mejor de éste! ¡No haya piedad para quienes no la tuvieron respecto de nada y de nadie, cuando cobardes contaron con el apoyo incondicional del brazo secular! ¡Aplastad a la infame! ¡Enterradla que ha muerto y huele mal! Creemos, en oposición a Lilienfeld, que la Religión no corresponde ya al sentimiento medio de los pueblos, ni se ajusta a las nuevas necesidades de los tiempos; ha sido útil y hasta necesaria si se quiere en la evolución de la humanidad, pero ya no lo es. (1) Respetemos el pasado, pero cuando este pasado quiera usurpar su puesto al presente e impedir el advenimiento del porvenir, no queda otro camino que matarlo, y matarlo a sangre y fuego, sin contemplaciones ni remordimientos.

En virtud de esta consideración, sería deseable que los gobiernos, en bien de todos, adoptaran como axioma de derecho político el principio de *Chiesa libera in libero Stato*; que no permitieran a clericales ni anti-clericales disputarse al niño, convirtiendo a la escuela en oficina reclutadora de adeptos; que no consintieran la continuidad de los cementerios actuales en que inconscientemente se paga tributo al paganismo antiguo que con su culto a los Manes veía en cada muerto un dios y en cada tumba un templo; (2) finalmente, que acabaran con la supervivencia anacrónica del ritualismo formulista, que no otra cosa implican los juramentos, ni siquiera defendibles como simples promesas laicas. Cuando el pueblo cree que una persona ilustrada que tiene en su haber toda una vida de bien probada honestidad y rectitud merece ser enviada como representante a un Parlamento, ninguna reglamentación cómica y extravagante de-

(1) Esto no quiere decir que no reconozcamos la necesidad de estudiar las Religiones como cualquier otra manifestación de la mentalidad humana, máxime las de los pueblos antiguos, en los que la Religión es la vida misma de la sociedad y tal vez la única llave capaz de explicarnos la estática y dinámica de sus instituciones. — Ver "La Ciudad Antigua" de *Fustel de Coulanges* y el "Orfeo", de *Salomón Reinach*.

Por lo demás, hasta los descreídos hombres de letras encontrarán siempre en los personajes y asuntos religiosos manantial inagotable de substancia poética para las suntuosas construcciones de su imaginación.

(2) Y no sólo al paganismo, sino también al cristianismo; así, *Spencer*, en la "Ciencia Social", recuerda que el 5 de Julio de 1874 el obispo de Lincoln predicaba contra la cremación de cadáveres, bajo el supuesto de que dicho acto tendía a quebrantar la fe de la humanidad en el dogma de la resurrección.

biera tener derecho a impedirle que preste a su país los servicios que éste justificadamente espera de él, aun cuando se negara a pasar por las horcas caudinas juratorias. Las leyes, imponiendo tan ve-térrima, por no decir prediluviana, parodia, obligan al electo, que con toda razón no admite la menor mengua en su personalidad, a renunciar su mandato, quedándole por única compensación a sus electores el saber dónde se halla un ciudadano íntegro que merece la corona de roble del carácter y que llegado el caso inspirará sus actos en las enseñanzas de aquel varón ilustre y de temple diamantino del que Horacio dijera: “¡Todo el orbe está domeñado menos el ánimo indomable de Catón!”

El juramento religioso, bajado del cielo, debe volver al cielo: tenía eficacia cuando el perjurio era un delito, y de los delitos más graves, porque con él se ofendía a la divinidad y se atraía las iras de ésta sobre la ciudad. Y en cuanto al juramento laico, debe igualmente proscribirse, porque importa una coacción, cuando no una prima dada a la hipocresía y sobre todo porque no tiene ninguna finalidad práctica a menos que no se crea ingenuamente en la existencia de una curiosa alquimia a base de palabras taumatúrgicas, que tengan la rara virtud de convertir al hombre injusto en justo y a la persona deshonesta en honesta.

¡Fórmulas vanas y ridículas, que nada agregarán a la probidad del bueno ni nada quitarán a la perversidad del malvado!

Para concluir, opinamos en contra del autor ruso y aun en contra de los que admiten en el ser humano la anticientífica dualidad del pretendido dominio de la idea y de la esfera del sentimiento, que la lucha entre la Ciencia y la Religión, lucha a muerte, no puede terminar, por lo menos por lo que respecta al Estado, (1) por una

(1) Decimos *por lo que respecta al Estado*, pues en cuanto a la masa de los creyentes todavía se halla y se hallará tal vez por mucho tiempo, respecto de las leyendas y tradiciones religiosas, en esa disposición pre-lógica de espíritu con que el ignorante, aun el adulto, escucha y admira, lelo y pasmado, las hazañas maravillosas de los inverosímiles héroes de los cuentos infantiles. Respecto de tales gentes siempre serán oportunas las palabras que el *barón de Holbach* escribiera en su “Sistema de la Naturaleza”: “En vano se les dirá que se prosternan delante de sí mismos, que adoran su imaginación y tienen miedo del cuadro que ellos mismos han pintado. Todo cuanto se les diga no podrá impedir que se prosternen, se inquieten y tiemblen, que no conozcan la ridícula producción de su demencia y que se parezcan a esos niños que mirándose a un espejo se espantan al ver su cara, que grotescamente han desfigurado”.—

conciliación sino por una eliminación; dos espadas no caben en una vaina; sólo uno de los gladiadores debe quedar sobre la ensangrentada arena, y ese gladiador no puede ser otro que la Ciencia, a la que columbramos monolito inmóvil, levantándose en edad no lejana mucho más arriba que todos los altares y todos los tronos de la tierra.

Al hablar así, entendemos dirigirnos en modo especial a los gobernantes de escasos alientos y voluntad encogida que, no promoviendo la reforma de constituciones anticuadas, obligan inicua y cruelmente a pueblos cosmopolitas y de múltiples creencias religiosas, cuando no olímpicamente indiferentes, a contribuir al sostenimiento de las prácticas de un culto determinado, sin tener en cuenta que es perfectamente inútil imponer sacrificios para impedir que la fe del carbonero de Mingo Revulgo el Torpe Badulaque, continúe su marcha hacia el colosal panteón de las cosas muertas y sobre todo,—y esto es lo más grave del problema,—olvidando que están suministrando armas y vituallas a un enemigo artero que, agazapado hoy, atisba y avizora alevemente el instante decisivo en que el hombre tenga que definirse por su calidad de creyente o de ciudadano.

Recuerden esos gobernantes de flacas entendederas y de raciocinio cautivo de rastrera llaneza, que el cardenal *Lecot* equiparaba a la Iglesia y al Estado a dos bajeles, próximos tal vez a partir en guerra el uno contra el otro y por uno de los cuales al embarcarse tenía necesariamente que optar todo católico francés.

Tengan en cuenta por lo menos esos regidores de pueblos a quienes en mala hora el azar y las veleidades de la política, que no las virtudes y el talento, llevaron a las alturas del Capitolio, la triste suerte que el destino ha deparado a las naciones que durante largo tiempo se conformaron con ser modestas factorías del Vaticano, tolerando ser gobernadas por personas a quienes la opinión pública estigmatizó con la infamante flor de lis de jesuitas laicos. No se necesita por cierto la varilla mágica del nigromante para descubrir dichos países y para designar tales personas que, olvidando en su obcecación la solitaria senda que conduce al monasterio de Yuste, parecen esperar que la muerte civil, menos compasiva que la biológica, se apresure a cubrirlos con el fúnebre sudario del glacial desprecio de propios y extraños.

¡Lógica curiosa e incomparable la de los que se espantan a la vista de los soldados del internacionalismo rojo y no reparan mayormente en los milites del internacionalismo negro!

Por lo menos los primeros levantan vigorosamente el simbólico delantal del herrero a las claridades deslumbradoras del día, en tanto que los segundos agitan misteriosamente el incensario en las profundas tinieblas de la noche para adormecer y marchitar a hombres y naciones.

Felizmente para la gran causa de la civilización, el sol de la verdad se abre paso a través de los densos nubarrones que siglos de ignorancia han acumulado y los minúsculos partidos conservadores y reaccionarios, en las pocas naciones que aun subsisten, aparecen pisoteados y maltrechos entre las patas de los caballos de los liberales vencedores, que, nuevos Bayardos del pensamiento emancipado, agitan gallardamente sus banderas en señal de triunfo y señorío, prorrumpiendo en estruendosos ¡hurra! de victoria.

Reflexiones de carácter general acerca del aspecto económico de la Patología y Terapéutica sociales

Es verdad que Worms y Lilienfeld tratan en sus obras, con la donosidad de estilo y diafanidad de concepto que les son peculiares, cuestiones tan palpitantes y candentes cuales son las que a porfía y de consuno estudian la Patología y Terapéutica sociales.

Pero, procurando en general no salir del dominio de los equivalentes y manteniéndose en el terreno de las comparaciones, han limitado voluntariamente el horizonte de sus miras, cayendo, aunque a primera vista no lo parezca, en las duras mallas de lo que sin eufemismos pudiera llamarse paradigma estrecho e inflexible de una teoría preconcebida.

Y, sin embargo, ningún asunto como éste requeriría, por su magnitud y trascendencia, no ya el pesado y corto vuelo de la avutarda biológica, sino el raudo y soberbio del vultúrigo filosófico...

Existirán o no existirán otros males que los puestos de manifiesto por los precitados autores y a los que, con ánimo diligente y agudeza de espíritu, han buscado sus correspondientes remedios para aliviar el diuturno sufrir del acongojado y quejoso tropel. Pero tal vez hay algo más general que nos hace dudar de la bondad misma de una organización social a la que valientemente *Bellamy* cruzaba el rostro al compararla con una diligencia monstruosa, rebotando gente, en la que unos cuantos y escasos privilegiados, colocados en el imperial a fuerza de codazos y empujones, se hacen llevar por los tiros de los proletarios que, sudando y resoplando, se encabritan bajo la fusta cruel de un siniestro cochero: el hambre.

Y en efecto, los pueblos civilizados más distantes y más diferentes por su origen étnico, por su constitución social, por su régimen político e instituciones, por su organización administrativa y

sistemas rentísticos, por las costumbres practicadas, las religiones profesadas y las lenguas habladas, aparecen hondamente atormentados por iguales zozobras, inquietudes y sobresaltos, cuyas causas tal vez no puedan determinarse con precisión pero que cuales fantasmas, duendes, sombras y visiones, los temerosos mortales sienten voltejar y danzar en torno suyo en infernales y vertiginosos giros, como deseando arrebatarnos la tranquilidad del espíritu y la felicidad del corazón. Las sociedades actuales aparecen conmovidas y crujen hasta en sus cimientos, viviendo en perpetuas sobreexcitaciones, en febriles ansiedades y en alarmas constantes.

Los zahorís de nuestros días sienten que el suelo se estremece y que con apagados retumbos va faltando bajo los piés, que el subsuelo está trabajado y socavado por misteriosas e incansables legiones de ignotos mineros, que corrientes subterráneas de odios ancestrales y de venganzas superhienescas, aplazadas, pero desde luenga data prometidas, aceleran su obra y que la misma atmósfera aparece asfixiante y conturbada por silbos de huracán que preanuncian lejanos polvos de terremotos que amenazan hundir creencias, nacionalidades, gobiernos, instituciones y leyes...

Sin embargo, estamos ciertamente muy distantes del día predicho por los sabios en que nuestro planeta, viejo y moribundo, con los últimos destellos de una vida que se extingue, sólo ofrezca a los seres postrimeros, que enloquecidos y hambrientos, cuales lobos aulladores, vaguen sobre su yerma superficie, un seno lacerado y desgarrado en forma de montañas aplanadas, de tierras agostadas y cansadas; de praderas cubiertas de guijarros, arenas y cenizas; de bosques talados; de ríos desaparecidos; de lagos desecados y de mares evaporados...

O, sin llegar a este extremo, todavía fugaces y veloces se deslizarán tal vez muchas décadas y centurias de siglos antes que el inexorable y milenario cuadrante del Destino, marque la hora mortuoria en que, por ley natural de senescencia de la especie, deba desaparecer también, como cualquiera otra, la especie humana para dar paso a otras superiores y más perfectas.

Pero desde ya, nuestra civilización no ofrece el riente aspecto de aquel mar azul y transparente que Homero, el Olímpico, llamara mar de violetas; por el contrario, ella sobrecoge y amedrenta el espíritu humano con la yisión amenazadora de la hosca lobreguez de un océano encrespado bajo la inquietante negrura de plúmbeo cielo...

Marx, en quien sus enconados adversarios creen reconocer a nueva Medea, “la trágica hechicera”, que en sombríos antros prepara emponzoñados brevajes y horribles filtros, para envenar, que no para curar, a una Humanidad ya doliente y caduca, presentía, con la clarovidencia aquilina del augur, las siniestras consecuencias de la pasión loca y febril que arrastra a los hombres-jasones hacia la conquista del vellocino de oro, ideal funesto que veía ascender cual sangriento cometa por el rojo firmamento de la civilización capitalista.

Y, si su juicio pudiera aparecer como un preconcepto hijo del apasionamiento y de la exageración del rebelde impenitente, oigamos a *Leroy Beaulieu*: “El rey de las sociedades contemporáneas es el dinero. El oro ha implantado su dominación sobre las ruinas de los poderes históricos, y a medida que caen o decrecen las autoridades antiguas, religión, realeza, aristocracia. . . . crece el imperio del dinero. Reina sobre los espíritus no menos que sobre los cuerpos y raras son las almas que no se someten a su yugo. Ha substituído a los dioses que mueren y a los reyes que se van; es el heredero de los altares desiertos y de los tronos vacíos. A él, y no al padre celestial, es a quien invocan y dicen las generaciones: *santificado sea el tu nombre; advénganos el tu reino*. Y si Cristo, clavado en la Cruz, lanzase desde lo alto del Calvario una mirada sobre las razas que vino a disputar a Mammón, no vería a sus piés en este mundo, rescatado con su sangre, más que adoradores del becerro de oro.”

Y ya vemos, desgraciadamente, que el genio de la especulación, extendiendo sus negras alas sobre tierras y mares, se manifiesta por un desenfrenado e insaciable delirio agiotista que, al decir del italiano *Giorgi*, llega a pretender con toda audacia que la propiedad inmueble sea representada y transmisible por títulos al portador a fin de que las verdes pendientes de los Apeninos, las llanuras de Lombardía, de Maremma y de Puglia, en unión de las fértiles campiñas bañadas por el Orinoco o el Nilo o de las altas cumbres del Himalaya, se vean negociadas en las Bolsas de París, de Londres, de Nueva York o de Roma, al igual de las acciones del empréstito Blount o Rostchild, de las obligaciones de los ferrocarriles, de la renta turca y de las inscripciones del consolidado inglés, francés e italiano. . . .”

No es todo: sólo los inmovibles lampadarios del templo del pasado, sólo los levitas de lo que *fué*, pueden afectar no oír la destemplada algarabía y el ronco clamoreo de un proletariado excan-

decido, en plena insurrección moral y que, según la frase consagrada, puede despeñarse, en desesperación suprema, hacia un fin espantoso, antes que continuar viviendo en un espanto sin fin; sólo los dotados de la simplicísima psicología del cernícalo callejero o del faquín alquilón pueden desconocer que, a continuar y acentuarse el morbífico proclivismo actual, los mismos gobiernos políticos, en particular los de los países jóvenes, piloteados por hombres inexpertos y de una cerebración que por lo liviana se halla a merced de fluctuaciones, tanteos, incertidumbres y zig-zags mentales, llegarán a convertirse por ley fatal en sombras de otras sombras; insensiblemente de señores pasarán a simples mercenarios a sueldo de un poder mucho más fuerte que ellos; llegará el día en que no habrá quien castigue los avances y las transgresiones de la plutocracia, porque legisladores y jueces habrán salido de entre los empleados subalternos de las oficinas de las colosales empresas, o por lo menos en el nombramiento de cada uno de ellos se verá estampada, en caracteres de fuego, la voluntad de los directores de la alta banca de cada país.

Y este poder será tanto más temible cuanto que procurará envolver sus demasías y excesos, y tal vez sus crímenes, en un silencio de criptas y catacumbas; ¡si fuera posible, en ese imperio del silencio lleno de misterios, que en estilo grandilocuente pintaba *Carlyle* como más alto que las estrellas y más profundo que los reinos de la muerte!

No nos hagamos ilusiones al respecto, el Capitalismo Magno, cual pulpo tentacular en estrecho y viscoso plexo, logrará en día tristísimo sofocar a la misma prensa diaria que, celoso cancerbero de las libertades públicas y privadas en sus buenos tiempos, no podrá defenderse del nuevo dominador, inspirado en inmoralísimo Decálogo, cuyo primer artículo le ordena que se apodere de toda fortaleza, enseñándole que ninguna es suficientemente inexpugnable si logra hacer penetrar en ella una mula cargada de oro.

Y así, en bescaje umbrío y solitario, nuestra imaginación concebirá, enroscándose y desenroscándose, a ese horrible endriago que en una de sus obras el príncipe del naturalismo se representa como a un dios impersonal que las gentes no ven pero que sienten pesar sobre ellas, colocado en tabernáculo inaccesible y sagrado desde cuyo retiro, como asqueroso vampiro, siempre ahito de sangre, chupa y succiona la vida de los mismos que le dan vida... ¡Habrá so-

nado para la Humanidad la hora de ser envuelta por las densas tinieblas de la Gran Noche Capitalista! (1)

Alternativa igualmente pavorosa dentro, de cuyos términos deberá resolverse el destino de los pueblos futuros, a no variar las condiciones de las sociedades actuales, en las que nadie parece apresurarse por refrenar el capital o por instruir la multitud. ¡Ataraxia funesta, que pagaremos con una omnipotente y bárbara plutocracia o con una ignorante y fanática oclocracia!

No pretendemos pasar plaza de sectarios, predicando la lucha de clases y azuzándolas, como en el circo lo hacía la sanguinaria turba romana con reñarios y mirmilones; tampoco creemos en Caines y Abeles; nuestro ideal sería ver en luminosa Heliópolis a la Humanidad, única e indivisa como la túnica sin costura de Cristo.

El odio a los capitalistas que el montón anónimo liba en libros y opúsculos atiborrados de ciencia *ad usum populi* (2) o que bebe

(1) Sería curioso historiar la vía-crucis que ha tenido que recorrer este tirano antes de enseñorearse del mundo. — *Paul de Saint Victor*. en "Hombres y Dioses", dice con verdad: "Si la Economía Política pudiera tener poetas, éstos hubieran cantado el largo y doloroso martirio que ha sufrido el dinero antes de llegar a gobernar la tierra. La Edad Media le personificó en el judío, expoliado, silbado, insultado, vestido con trajes irrisorios y encerrado en la prisión de Ghetto.—No distinguió la banca de la usura". Y más adelante, agrega: "El dinero se hace el humilde durante toda la edad de hierro; se hunde en los arcanos de Israel y en los escondrijos de la plebe; germina, vegeta y engendra en la oscuridad y en el silencio. Trabajo latente y misterioso como el de los minerales debajo de tierra."

Y aun en los tiempos modernos, ¿cómo se revela a cada instante el desprecio y hasta el asco por el dinero! Expresión fiel del modo de pensar y sentir de una época es esa comedia de tiempos de la Regencia, que cita el mismo Saint-Victor y en la que un marqués, arruinado por deudas, se casa con una niña por la fortuna de la madre, exigiendo además de la dote de 200.000 libras de renta, una prima de 100.000 libras para pagar sus deudas y aun así, pareciéndole encanallarse por poco precio, desprecia a la joven y se burla de toda la familia, explotándola con malvada insolencia.

(2) Es de suponer cómo se recalentará hasta el rojo incandescente el cerebro del obrero, tan poco apto en achaques científicos, cuando lee en *Kropotkin*, en *Proudhon* o en *De Laménais*, páginas concebidas por el tenor siguiente:

"El minero, arrancando montes de hulla, no tiene ni un pequeño pedazo para calentarse en lo más rudo del invierno; el tejedor, tejiendo kilómetros de tela, no puede comprar una camisa a sus hijos desnudos; el albañil, construyendo suntuosos palacios, no tiene ni una mísera choza para albergarse, y las obreras, vistiendo con seda las muñecas para juguetes, no pueden ponerse un mísero refajo de algodón. *Kropotkin*. — (Este párrafo, por asociación de ideas, nos trae a la memoria

ávida en los labios de tribunos de gallarda estampa y hervorosa verba, sobre ser irracional es peligroso.

Aun sin desconocer que muchas veces abusan de su situación privilegiada los que, al decir de *Burke* no tienen otra Biblia que el libro Caja, otro templo que la Bolsa y otro dios que el Oro, al fin y al cabo ellos no son más que productos de una organización dada, pero bajo los pliegues de este amplio y generoso pabellón no tiene derecho a cobijarse el capitalismo mismo, que si ha prestado servicios muy grandes, también ha suscitado problemas muy graves.

Siendo desde luego sangre y nervio, alma y vida de un industrialismo sin entrañas,—que a no ser la *dura lex*, que a veces, no siempre, se le cruza en el camino, encontraría muy natural y hasta legítimo no hacer distinciones de lugares, de sexos, de edades, de estaciones, ni tan siquiera del día y de la noche, le cabe buena parte en el lamentable y calamitoso estado de cosas actual en que, por inexplicable aberración, todo lo es el producto y nada el productor: todo lo es el lucro y nada la sanidad; todo lo es la utilidad y nada la moralidad: fatigando e intoxicando a la mujer en la fábrica, la ha esterilizado prematuramente, cegando los manantiales mismos de la especie; oprimiendo y sofocando al niño, como un boa constrictor entre sus anillos, lo ha enfermado tempranamente, arrojándolo a la calle cloro-anémico, linfático, raquítico o escrofuloso, matando en flor las generaciones venideras; (1) abusando criminalmente del obrero, que

el famoso *sic vos non vobis* del cisne de Mantua, en que melancólicamente recordaba que las aves hacían su nido, las ovejas llevaban su vellón, las abejas labraban su miel y los bueyes arrastraban el arado, no en provecho propio sino en el ajeno).

“El propietario, como un Robinson en su isla, aleja a tiros y sa- blazos al proletario a quien la ola de la civilización ha hecho naufragar; cuando pretende salvarse asiéndose a las rocas de la propiedad y gritando al dueño de la misma: ¡Dadme trabajo! ¡No me rechazéis! ¡Trabaja- jaré por el precio que queráis!, el interpelado le contesta altaneramente: ¡No tengo en que emplear tus servicios! ¡Retírate!, presentándole al mis- mo tiempo la punta de su espada o el cañón de su fusil.” — *Proudhon*.

“¡Pueblo! ¡Pueblo! ¡Despierta, en fin! ¡Esclavos! ¡Levantaos! ¡Rom- ped vuestras cadenas! ¡No sufráis que se degrade por más tiempo en vo- sotros el nombre del hombre! ¡Queréis que un día magullados por los hierros que les habéis legado, vuestros hijos digan: ¡¡Nuestros padres fueron más cobardes que los esclavos romanos!! ¡Entre ellos no se encontró un Espartaco!!” — De Lamenaia.

(1) La Humanidad siempre recordará con horror que cuando los industriales se presentaron a *Pitt*, quejosos de los impuestos, este, verda- dero Herodes moderno, les contestó friamente: ¡Tomad los niños!—*Gide*.

no pocas veces ya viene marcado con el estigma de la degeneración, triste herencia de unos padres y abuelos más desgraciados que él, después de haberle arrebatado ascendientes, mujer, hijos e hijas, le mata sin piedad, sea violentamente por accidentes, sea lentamente por esas temibles enfermedades mercuriales, arsenicales, plúmbicas y crónicas (1). ¡Salida única de ese páramo helado de la animalidad en que muchos entran y en el que ni la muerte se desea, porque desear la muerte es desear algo! ¡Noche sin amanecer, preferible tan sólo a la del desventurado intelectual cuya existencia oscura y desconocida, tal vez porque hasta ella no llegan los luminosos rayos del mecenatismo oficial, está implacablemente acibarada por el cáncer devorador del horroroso vértigo originado por la conciencia del vacío de la vida, suplicio penoso, tan sólo interrumpido a ratos por la actividad dolorosa de la caldera hirviente y presta a estallar de su afebrado cerebro!

Y por cierto que no olvidamos que aun por debajo de los obreros que emplean las industrias, está toda una masa informe de esclavos blancos, trabajando en las oscuras galerías de esas profundas ciudades subterráneas, negras y mudas, prestas a convertirse en otras tantas necrópolis de sus infelices moradores condenados a desaparecer en un instante, sea a causa de un aire cargado de gases irrespirables y venenosos, sea por una explosión del grisú traidor, sea por una inundación en las excavaciones, sea, finalmente, porque el terreno se desplome y los aplaste. (2).

Y en cambio de estos y otros males sin cuento, que por resabidos y archiconocidos no son para repetidos, pero que van degradando, embruteciendo y bestializando una buena porción de la humanidad y que tal vez, y aun sin tal vez, concluirán alevosamente con ella, ¿acaso la llamada era capitalista ha escanciado una sola gota del precioso y tibio néctar del progreso sobre los amoratados y trémulos labios de los que, confusamente y cuales damnados de la Divina Comedia, hormigean en los fosos glaciales que circundan a la gigantesca pirámide de la sociedad de nuestros días? Lo dudamos.

(1) Ver *Valentí Vivó*. "La Sanidad Social y los obreros".

No es posible negar la existencia de leyes protectoras del trabajo de los adultos, de las mujeres y de los niños, pero por desgracia su estricto cumplimiento es en general lamentablemente olvidado e ineficazmente vigilado.

(2) Sin embargo, no faltará algún economista de salones que desconociendo el principio de la *relatividad*, nos salga al paso con el socorrido estribillo de que el obrero de hoy goza de más y mejores comodidades que el magnate de la antigüedad o que el señor de la edad media.

Por el contrario, parece que progreso y miseria, luz y sombra, sean inseparables y a ello aludía *George* cuando, en párrafo vibrante, exclamaba: “El vagabundo y el desheredado han seguido a la locomotora, y los hospitales y las cárceles son signos tan seguros del progreso material como los lujosos palacios, las elegantes tiendas y las magníficas iglesias. En las calles iluminadas y vigiladas por agentes de policía uniformados, los mendigos acechan al que pasa y esos temibles hunos y feroces vándalos de que habla *Macaulay*, congrégnense en los umbrales del Colegio, de la Biblioteca y del Museo.” (1).

¡Qué de extrañar, pues, que las víctimas humildes, descoloridas y borrosas de las batallas campales del capitalismo, con toda la lira de sus dolores intensos y con toda la gama de sus desgarradores lamentos, se hayan convertido en la *Castalia*, oscurecida por la sombra de taciturnos y mustios cipreses, los hermanos de las *Parcas*, a la que, vayan a beber sedientos todos los que creen que la defensa del inhumanamente perseguido por hado infausto, es deber sacrosanto de pechos varoniles y religión única de corazones fuertes!

Grave y solemne acusación que figurará en el capítulo de cargos del largo y formal proceso que algún día la Historia instaurará contra el capitalismo, será la de haber muerto la patria: el internacionalismo del capital, por soberana ley del ritmo, ha traído el internacionalismo del trabajo y muchos son los que hoy entonan, a manera de quejumbrosas voceratrices, plañideras nenias y los que lloran desconsolados al desfilan en larga procesión ante la fría laude, recubierta de fúnebres crespones, que guarda piadosamente el dulce patriotismo de otrora.

No nos engañen las apariencias y exterioridades: se mantienen y posiblemente se mantendrán por largo tiempo aun los brillantes cascarones y los policromados caparazones de las nacionalidades, pero la solidaridad de intereses y la comunidad de aspiraciones, su espíritu vivificante, en una palabra, hace tiempo que ha huido: hasta un mismo aire de familia y una misma vinculación fraternal parece

(1) Con mucha razón el mismo *George* ha dicho: “Las nuevas fuerzas, por elevada que sea su naturaleza, no obran en el edificio social desde abajo, como se ha esperado y creído durante mucho tiempo, sino que lo cometen en un punto intermedio entre la cumbre y el fondo; ocurre como si una inmensa cuña se hincase con fuerza, no por debajo de la sociedad, sino a través de ella. Los de arriba del punto de separación, resultan elevados, pero los que quedan debajo, son triturados.”

caracterizar a los capitalistas y otro aire de familia y otra vinculación fraternal parece distinguir a los proletarios, por encima de las fronteras de todos los países.....

De un lado el afortunado y reducido clan de los que se consideran *spectabiles, egregii, clarissimi atque perfectissimi*; del otro lado la tribu, incomparablemente más numerosa y desgraciada, de los que se creen parias, ilotas, abyectos, oprimidos, explotados, desheredados, desvalidos. ¡De un lado la casta de los bramanes, del otro la casta de los sudras! ¡De un lado la señora, del otro la esclava!

En suma, duele decirlo, pero hay que decirlo: ¡¡el mundo está definitiva e irremediablemente dividido en dos!! (1).

La rimbombante proclama con que termina la más famosa de las encíclicas laicas: “¡Proletarios de todos los países! ¡Uníos!” resonando hasta más allá de los confines de la tierra, antójasenos las rudas y violentas campanadas que anuncian al mundo el momento histórico en que se inicia la lenta agonía de una divinidad: ¡la patria!

Y hoy, ya secularizada en sus postrimerías, se pretende ver en ella un cadáver, y un cadáver sobre el cual se ha trabado, entre capitalistas y proletarios, un combate más sangriento que sobre el cuerpo de Patroclo; pero, más infortunado que el de éste, no luchan uno y otro bando para disputárselo sino para pisotearlo y soterarlo más y más; pues si estorba los intereses de los unos, también dificulta las reivindicaciones de los otros.

Es verdad que las nacionalidades, como las demás formaciones histórico-sociales, distan mucho de ser inmutables y que en modo alguno lograrán escapar a las leyes de bronce de la evolución. El don de la inmortalidad no ha acompañado ni siquiera a las religiones, a pesar de su pretendido origen divino, y con todo desenfado y mayor impiedad se hace ya por los hombres de ciencia la necro-autopsia de las creencias pasadas y la vivisección de las presentes.

Pero siempre será culpable el capitalismo de haber precipitado

(1) Esta misma idea expresa el señor Sales y Ferré cuando, en sus notables “Problemas Sociales”, escribe: “A la acción disolvente de estos tres feudalismos, industrial, bancario y político, las naciones han quedado rotas, fragmentadas en dos clases extremas: arriba una plutocracia soberana, para cuyo goce o provecho son todos los descubrimientos de la ciencia, todas las maravillas del ingenio, todas las magnificencias del arte; abajo ejércitos de trabajadoras, sumidos, los más, en tenebrosa ignorancia, condenados para siempre al salario del hambre y que sólo conocen de la vida la privación y el sufrimiento.”

los acontecimientos y con los peligros consiguientes haber actualizado lo porvenir.

¿A qué medios recurrir para hacer cesar la odiosidad y hasta el deseo de entredevoramiento mutuo del que parecen animados capitalistas y proletarios?

¿Cómo hacer para atenuar, si no para concluir, con la asperrima situación, no ya sólo de paz armada, sino hasta de guerra declarada, con que nos amenaza el advenimiento de las colosales asociaciones del capital y del trabajo?

Es nuestra firme creencia que en la solución del problema ha de desempeñar importantísimo papel una buena organización y una mejor política de las clases medias. (1).

Estas no sólo se hallan angustiosamente oprimidas entre las clases superiores y las inferiores, sino que se encuentran desorganizadas, dijérase en plena pulverización atómico-social, en tanto que el capitalismo actúa en forma de *trusts*, *cartels*, *pools*, *omniums*, *corners* y *rings* y el trabajo en forma de *sindicatos obreros* y *trade-unions* empezando a tomar gran incremento las *asociaciones cooperativas* y *mutualistas*. (2)

La *universalización de la propiedad* y la *democratización del crédito*, si no lo harían todo, harían mucho en este sentido; pues a toda costa hay que impedir que la gran burguesía, haciendo tabla rasa de la pequeña, la empuje hacia las compactas falanges del proletariado, avivando la gran hoguera con nuevo combustible.

Pero los hombres de Estado, salvo rarísimas excepciones, no parecen haberse percatado mayormente del asunto, olvidando la razón que asistía al holandés *Nolhenius*, cuando, en acertadísimo simil equiparaba a la sociedad con clases medias a un buque de varias velas; si una de ellas, por un motivo u otro, llegara a desgarrarse, decía, quedan las restantes utilizables y la embarcación continúa impávida su marcha; pero una sociedad basada sobre el gran capitalismo o

(1) Se la ha llamado *política de los 3 P*: pequeño propietario, pequeño industrial y pequeño comerciante.

Como no es posible entrar en mayores detalles acerca de cuestiones tan interesantes, al par que tan descuidadas, conviene leer: "Grandeur et decadence des classes moyennes", por *Funck-Brentano*; "Les classes moyennes", por *Deherme*; "Il problema delle classi medie", por *Scarselli*.

(2) Ver *José Gascón y Marin* "Los sindicatos y la libertad de contratación".

sobre el puro socialismo, en su opinión, era parangonable a un steamer transatlántico que si puede marchar con velocidad máxima, en cambio el menor accidente que descomponga sus máquinas lo abandona a merced del oleaje embravecido, que lo estrellará contra la primer roca que halle a su paso.

Todo ello sin perjuicio de ir acelerando la evolución del asalariado, último eslabón de la cadena de la esclavitud, (1) hacia el régimen del trabajo libremente concebido y deseado y más libremente ejecutado, (2) forma única, tal vez, de licenciar los peligrosos manípulos del capitalismo y los hambrientos ejércitos del proletariado. No es moral ni equitativo abandonar el noble trabajo humano, consciente y reflexivo, como a cualquier mercancía, inconsciente e irreflexiva, (3) a las ciegas fluctuaciones y vaivenes de la ley de hielo de la oferta y de la demanda, que no conoce justicia ni benevolencia, pues detrás de cada obrero y de su propio alimento, vestido y habitación, para no hablar más que de las necesidades materiales, están casi siempre las de toda una familia. Y no sólo esto; la retribución asalariada no parece la forma más adecuada para aproximar, adunar y hermanar a los hombres, desde que pretendiendo los unos obtener un *máximum* y los otros dar un *mínimum*, contribuye ello a mantener y perpetuar la lucha fratricida sin brillo, sin gloria y sin laureles entre patronos y obreros.

Algunas escuelas partidarias de recursos extremos, creen que la única salvación posible consistiría en arrancar al individuo la dirección de las fuerzas productivas para entregarla a la sociedad entera o a sus representantes, la cual también estaría facultada para distribuir los productos según reglas predeterminadas; pero realmente es muy problemático que todos o simplemente una mayoría se avengan a un régimen en el que se deba producir y consumir

(1) Expresión de *Chateaubriand*.

(2) Es de observación vulgar que en nuestra civilización capitalista existe un verdadero derroche de energías y de fuerzas, pues más que las aptitudes naturales en la elección de un oficio o de una profesión, se tiene en cuenta la mayor posibilidad de emplear las actividades propias y lo más remunerativamente posible. De lo que resulta un gran perjuicio para el individuo y uno mayor, si cabe, para la sociedad.

(3) Tal vez el trabajo del hombre está en peores condiciones que la generalidad de las mercancías; en tanto que éstas pueden aguardar un momento en la demanda o una disminución en la oferta, aquél no admite dilación, habiéndosele comparado con toda verdad a la fruta o a la carne, por la prontitud con que hay que proceder a su colocación.

cuándo, cuánto y cómo lo prescriban otras voluntades y no las propias de cada uno. A parte de que la práctica de tal sistema impondría tal vez el establecimiento de un complejo y prepotente mandarinismo burocrático, que sumergiría a la nación en un nebuloso panteísmo administrativo.

Sin llegar a este remedio heróico, algunos autores propician ciertas tendencias encomiables: *Gide* quiere que nos encaminemos hacia una sociedad que sea un conjunto de asociaciones grandes y pequeñas y en las que cada miembro reciba, mediante la supresión de los intermediarios y patronos, el producto íntegro de su trabajo, pues, en su concepto, la cooperación podría conquistar en primer término la industria *comercial*, por la eliminación de los susomentados intermediarios; luego, fabricando ella misma los productos necesarios para el consumo, la *manufacturera*; enseguida, adquiriendo tierras y cultivándolas en vista de las necesidades de los coasociados, la *agrícola*. En suma, cree que, organizando debidamente el consumo cooperativo, antes de pasar a las asociaciones de producción, que requieren un aprendizaje lento y difícil y medios extraordinarios, el obrero industrial logrará adueñarse del instrumento de producción y el agricultor de la tierra.

Guyot sostiene que mucho puede esperarse de ciertas cooperativas o anónimas del trabajo, las cuales, aceptando la materia prima y los instrumentos anticipados del comitente, tomarían á su cargo la ejecución de un trabajo determinado por una remuneración global, la que luego se distribuiría, según convenciones preacordadas, entre los que intervinieran en ellas; el ideal de este sistema sería que todos los obreros de cada uno y de todos los ramos de los oficios y de las industrias se asociaran, lo que posiblemente determinaría la abolición gradual del salario.

Pero antes de que estos u otros sistemas consigan generalizarse suficientemente, es posible desde ya beneficiar la masa obrera, por lo que respecta á la retribución y á los conflictos á que ella pueda dar lugar, de distintas maneras:

- a) Estableciendo un salario mínimo á fijarse por consejos mixtos de patronos y obreros para cada industria y en cada localidad.
- b) Vigorizando los llamados sindicatos paralelos (de patronos y obreros), los que, coexistiendo independientemente y con vida autónoma, desalojarían al contrato individual del tra-

bajo por el colectivo, (1) único en que puede estipularse de un modo equitativo y eficaz la duración de la jornada, la forma de satisfacer la retribución, el pago de las horas suplementarias o nocturnas y hasta la prevención de las huelgas, sometiendo todas las cuestiones al arbitraje de comisiones mixtas, las que funcionarían normalmente y como instituciones regulares, y no como los tribunales *ad hoc*, creados con posterioridad á los conflictos y cuyas resoluciones en general carecen de fuerza moral a causa de estar minados por desconfianzas recíprocas de las partes interesadas (2). La substitución del contrato individual por el colectivo se impone por móviles humanitarios y hasta por razones jurídicas, desde que falta a aquél la esencia de todo contrato, la libertad; a menos que no se quiera considerar como muy legítimo, que en lugar de personas, las partes sean el capital de un lado y el hambre del otro.

- c) Creando un sistema combinado de salario módico y participación en los beneficios, por limitada que ella sea, régimen que aprovecharía y no poco, a los mismos empresarios, desde que, sin necesidad de estímulos especiales, aumentaría el celo y el esfuerzo de los obreros, su cuidado y vigilancia por el material

(1) "El contrato colectivo del trabajo", por *Paul Bureau*.

(2) Algunos han considerado como una panacea social al arbitraje legal y obligatorio; objetándolo, *M. Ribot* ha dicho: "Que un patrono rehusé someterse a la decisión de los árbitros, e inmediatamente sus obreros, armados con la ley, lo citan a comparecer ante la justicia, lo hacen condenar, embargar sus bienes, sus usinas, su material. Pero que suceda lo contrario; que los obreros rehusen obedecer a la sentencia arbitral: ¿qué recurso tendrá el patrono contra ellos? Absolutamente ninguno. ¿Qué es entonces una ley que pone de un lado todas las cargas, todas las responsabilidades y del otro todas las liberalidades, todas las ventajas?" — Precisamente, para evitar esta desigualdad de condiciones en que el arbitraje parece colocar a las partes, algunos han propuesto, entre otras medidas, que la ley faculte al patrono para retener los haberes de sus obreros desde que el asunto litigioso haya sido sometido a decisión arbitral, siempre que tales salarios no importen más de una quincena.

Tal vez podrían prevenirse en algo cualquiera de estos dolorosos extremos, generalizando la institución de los *Consejos de fábrica*, los que lograrían, no pocas veces, matar en germen el descontento y la rebelión que, como un reguero de pólvora, se difunden entre los trabajadores de un mismo establecimiento. Reunidos cada quince días, por ejemplo, el patrono y los representantes de los obreros, tomarían en cuenta los sucesos de la quincena pasada y decidirían las medidas a poner en práctica en la siguiente. No hay cuestión que no pudiera ser resuelta por tales consejos de fábrica: salario, horas y condiciones de trabajo, higiene, accidentes, etc.

y su espíritu inventivo por cuanto, siendo socios del patrono, comprenden muy bien que sus intereses marchan de consuno con los de aquél y que, beneficiándolo, se benefician a sí mismos.

Si mucho puede la acción privada en este género de iniciativas, no menos lo puede la acción oficial; los gobernantes deberían leer, reflexionar y poner en práctica, en la medida de lo posible, los sanos consejos que, en su "Política Social y Economía Política", les da *Schmoller*, (1) en los siguientes términos: "Leyes industriales más en favor de la capacidad y del talento que de la riqueza; el impuesto más sobre la fortuna que sobre el trabajo. Impedir que se produzca gran acumulación de riquezas, por medio de derechos sobre las sucesiones y por un impuesto moderado sobre la renta, de modo que no paralice el espíritu industrial; perseguir sin tregua toda ganancia ilícita, reglamentando e inspeccionando severamente las sociedades anónimas. Si existe un Banco de Estado, puede dársele un carácter más bien democrático que aristocrático. Parcelar los dominios públicos convirtiéndolos en haciendas de labor. En su calidad de gran empresario, el Estado se halla en inmejorables condiciones para introducir todas las reformas posibles en los contratos de trabajo y en los salarios de los obreros, reformas saludables que, gracias a la concurrencia, influirán favorablemente sobre los demás empresarios. Puede establecer así mismo, todo género de participaciones en los beneficios y ejercer de este modo una influencia considerable sobre las costumbres comerciales".

Sobre todo, agregaremos nosotros, no deben olvidar los gobernantes que tienen en sus manos un maravilloso instrumento de política social: la *facultad impositiva*; y así, con mucha razón, sostiene *Schäffle* que con el impuesto suntuario; por ejemplo, se puede quitar mucho a lo superfluo para aplicarlo a las fuerzas contributivas más débiles, protegiendo de este modo y hasta estimulando el consumo racional y restringiendo y aun anulando el abusivo.

Muchos piden a los gobiernos que lleven su acción más allá de las fronteras políticas, propiciando y enviando representantes a las Convenciones destinadas a dictar reglamentos internacionales del tra-

(1) La gran obra de *Schmoller*, "Principes d'Economie Politique" (5 V), y la de *Wagner*, "Les fondements de l'Economie Politique" (3 V), son de obligada lectura para todos los que se interesen por los asuntos económicos.

bajo; pues dadas las condiciones actuales, aunque los industriales de un país dado, pretendieran, por ejemplo, disminuir la duración de las tareas diarias de sus obreros o aumentarles sus salarios, se verían seriamente coartados en sus generosas iniciativas por la acción despiadada y sin cuartel de la competencia internacional.

Aun reconociendo las dificultades de hecho para ponerse de acuerdo en tales Convenciones, a causa de la diferencia en las modalidades económicas de los diferentes países, siempre quedaría un ancho margen para legislar en esta materia, como se ha tratado ya de hacerlo en lo referente al trabajo de las mujeres y de los niños y sobre todo respecto del empleo de ciertas substancias nocivas en las industrias.

¡Es realmente paradójal que existan códigos internacionales destinados a humanizar la guerra y no los haya tendentes a humanizar el trabajo!

Principales objeciones y cuestiones que suscita el organicismo: el despotismo, el liberalismo y la democracia a la luz de los principios de esta escuela. — Los grandes postulados de la doctrina biológica: la solidaridad y la tolerancia.— Anti-semitismo y anti-anarquismo.

Conclusión.

Después de haber expuesto, a manera de historiadores más que de sociólogos, el desarrollo de la teoría organicista, desde sus inicios en los eternamente frescos y lozanos poemas de Homero, hasta sus postimerías en las sabias discusiones del Congreso Internacional de Sociología, celebrado en París el año 1897; después de haber tomado en cuenta, de un modo sintético y sumario, las ideas de algunos de sus principales sostenedores e impugnadores en la República Argentina; después de haber discutido, aunque no por cierto con la amplitud y erudición que merecerían, algunas de las brillantes aplicaciones que de ella han hecho *Renato Worms* y *Pablo Lilienfeld*, en sus conocidas obras, correspondería hacer su crítica desde un punto de vista generalísimo y filosófico, pero la necesidad de no extender por demás este modesto ensayo y, sobre todo, la circunstancia de haber puesto ya de manifiesto en repetidos pasajes las principales tachas y reparos hechos a la famosa metáfora, nos induce a detenernos tan sólo en algunas de las objeciones que tal vez puedan revestir verdadero interés en nuestros días en que es tan viva la porfiada lucha entre los corifeos del Estado-providencia y los heraldos del Estado-gendarme, y sobre todo en una época en que a ojos vistas, hombres y sociedades son presos de un verdadero frenesí democrático.

Algunos han querido ver en el organicismo la justificación inmoral de un despotismo retrógado, y recuerdan con insistencia digna de mejor causa el espanto que producía al gran *Huxley* la asimilación intentada entre el cuerpo social y el individual, desde que, en su opinión, la tiranía del cerebro podía considerarse absoluta, siendo

el menor acto de rebelión contra el mismo, castigado con la parálisis y hasta con la muerte.

El anti-organicismo del sabio naturalista inglés era especialmente dirigido contra el liberalismo de *Spencer*, en concepto del cual, así como la función del cerebro en el individuo consiste en tomar el promedio entre los intereses físicos, intelectuales, morales y sociales, surgidos en el ser vivo, la función de un buen Parlamento debiera ser tomar el promedio de los intereses que pueden afectar a las diferentes clases constitutivas de la colectividad, de modo que las leyes sancionadas nunca lleguen a ser la expresión del beneficio de unas y del perjuicio de otras, sino del equilibrio armónico entre las justas aspiraciones de todas.

Spencer, en sus réplicas a *Huxley*, (1) le hizo notar que sus objeciones podían tener razón en contra de los que negaban toda clase de gobierno, pero no contra él, cuyo liberalismo, si llevaba a justificar la disminución y hasta la anulación del elemento positivo o activo en la acción de los grandes centros, sea en el individuo, sea en la comunidad, en modo alguno ofrecía argumento para sostener la no necesidad del elemento negativo ó fiscalizador en la acción gubernativa de los mismos, fueran ellos fisiológicos o sociales.

En cuanto a la supuesta omnipotencia del cerebro, *Spencer* citaba muy diversos casos en los que ella queda, al parecer, bastante mal parada; así, en los tiernos infantes, en los cuales el sistema cerebro-espinal es hasta cierto punto incapaz para ordenar los actos más simples, las vísceras funcionan, sin embargo, con toda actividad y regularidad; en los locos e idiotas, la digestión y la circulación se realizan muy bien, aun cuando los centros superiores estén perturbados o falten en parte. Igualmente, las funciones vitales se prosiguen durante el sueño, aunque con menor intensidad que en los momentos en que el cerebro trabaja.

Y sin necesidad de recurrir al caso especial del infante, del anormal y del dormido, ¿puede acaso el cerebro del ser adulto, normal y despierto, ordenar al corazón que tenga siempre un número igual de pulsaciones, o a los pulmones que se opongan a la invasión de los agentes patógenos?

De modo, pues, que no sería aventurado afirmar que las nueve décimas partes de las funciones internas escapan a su poder y que los órganos correspondientes gozan de tal libertad de acción que ni si-

(1) Ver "Ensayos Políticos", de *Spencer*.

quiera de su existencia se apercibe el singular monarca, el que muchas veces carecerá de imperio hasta sobre sí mismo, pues difícilmente obtendrá éxito en la orden sibilada de tener una idea prefijada tal día y a tal hora (1).

No es de extrañar entonces que si un *Huxley* pudiera encontrar un rígido despotismo en el fondo de la teoría organicista, un *Novikov* no necesitara esforzar mucho su ingenio para hallar a su vez, en la misma, un liberalismo seductor.

En concepto del distinguido publicista ruso, si con el transcurso del tiempo y después de largos combates entre los diversos órganos constitutivos de los seres vivos, el cerebro llegó a centralizar la vida consciente y la dirección del cuerpo, no ha abusado ciertamente de su poder, siendo, por el contrario, modelo de gobernante desprendido, pues a medida que una función llega a realizarse de un modo satisfactorio, se desinteresa inmediatamente de ella, acrecentándose en consecuencia el campo de lo inconsciente y restringiéndose el de lo consciente.

Estas y otras discrepancias a que puede conducir la hermenéutica de teorías y doctrinas sociales, no debe sorprendernos: lo grave del caso consiste en querer transportar las opuestas conclusiones derivadas de la pura ideología teológica o de la abstracción metafísica al terreno de los hechos, y no sin razón *Casimiro de Krauz* recuerda que si en el siglo XVII la universidad de Oxford encontró en la Biblia versículos para justificar el derecho del rey a la fortuna de sus subditos, en su calidad de descendiente de Adán, no por eso los puritanos dejaron también de encontrar otros para legitimar la decapitación de Carlos Estuardo.

Más serias para los organicistas, en cuanto aplican los principios de la Biología a las Ciencias Sociales, son las objeciones sacadas de la supuesta esencia aristocrática del darwinismo, conviniendo una buena parte de los pensadores en que las verdades objetivas de la ciencia están a menudo en flagrante contradicción con las aspiraciones subjetivas de la humanidad.

Son ya lugares comunes, y bien comunes por cierto, la opinión de *Haeckel*, según el cual la tendencia del darwinismo es aristocrática

(1) Tal vez el organicismo ni siquiera ofrece argumentos en favor de la forma monárquica de gobierno y en contra de la republicana, pues, según algunos, la unidad de acción del cerebro es sólo aparente, explicándose ella por una especie de consensus resultante de la actividad múltiple y cooperativa de las células radiadas.

y de ningún modo democrática; la de *Huxley*, que sostiene que el principio de que los hombres nacen libres e iguales en derechos, es sencillamente ridículo desde el punto de vista científico; la de *Amon*, que afirma que el orden social descansa sobre la desigualdad; la de *Garófalo*, para el cual la Naturaleza tiene horror a la igualdad; la de *Vacher de Lapouge*, que escribe: “la antropología refuta victoriosamente los errores del siglo XVIII, el más anticientífico de los siglos, (1) y demuestra que la democracia es el peor de los regímenes para efectuar una buena selección”.....

Estos y otros socorridos asertos que pudieran traerse a colación, serían y son perfectamente atendibles en cuanto importan una bien justificada desautorización de la fanática tesis comunista-igualitaria que, desconociendo la entidad originalísima de cada ser humano, verdadero microcosmos, hace su caballo de batalla de una falaz y quimérica igualdad o, mejor, identidad, pretendiendo descabelladamente deducir de ella un igual reparto de bienes y males para todos los hombres.

Pero para esto no era necesario invocar a los augustos doctores de la ciencia, arrancándoles del ascetismo intelectual en que viven, desdeñando los halagos del mundo, alejados de las borrascas de la vida y refugiados silenciosamente en su elevada torre de marfil; cualquier majadero chisgarabís del montón; en su estolidez supina, puede comprender que la desigualdad es ley natural y fatal que rige las personas y los cosas, y que media distancia inter-estelaria de la inteligencia de un *Volta* o de un *Newton* al cerebro atrofiado de un pobre idiota; de la musculatura potente de un *Milon de Crotona* a la débil organización de un infeliz raquíptico; de la hermosura de la *Venus de Canova* a la deformidad de la desgraciada bosquimana; del golfo de Nápoles a la estepa siberiana; de Febo, espléndido y regio, a la púdica Selene, que riela en el firmamento con luz refleja (2).....

(1) *¿Anticcientífico?* Tal vez. — Pero en todo caso grande y noble, y bien merece que se le respete y que no se eduque a la juventud en la ingratitude de mayores que tantos sacrificios hicieron por conseguir beneficios de que gozan los mismos que hoy les zahieren. — “La obra del siglo XVIII es sana y buena, dice Victor Hugo; los enciclopedistas con *Diderot* a la cabeza, los fisiócratas con *Turgot*, los filósofos con *Voltaire*. los utopistas con *Rousseau*, son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales del progreso: *Diderot* a lo bello, *Turgot* a lo útil, *Voltaire* a lo verdadero, *Rousseau* a lo justo.”

Y téngase en cuenta que el que aquí habla no es el poeta sino el filósofo, cuyos grandes monumentos literarios no son más que ocasión o pretexto para exponer las ideas sociales de su autor.

(2) *Zerboglio*. — “El Socialismo y las objeciones más comunes.”

Nadie profesa hoy ese concepto anti-científico, aunque clásico y ortodoxo de la igualdad.

La democracia de nuestros días sólo dirige formidable requisitoria y pretende condenar a garrote vil todo linaje de privilegios económicos, políticos y sociales que sean rémora y obstáculo a la ascensión de las verdaderas superioridades naturales, donde quiera que ellas se encuentren; respeta y reverencia los triunfos legítimos, pero se convierte en verdugo implacable de los éxitos de mala ley. En el diccionario de la democracia existen los términos *hombre fuerte, hombre inteligente, hombre virtuoso...* pero están proscriptas, por altamente inmorales, expresiones como *por sus venas corre sangre noble, lleva un nombre patricio, es un caballero adinerado...*

Todos sus esfuerzos tienden a estrangular entre sus nervudos y lacertosos brazos a la odiosa hidra del privilegio, la cual, sin embargo, demuestra tener una vitalidad no sospechada, pues arrancadas algunas de sus cabezas, no tardan en renacer otras: la *dolarocracia* (1) en el Norte y la *onomocracia* (2) en el Sud, por lo que respecta al Nuevo Mundo, manifiestan a las claras que hasta la tan cantada perla surgida del fondo de los mares, busca y le complacen los engarces viejos.....

Pero el privilegio caerá, porque el consenso público no lo admite, porque el sentido común no lo ampara, porque la razón no lo justifica y sobre todo porque la justicia lo repudia.

Y sabido es que, afortunadamente, la justicia no se contará en el número de aquellas palabras a las cuales, para usar un lenguaje de sabor lotziano, deberemos pedir el día del juicio final acabada rendición de cuentas por lo inútiles y ociosas que han sido sobre la tierra; por el contrario, su voz estentórea resuena cada vez más, desde las hondas depresiones de los encajonados valles hasta las nimbadas sumidades de los picachos, conmoviendo y haciendo retemblar las murallas de la Jericó en que se encierran las injustas prerrogativas.

Muchos, tal vez verán en estas perífrasis y circunloquios una monórrima cantilena con pretensiones a poetizar sobre lo futuro, pero realmente es difícil de que la ciencia, pseudo-ciencia dirán algunos, acuda en socorro de los defensores de la vetusta ciudadela de una mal

(1) Autoridad o prestigio que da el dolar.

(2) Autoridad o prestigio que da el nombre o el apellido. Desgraciadamente nuestras fementidas e hipócritas democracias viven con sus patriciados hereditarios, "como las vides con sus filoxeras", olvidando que los patricios *se hacen y no nacen*.

entendida aristocracia, (1) los que desde ya pueden oír las belisonas trompetas y contemplar desde bastiones y barbacas el oleaje humano de los millones y millones de soldados del músculo y del cerebro, que, extendiéndose cual océano terrestre, en undívaga superficie, hasta donde Cielo y Tierra parecen sellar eterna alianza en fraternal abrazo, la rodean y la sitian, oprimiéndola y sofocándola en estrechísima cintura de hierro.

Y no sólo esto; las Ciencias Naturales proporcionan el argumento más contundente a la democracia en la guerra santa proclamada contra el privilegio, si se admite, con *Novikou*, que al ejercer el cerebro la función de regulador en la distribución de la sangre a los distintos órganos del cuerpo, lo hace con la tradicional imparcialidad de severo y grave magistrado para el que no existen parientes, amigos, allegados, protegidos, privados o validos; cada órgano percibe su correspondiente retribución en la justa medida de los servicios por él prestados a la comunidad.

Y desde que se apuren las conclusiones del naturalismo, los mismos socialistas, tan injustamente tildados de sacerdotes de la igualdad, podrían anotar en su haber, como fundamento y base orgánica de uno de sus ideales más caros, la circunstancia de que en el organismo cada célula trabaja tan sólo según sus fuerzas y consume tan sólo de acuerdo con sus necesidades naturales y no artificiales. (2).

Sea de ello lo que quiera, conviene repetir una vez más que la democracia bien interpretada no entiende mover el pesado armatoste de su catapulta contra toda jerarquía, como lo piensan los que quieren darse el ingenuo placer de una fácil victoria, sino contra una desigualdad artificiosa que impide que todos tengan un mismo punto de partida, pues, en cuanto al de llegada, nadie pretenderá que sea el mismo para todos, dependiendo, como es de suponer, de las fuerzas y de las aptitudes de cada uno.

Sería, pues, necedad, que no otra cosa, prestar oídos a la ignorancia, voz de todos los lugares y de todos los tiempos, que desafortadamente grita voz en cuello: ¡No acerquéis con mano temeraria la tea

(1) También en su tiempo los propietarios de esclavos pretendieron justificar la odiosa institución, invocando la teoría de *Agassiz*, sobre la pluralidad de la especie humana.

(2) Con razón dice también *Colajani* "Si la sociedad es un organismo, como lo pretenden los biólogos de la Sociología, deriva de ello lógica y evidentemente la condena de la organización social presente: un organismo análogo al biológico, se tendrá cuando a cada elemento se le retribuya en proporción de su trabajo". — "El Socialismo."

a la pira funeraria a la que imprudentes seréis arrojados! ¡No continuéis afilando los dientes al monstruo de la democracia, porque el monstruo os devorará! Desbarran y no poco, los que así piensan y así claman y no tienen razón de ser los chillidos y gesticulaciones de orate de los espíritus pusilánimes y timoratos, porque ni tan siquiera los privilegiados serán tocados; sólo los privilegios serán justa presa de la ignívoma bestia.

Y no es necesario alardear el don vatídico de la sibila de Cumas para barruntar que uno de los grandes privilegios, y tan injusto como grande, que acabará de pasar definitivamente al mundo de los recuerdos, será el implicado por las llamadas casas reales que, con sus fastuosas listas civiles y sus constelaciones de nobles, ignaros e ignavos ofrecen el ejemplo máximo del máximo parasitismo en la vida política de las sociedades (1).

Y no podía menos de ser así, dada la inflexible lógica del plano inclinado: la decapitación de *Luis Capeto* tuvo la virtud de demostrar a los pueblos, esos soberanos oprimidos y vejados desde antiguo, que detrás de cada rey no existía un dios presto a vengar los ultrajes inferidos a su protegido, y que el salto postrero, desde la filosa cuchilla hasta la fatal cestilla, de la sangrienta cabeza de un monarca, como la de cualquier mísero pechero, no ponía negro al sol, ni volvía bermeja como la sangre a la luna, ni apagaba las estrellas, ni atraía lluvia de rayos y diluvios de llamas, ni abría profundos abismos en la superficie de la tierra, ni hacía aparecer sobre aterrador horizonte la flamígera espada del Angel Exterminador, ni tampoco interrumpía

(1) Si se inquiriera el por qué de la condescendencia con que hasta hoy se mira a esta clase de parasitismo, podría responderse que también ella parece observarse en las sociedades animales; así, se ha encontrado en los hormigueros miriapodos estafilinos y otros artrópodos que, ciegos por el medio obscuro en que viven, vegetan en calidad de parásitos de las hormigas, a las cuales actualmente no prestan servicio alguno, pero que ellas toleran, tal vez por la fuerza de la costumbre, desde que parece comprobado que en otras épocas existían relaciones mutualistas entre tales artrópodos y las hormigas. De modo que en uno y otro caso se trataría de un ejemplo de parasitismo consuetudinario o tradicional, explicado por los servicios prestados por los antepasados.

No desconocemos que en su mantenimiento también intervienen en algo los intereses creados; así *B. Björnson*, en "El Rey", equipara la monarquía a una vulgar compañía de seguros, cuyos principales accionistas serían los ministros del culto, los funcionarios, los militares, los nobles y los grandes comerciantes.

un sólo instante el eterno rodar y la sublime armonía de las esferas, cantada por el viejo filósofo de Samos.

Pero aunque la inteligencia social haya recorrido largo trecho desde los tiempos en que, según *Firdusi*, *Cambises* enganchaba, insofocable, cuatro águilas a un trono de sándalo a fin de ser transportado en alada cuadriga a las regiones del éter, para desde ahí lanzar una flecha contra el cielo en señal de desafío, o en que según *Boissier*, *Virgilio*, colocando al emperador *Augusto*, vivo aún, entre las constelaciones, afirmaba que *Escorpión* se estrechaba para dejar sitio al nuevo astro y en que *Lucano* recomendaba a *Nerón* que cuando fuera dios se sentara exactamente en medio del cielo, para que el peso de tan excelso príncipe no llegara a quebrar el eje del mundo, todavía existe más de un pueblo que, deslumbrado por los falsos oropeles del cesarismo militarista que lo rige, vive en torpe y pagana adoración de su dinastía hecha carne, como el salvaje que en el fondo de la enmarañada selva vive en el supersticioso temor de su fetiche hecho barro (1).

No desespere por ello la democracia triunfante; tiene un aliado de ultratumba; que como el dios fundador de las ciudades griegas, vale por sí solo un ejército: la sombra glacial de *Juan Jacobo*, cual espectro de *Banquo* vengador, sacudiendo el polvo muerto de los sepulcros, se proyecta hoy, más que nunca, sobre los expirantes troncos del día, los que ya no se sienten vigorizados por la sangre hirviente de la vida, sino que agonizan y desfallecen, sintiendo correr por sus venas el frío de letal veneno.

Si todavía los reyes, cuales astros muertos, continúan girando pesadamente en torno de la bulliciosa vida de los pueblos cuyos destinos dicen presidir, es porque se han avenido con el modestísimo oficio de “cornisas del edificio gubernamental” y porque se han contentado con desempeñar el papel menguado y pasivo de figuras decorativas, aunque costosas, entregando las tareas políticas a los Consejos de Ministros y a los Parlamentos, extendiendo la función del sufragio, llamando a los partidos liberales al poder y recurriendo a

(1) Mucho dudamos que hayan dejado de ser exactas las cálidas palabras que el gran *Heine* escribiera en 1828: “La Libertad es una religión nueva, la religión de nuestros tiempos. Si el Cristo no es su Dios, es por lo menos un sacerdote sublime de ese culto y su nombre ilumina con resplandor celeste el alma de sus discípulos. Los franceses son el pueblo elegido de la nueva Religión; en su idioma se han formulado sus primeros evangelios y sus primeros dogmas. París es la nueva Jerusalem y el Rin es el Jordan que separa de los filisteos la Tierra Santa de la libertad.”

otros medios y expedientes con los que, si es verdad que han logrado comprar la paz a las huestes democráticas, como la comprara en la antigüedad Roma a los galos, y en la edad media París a los bárbaros normandos, en cambio han transformado inconscientemente sus reinos en otras tantas repúblicas coronadas. (1)

La democracia podrá tener sus males, y ya los hacía resaltar la cáustica ironía de Aristófanes, (2) pero no hay que confundir los principios con las desviaciones o formas patológicas de su aplicación práctica; en la gran república anglo-americana se han llegado a cotizar los votos en Bolsas electorales, como si se tratara de títulos de compañías ferroviarias, y en las repúblicas hispano americanas, bajo la etiqueta seductora, pero mendaz, de gobiernos democráticos, se mantienen pequeñas oligarquías, casta gobernante, dentro de otras oligarquías algo más extensas, las pretendidas clases dirigentes.

Pero la educación de las masas y la conciencia que de su potencia cívica éstas van adquiriendo día a día, harán imposible en el futuro toda morbífica exerecencia populicida y bien podrán afirmar los hombres que nos sucedan que para los males de la democracia ningún remedio ha sido más eficaz que el perfeccionamiento de la misma democracia.

Como se ve, atacar al organicismo desde el punto de vista de las conclusiones que pudieran derivarse de él, es empresa por demás temeraria, lo que no quiere decir que la teoría en sí pueda abroquelarse inexpugnable contra el ariete demoleedor de la crítica sociológica.

Sin volver sobre las objeciones ya apuntadas en el curso del trabajo, tan sólo insistiremos sobre algunas de las principales.

Desde luego, se ha dicho, la cooperación de las células en el organismo fisiológico es inconsciente y mecánica, en tanto que en el organismo social la de los individuos es consciente y libre. (3) Podrá discutirse si en realidad ya se halla un principio de conciencia y de libertad en las células, lo que es bastante problemático, pero lo

(1) No sería de extrañar que el historiador de mañana calificara a este período híbrido y bastardo, monárquico-republicano, por el que atraviesa actualmente Europa, de "*Epoca de los Reyes holgazanes y de las Repúblicas vergonzantes.*"

(2) Ver su comedia "Los Caballeros".

(3) No creemos pecar de redundantes insistiendo que en este caso, como en todos, empleamos en nuestro trabajo los términos *libre y libertad*, en la acepción que les da la Ciencia y no la Metafísica.

que aparece innegable es que el desarrollo de una y otra en el ser humano es tan grande respecto del que ocurre en la célula, que con razón puede dudarse de la legitimidad con que pudiera esgrimirse el conocido argumento de que sólo se trata de una diferencia cuantitativa y no cualitativa, de grado y no de esencia.

Las células orgánicas no tienen conciencia de sí; su vida se desarrolla silenciosa, permaneciendo sus manifestaciones enclaustradas en el dominio de la llamada noche oscura del alma, y la cooperación no parece ofrecer en ellas, por lo menos de un modo sensible, ni cambios ni mutaciones.

Por el contrario, las células sociales no sólo tienen conciencia de sí, de sus aptitudes y de sus fuerzas, sino que su campo de acción es mucho más vasto y la cooperación ha revestido en ellas las formas más variadas, lo cual no es de extrañar, si se tiene en cuenta que en el fondo de cada hombre existe ese resorte mágico que con toda exactitud un escritor ha llamado la *hiperestesia de la aspirabilidad* y que, impulsándolo siempre hacia arriba, es factor eficientísimo del progreso humano.

En el mismo orden de ideas podría afirmarse que mientras que en el organismo individual existen relaciones y conexiones puramente fisiológicas, en el organismo social existen relaciones marcadamente psicológicas; en el primero se trata de un comercio de materia entre las distintas partes del todo; en el segundo, de un intercambio de algo eminentemente espiritual: sentimientos e ideas. (1)

El *quid proprium* que pudiera hallarse en la raíz de los fenómenos biológicos sería cierta *físico-quimicidad*, en tanto que en la de los fenómenos sociológicos encontraríamos la *intermentalidad*; sería, pues, una falta grave de lógica pretender examinar a la luz de los mismos principios ambas clases de fenómenos y carecerían de rigorismo científico los resultados obtenidos al aplicar leyes iguales a hechos desiguales; los fenómenos sociológicos son más complejos y de orden muy superior a los biológicos.

(1) Con esto no entendemos establecer irreductibilidades ni prejuicios entre lo material y lo espiritual, desde que la ciencia es monista por excelencia y el monismo tanto puede reclamar el derecho al nombre de materialismo como al de espiritualismo; con igual título, dice *Haeckel*, puede querer materializar el espíritu como espiritualizar la materia; con las expresiones *material* y *espiritual*, solo entendemos significar dos facetas, pero dos facetas, que aun perteneciendo al mismo prisma, se presentan distintas a nuestros modos de percepción.

También, a menos de no querer emplear con los hechos los procedimientos que para con los descuidados viajeros usaba *Procasto*, el temible habitante de las orillas del Cefiso ático, sería difícil encontrar sus correlativos, a no ser por excepción, en el organismo individual a ciertos fenómenos del organismo social como los científicos, religiosos, jurídicos, éticos, estéticos... explicables, en buena parte tan sólo por el fenómeno de la convivencia humana.

Bien es verdad que, para olvidar estos y otros inconvenientes, algunos organicistas se contentan con afirmar que la sociedad es un organismo, pero de orden más elevado que el fisiológico; un verdadero super-organismo; tal vez un organismo de organismos: lo cual, a nuestro modo de ver, es saltar sobre el obstáculo y no removerlo del camino.

La tendencia de la Sociología contemporánea es más psicológica que biológica, admitiéndose, en general, que la trama íntima de la vida colectiva es un conjunto de representaciones y que el objeto propio de tal ciencia, si no desea caer en la Psicología, debe ser el estudio metódico, razonado e imparcial, no de la formación y reproducción, sino de la combinación de los hechos de conciencia personales, de los que se desprendería algo nuevo que constituiría precisamente la especificidad del fenómeno social.

Con todo, a pesar del sello hiper-espiritual de este y de que el nexo entre los seres humanos pueda considerarse como esencialmente psicológico, es asaz difícil contestar el carácter de organismo psicofísico de la sociedad; de *organismo*, porque, como ya hemos dicho, este concepto no es del todo exclusivo de las Ciencias Naturales, campeando gallardamente aun más allá de las fronteras de la pura Biología; y de *psico-físico*, porque esa parece ser la modalidad distintiva de sus elementos componentes, los seres humanos.

No será, en suma, la sociedad un organismo fisiológico, pero sí un organismo sui géneris, y si no podemos con propiedad llamar biológicos a los fenómenos que estudia la Sociología, podemos, por lo menos, calificarlos de bio-sociales.

¡Obra es del sabio y del filósofo, repetiremos con Posada, desentrañar de lo más profundo de la existencia del vegetal, del animal y de la sociedad, el maravilloso proceso de organización que les es común, porque tal vez es universal, y que les acerca mucho más de lo que a primera vista pudiera creerse!

Malgrado la inconsistencia científica de la escuela bio-analógica, no es posible desconocer la trascendencia social que ella ha dado a la idea madre que la informa y cuyas vastas proyecciones tan brillantemente pusieron de manifiesto sus sostenedores en el Congreso destinado a discutirla.

Proclamando *urbi et orbi*, con el fuego y la pasión inútil de buscar en los secuaces de otra escuela, que los individuos no son más que partes de un todo, células de un organismo, se han esforzado por desviar a los hombres del individualismo que tan fácilmente puede degenerar, hoy por hoy, en un egoísmo brutal, y haciéndose eco de la persistente y severa admonición de la Historia les han exhortado a una saludable solidaridad, sentimiento altruista tan necesario al presente, en que una general miopía impide ver que buena parte del agudo malestar contemporáneo se debe a la falta de vinculación entre los que están en el valle y los que se hallan en la montaña.

¡Sólo fortísima solidaridad puede dar fuerzas a individuos y pueblos para proseguir, bajo un cielo de fuego y vestidos con el raído y polvoriento sayal del peregrino, la marcha embrutecedora y fatigosa a través de las desiertas y calcinadas carreteras de la vida, en persecución de prosaicas realidades o del pájaro azul de vaporesas y nacaradas bienaventuranzas!

No desconocemos que nuevos iluminados, viviendo en perpetua alucinación y arreciando contra los que llaman cariátides del pasado, sueñan en nuestros días con reemplazar la sociedad actual por una sociedad de soberanos en la que los hombres serían señores de sí mismos, reyes de sí mismos y dioses de sí mismos. (1)

No olvidamos tampoco que robustos visionarios, empinándose diez mil codos por sobre la tan trabajada y enferma organización actual, evocan en sublime éxtasis los contornos divinamente celestes de una por siempre suspirada y nunca alcanzada Ciudad del Sol, quimérica y amorosa mansión de inocencia, de pureza, de concordia, de ventura y alegría...

Pero el hombre de ciencia, sin quitar su importancia, y con mayor razón, sin crucificar, so color de utopías, todo género de hermosas y nobles aspiraciones, que al fin y al cabo pueden llegar a tener en el campo de las Ciencias Sociales la misma importancia que las hipótesis en el dominio de las Ciencias Físico-naturales, debe

(1) El *para mí no hay nada superior a Yo*, de Max Stirner, se ha convertido en la divisa de toda una escuela.

ser muy modesto en sus pretensiones y muy cauto en sus conclusiones; debe afirmarse en lo que es y no en lo que puede ser, tratando siempre de edificar sobre lo que se sabe y no sobre lo que se cree.

Desde este punto de vista, el biologismo, haciendo el alma mater de su sistema de la noción natural y concreta de *organismo*, es un toque de llamada a la realidad objetiva de tan imprescindible estudio si, armados de poderoso bagaje científico queremos remontarnos a las etéreas y serenas regiones que *Goethe* describe como el mundo sublime y melancólico en que moran las *Leyes*, esas madres que reinan en el infinito, eternamente solitarias, con su realeza ceñida de imágenes de la vida, pero sin vida...

Mas, a más: sosteniendo el biologismo que los organismos sociales, al igual de los organismos individuales, están sometidos a leyes naturales a las que sería perfectamente inútil oponerse, amonesta seriamente a pueblos y gobiernos misoneistas que pretenden negar derecho de asiento en el maravilloso banquete de la comunidad intelectual a las ideas y sentimientos que no se ajustan a los viejos cánones y a las normas tradicionales: en una palabra, rompe lanzas contra toda intolerancia, porque el sentimiento petrificado o la idea cristalizada no comulgan con las leyes de la vida, que dicen movimiento, y no marasmo, arroyo y no pantano.

Y, sin embargo, ¡qué largo y profundo surco, sangriento y espantoso, de asesinatos, envenenamientos, matanzas, depredaciones, incendios y guerras sin cuento, han marcado la intransigencia de la diadema y de la tiara, que durante siglos y siglos, en libidinosa y orgiástica fraternidad, han unido sus destinos para trucidar, desgarrar, triturar, atenacear y quemar el cuerpo del hombre y para soterrar en negra y profunda mazmorra a la libertad del pensamiento humano! (1)

(1) En ningún país como en España fué más impuro el contubernio entre el altar y el trono, pero también en ningún país han sido más terribles sus consecuencias. *Troilo*, en su "Misticismo Moderno", después de hacer referencia a las que llamaremos *tablas de sangre* de la intransigencia religiosa, agrega: "Esto debió causar una enorme depresión en la raza; y en efecto, la raza española moderna es ignorante y supersticiosa". — Y *Lieber*, en *La Moral aplicada a la política*, refiriéndose al mismo asunto, escribe: "Las víctimas descansan en sus tumbas, pero la nación en que fueron inmoladas continúa todavía arruinada." — Y tan arruinada, diría el *Gabriel* de "La Catedral", de *Blasco Ibáñez*, que la España de hoy más que un pueblo es un Museo, pues en ella ¡hasta las ruinas están en ruinas!

¡Y téngase en cuenta que así como no hay resurrección para los individuos, tampoco la hay para los pueblos!

Pero, afortunadamente, apenas si los crímenes del abominable y funesto binomio persisten en horrorosas memorias, cuales los despojos informes y flotantes de monstruosos vestigios: la misión del cetro, que en poder de los faraones egipcios servía para levantar extravagantes monumentos, destinados a guardar los míseros despojos reales, ensangrentando las espaldas de generaciones enteras que nacían, vivían y morían esclavas, y que en manos de los reyes asirios, ordenaba despellejar a los jefes vencidos para tapizar las murallas de las ciudades, ha quedado reducida a colocar el punto sobre la *i*, según la gráfica expresión de Hegel; y en cuanto al poder de la tiara, creemos que si una excomunión obligaba al emperador Enrique IV a presentarse humilde y lloroso a las puertas del castillo de Canosa, vestido de erin y con los piés desnudos sobre la nieve, la amenaza de tal castigo sería hoy recibida con las sarcásticas y homéricas carcajadas que en todo tiempo excitó el gesto airado y los desplantes grotescos del palaciego bufón de botarga y cascabel!

Tanto la Reyecía como la Iglesia, sienten hoy la impotencia senil del *Milón de Crotona* que, en edad ya proveya y contemplando con dolor sus descarnados brazos, exclamaba desesperado ¡Ya están viejos!

El agorero y estridente chirrido de la noctámbula ave de la muerte no volverá por cierto a ser nuncio del retorno de siglos preteritos en que, al decir de *Michelet*, las potestades civil y religiosa conjuntaban sus esfuerzos para mantener bajo su yugo de hierro a la astrosa multitud que gemía horrorosamente torturada, hambrienta, humillada y embrutecida.

Sobre la sepultura que a su antigua omnipotencia han abierto a sí mismas estas viejas sepultureras, a quienes se han arrancado los dientes y hachado las garras, bien podemos escribir, para avisamiento perpetuo de los paralíticos del alma que viviendo en la superstición de fantasmas sueñan aún con imposibles resurrecciones, el ¡Nunca más! del legendario cuervo de *Poe*.

La ilustración apresurará la obra; aún no está concluída y si hemos salido de la belicosa Roma del Jano bifronte, estamos aún en la Cartago del febril tráfigo comercial, pero no hemos llegado aún a la ansiada Atenas de Pericles: al período de la ciudad guerrera ha seguido el de la ciudad industrial, pero todavía no parece haber sonado la hora de la ciudad intelectual.

Buena prueba de ello, entre otras, son las *fobias*, las que, a ma-

nera de turbacos que arrojan cieno y fango, irrumpen de tarde en tarde, haciendo víctimas de odios enconados y violentos a seres míseros e inocentes.

En el número de ellas debe colocarse el llamado *antisemitismo*, esa animadversión irreflexiva contra los judíos, arrancados ferozmente del suelo natal y perseguidos luego como lobos y chacales: masacrados hasta no hace mucho en Rusia; despreciados y hasta be-fados en Francia; mantenidos a la distancia como leprosos en España; excluidos y mirados con prevención en Alemania; apenas soportados en Inglaterra y en todas partes unánimemente odiados y aborrecidos por el bajo pueblo.

No es difícil poner de manifiesto a la luz meridiana del día las causas repulsivas de esta criminal intransigencia para con millones de seres que, si no son hermanos en Dios, lo son en la especie: el antisemitismo de la Europa occidental, donde los judíos son en general muy ricos, se explica como una de las modalidades de la lucha entre el capital bautizado y el capital circunciso, entre la propiedad inmueble y la propiedad mueble; el antisemitismo de la Europa oriental, donde los judíos son muy pobres, se explica porque la idiosincrasia de los hebreos es un grave obstáculo a los planes de rusificación del gobierno moscovita, que tomando por lema: “*un czar, una religión y una lengua*”, así resolvía el problema de la masa israelita del imperio por boca de un procurador del Santo Sínodo: ¡un tercio se convertirá, un tercio emigrará y un tercio desaparecerá!

No desconocemos que también un nacionalismo impenitente y un clericalismo inverecundo y de trisulco dardo, en algunos países, han sido parte importantísima para inflamar, al calor de las viejas supersticiones, el salvajismo latente en las putrefactas entrañas de Su Majestad la Santa Canalla y para remover el lodo nauseabundo y fétido de las más bajas pasiones en el que se revuelca la escoria social, esa *faex infima* de los romanos, a fin de perpetuar el crimen antisemita.

Y esta odiosa fobia contra esa desdichada tribu, ola pequeñísima en el océano inmenso de los pueblos, al decir de *Volney*, persistirá tal vez por mucho tiempo, porque con avieso intento se la ha encarnado en una de las tantas formas del fanatismo religioso, al reeditar con persistencia sempiterna para el viejo *Demos*, siempre estulto y siempre crédulo, la architontísima historieta del *pueblo*

deicida y la falaz conseja del *judío errante y vagabundo* sobre el haz de la tierra. (1)

¡Ignorancia y maldad! Hermanas inseparables y malhadadas! Monstruos lucífugos, semejantes a las Erinnias esquilianas, porque como ellas lleváis colgantes vuestras lenguas de escorpiones y como ellas, por vuestras fauces aulladoras, vomitáis negros espumarajos y cuajarones de venenosa sangre! ¿cuándo, dejando de escarnecer la innúmera caterva, habréis recogido vuestros mantos de tinieblas y serpientes, abismandoos por las abiertas bocas del horrible Averno, de donde, fatídicos engendros, en hora nefanda habéis surgido? ¿O esperáis todavía satánicos e incomprensibles goces, creyendo contemplar algún día a la Humanidad, como a nueva *Dircea*, amarrada sobre el testuz del negro y enfurecido toro del crimen, desgarrada y bañada en su propia sangre, prometiendoo aspirar con deleite diabólico el cruento martirio y los espasmos dolorosos de una víctima inocente, a cuyo suplicio inenarrable permanecerán sordos e insensibles, hombres y dioses?

Otra fobia es la que se manifiesta contra todos los que profesan ideas libertarias, especialmente a raíz de cualquier atentado sedicente anarquista, y que no pocas veces se refleja en inmediatas como impremeditadas leyes de excepción que pretenden procesar y castigar,

(1) En lo que se refiere a la tacha de *usureros*, hecha a los judíos, aparte de que todas las nacionalidades cuentan con sus *Schyloks*, es de tener en cuenta que su dedicación tan característica a los préstamos, fué favorecida indirectamente durante la edad media por la prohibición canónica, basada en los textos y en la autoridad patristica, de prestar dinero a interés, interdicción que tenían que cumplir fielmente los cristianos, pero que no regía respecto de los que no lo eran.

En cuanto al cargo que se les hace procedente de lo exclusivista y cerrado de su espíritu étnico, no tiene mayor consistencia, pues tal vez es efecto y no causa: tienen la conciencia de hallarse en la situación de un pequeño ejército, acampado en país enemigo. Recordaremos que, defendiéndoles de su pretendida falta de amor patrio, *Lord Macaulay* escribía en sus "Estudios de Política y Literatura": "Los judíos ingleses son tales cuales los ha hecho el Gobierno y son lo propio que hubiera sido cualquiera otra clase de hombres a quienes se hubiese tratado como a ellos. Porque, si por espacio de siglos, cuantos tienen el cabello rubio hubiesen sido ultrajados y oprimidos, expulsados en una parte, reducidos a prisión en otra, robados, desdentados, acusados y condenados de y por los crímenes más inverosímiles, sin fundamento verdadero; si los hubieran descuartizado, ahorcado, atormentado y quemado; si, cuando las costumbres fueron más suaves, se hubiesen visto sometidos aún a humillantes restricciones y a groseros insultos, y encerrados en *Ghetos* y *Juderías* y apedreados y arrojados al agua por el populacho; si en todas partes hubiesen estado excluidos sistemáticamente de los empleos y honores ¿cuál sería el patriotismo de los del cabello rubio?"

no ya solo los hechos, sino también las ideas y los sentimientos

Muy lejos estamos nosotros de justificar las hecatombas horrendas que en ciega y hasta feroz explosión abaten al débil y al fuerte, al justo y al injusto, al inocente y al culpable, pero más lejos estamos aún de profesar el concepto plebeyo que ve en cada anarquista un desalmado sediento de relámpagos y truenos y arrojando rayos y centellas contra la sociedad y sus instituciones.

No es el caso de analizar las doctrinas de estos videntes del futuro que, deseando acelerar el movimiento social, se convierten en caballeros de la rebeldía para negar toda especie de coacción terrenal y celestial en nombre de la libertad, sosteniendo, nuevos egoarcas o autarcas, que, llegado ya el hombre a la mayor edad, debe renegar de la camisa de fuerza social y desembarazarse a toda costa de la deprimente y hasta oprobiosa tutela de vivos y muertos. (1)

Pero sería fácil aportar copiosa documentación de la que resultaría que los verdaderos ácratas repudian la violencia como el más peligroso enemigo para la difusión de la buena nueva que predicán y que erigen al amor para con el prójimo en ley suprema de la vida; sólo nos limitaremos a consignar de paso el testimonio insospechable de dos autores imparciales y de valía: el señor *Cimbali* en "El Derecho del más fuerte" escribe: "En el fondo, el anarquismo puede ser error en la concepción de ciertas finalidades humanas; puede también ser error en la elección de los medios, pero tiene una fe que no es egoísta, tiene un ideal que no es feroz, tiene un objetivo que abraza toda la Humanidad." Y el señor *Sanz y Escartin* en "El individuo y la reforma social" dice: "La anarquía en la mente de *Kropotkin* y *Reclus* (2) es la libertad resolviendo todos los conflictos;

(1) Conocida es la frase de Spencer: "Si el miedo a los vivos es el origen de la *autoridad política*, el miedo a los muertos es la raíz de la *autoridad religiosa*"

(2) Encarnación genuina éste del anarquismo teórico y que bien puede oponerse al retrato que con tan vivos colores pintó del *anarquista consagrado*, *Bakunin*, que orgullosamente se auto-calificaba de *bárbaro del Norte*; en efecto, *Blasco Ibáñez*, en la biografía que dedica a la familia *Reclus*, en su traducción a la notable obra de *Eliseo* y *Onésimo*, trae el siguiente rasgo, que dice mucho más de lo que pudieran decir muchas páginas: "La Sociedad Real de Geografía concedió la gran medalla de oro a *Eliseo Reclus*, recibéndola en solemne sesión, pero se contentó con el honor, pues la medalla no volvió con él a Bruselas; cuando su familia y sus amigos quisieron verla, con cierta confusión infantil tuvo que declarar que la había convertido en moneda para aliviar la miseria de los numerosos compañeros rusos, franceses, españoles..... que vivían emigrados en Londres."

es el hombre sublimado por la ciencia, ajustando siempre su conducta a lo que piden el propio bien y el de sus conciudadanos; es la humanidad libremente organizada en armonioso acuerdo, sin leyes y sin gobierno, sin envidias y sin rencores, en fraternal unión y en paz inalterable, realizando todos los prodigios de que es capaz la mente humana en su más alto grado de perfección...”

Padecen inexplicable ceguera los que creen que son ácratas todos los que al matar blasonan de tales y que al morir entonan hosannas y lanzan aleluyas al Edén libertario del porvenir: muchos son delincuentes vulgares, (1) que quieren rodear sus morbosas proclividades y actos ilícitos con cierta aureola de santidad; otros son verdaderos neurópatas que, a la manera del *Erostrato* de la historia, desean que las Pegásides perpetúen un nombre que el decurso de los siglos, con su proceso de idealización, hará famoso; otros son hijos legítimos de la miseria y del dolor, que en el paroxismo efervescente del sufrimiento, alocados y enfurecidos, y creyéndose triturados por el monstruo social, sienten el despertar de la bestia que duerme en las intimidades de cada hombre y, como el bíblico *Sansón*, quieren morir matando; otros, los menos, serán anarquistas, verdaderos voluntarios del patíbulo, según Gori, que, incapaces de adaptarse al medio social existente, son arrastrados por la vorágine de un neo-misticismo, verdadera reacción ultra-idealista, contra el cínico materialismo de nuestros días y que en su obcecación creerán que ningún medio es más eficaz para afirmar su credo que la explosión mortífera de una bomba. Pero aun para estos nuevos iluminados, que de un acratismo

(1) Con acierto dice *Hamon* “Criminales y locos se juntan a este partido, apodándose *anarquistas*, del mismo modo que en los comienzos del cristianismo todos los criminales, los prostituídos de ambos sexos y los alienados se juntaban a la nueva secta.” Circunstancia esta que explica en algo la mala atmósfera que en sus inicios ha rodeado a las dos grandes religiones que tal vez en el futuro se disputarán el dominio de las masas: el *Cristianismo* y el *Anarquismo*, Religión de la Humildad la una, Religión de la Rebeldía la otra, siendo hoy perfectamente aplicable a la última las palabras que *Renan*, en “*El Anticristo*”, escribiera respecto de la primera: “Los nuevos sectarios no hacían adeptos más que en las clases bajas; las gentes bien educadas evitaban pronunciar su nombre, o, cuando a ello veíanse obligadas, excusábanse casi; más en el pueblo su incremento era extraordinario.... La corte y la ciudad empezaban seriamente a hablar de ella, sus progresos fueron algún tiempo la conversación del día. Los conservadores pensaban con una especie de terror en aquella cloaca de inmundicias que se figuraban en los subterráneos de Roma; hablaban con ira de aquellas especies de malas hierbas imborrables, que brotan al momento que se arrancan.”

lirico han saltado a un acratismo trágico, resultarán inadecuados los tribunales extraordinarios, las leyes extraordinarias y los procedimientos extraordinarios pedidos por gacetilleros mentecatos y majaderos, por escritorzuelos adocenados e impertinentes, cuyo modo de pensar denuncia a gritos que no han perdido todavía el pelo de la dehesa lugareña de que proceden y por sibidieentes estadistas, tan cortos en ideas como en palabras sobrados, y que, conservando aun muchos resabios de behetría, pretenden resolver los arduos problemas sociales con criterio de villorrio.

Bien lo reconoce *Buxadé* cuando escribe: (1) “Hay que volver los ojos a la realidad. La represión en vez de concluir con el anarquismo, lo hará crecer y prosperar más y más, cuanto más perseguido sea. La concesión, en lugar de refrenarlo, lo volverá más poderoso y temido. Por la represión se erigirá vengador, por la concesión se erigirá en verdugo. Ni represión, pues, ni concesión. Ambos procedimientos son arcáicos, viejos, gastados, desacreditados, inservibles, funestos. Lúchese contra la causa. La causa es la idea y la idea se combate con la idea.”

Y tal vez en el anarquismo destructor existe algo más: existe la fe del apóstol, siendo de pensar que, después de la hora trágica en que la justicia de los hombres ha realizado su obra, el aura ligera que, amante fiel, besó última la frente, vencida pero no domeñada, del caído en la lucha desigual y titánica del individuo contra el Estado, lleve presurosa al estudioso esta excusa postrera que tanto dice, pero que el vulgo no percibe, ensordecido en el sucio mercado por el mezquino regateo del amargo pan de cada día: ¡Si el inquisidor español mató por una fe, si el septembrista francés mató igualmente por una fe, yo también maté por una fe!

Y cuando las trémulas veladuras de la muerte descendan indecisas y vacilantes para cerrar piadosamente el último acto en la vida del misionero del libertarismo, experimentará éste todo el célico arrobamiento del que evoca la visión evanescente y fugitiva de su sepulcro convertido en ara santa del culto necrolátrico a un mártir divinizado, y todo el inefable deliquio del que se siente columna miliaria, al par que lámpara votiva, que con sangre propia marca e ilumina la dolorosa vía crucis de un nuevo Evangelio.

(1) “La razón contra la anarquía.”

¿A qué, pués, la intransigencia con los ideales de unos creyentes que miran con soberbio desdén las penas del Gehena y para quienes los castigos de los hombres se convierten en sus más preciosos auxiliares? (1)

Otro servicio prestado por el organicismo a las Ciencias Sociales es el haber suscitado con su aparición un intenso y ardoroso afán por los estudios sociológicos, haber dado motivo a largos y encarnizados debates y sido ocasión de ardientes controversias, todo lo cual, condensado en enorme acervo de libros, revistas y folletos, cayó en su tiempo sobre la república de los intelectuales en forma de copiosísima y fecundante lluvia de conocimientos, nociones e ideas, que la ciencia se encargó de explicar, la discusión de aquilatar y la imprenta de difundir.

¡Y qué de resultados benéficos para el saber humano la justa y letificante recompensa de tantos esfuerzos! Muchas veces, a los organicistas y antiorganicistas, buscando argumentos para construir o para destruir, para levantar o para derrumbar, debió ocurrirles lo que a los alquimistas medioevales que, lanzados en persecución insensata de la piedra filosofal, de la panacea universal o del elixir de la larga vida, se hallaron con cuerpos que ni deseaban ni sospechaban, pero que llegaron a constituir descubrimientos que la ciencia debió agradecerles cumplidamente.

La escuela bio-analógica importa un progreso evidente respecto de las escuelas anteriores, pues, en su concepto, las sociedades no son ya entidades abstractas o metafísicas que emanan y se modelan merced a la voluntad de los dioses o de los hombres, sino algo esencialmente natural, verdaderos organismos que hay que estudiar, encuadra-

(1) Sin embargo, el declinar del llamado *delito anarquista*, no debe inducirnos a engaño, cometiendo la ligereza de despreocuparnos de una cuestión sobre la que no se ha dicho la última palabra, a pesar de contarse de a porrillo las publicaciones a ella referentes; son muy conocidos los libros de *Eltzbacher*, "El anarquismo según sus más ilustres representantes"; *La Iglesia*, "Caracteres del anarquismo en la actualidad"; *Zoccoli*, "La Anarquía"; *Robles*, "Estudio del problema anarquista"; *Lindholm*, "El anarquismo según las fuentes suecas y extranjeras", etc. También las de aquellos que han estudiado lo que llamaremos el *tipo anarquista*: por ejemplo, *Lombroso*, "Los Anarquistas"; *Hammon*, "Psicología del socialista-anarquista"; *Grocg*, "El estado mental de los anarquistas", etc. En cuanto a los que se han ocupado de la represión del anarquismo, ya no se cuentan, pues no hay nadie que no se haya considerado en el deber de arrojar una piedra para lapidar al ácrata y de echar una palada de tierra para sepultar sus teorías.

dos dentro del medio bio-físico, en el seno del cual se desarrollan y cuya acción experimentan; constituyen algo real y concreto que en manera alguna escapa a las leyes del determinismo universal que, de igual modo y en armoniosa sinfonía, regula la acción de lo inconmensurablemente pequeño, los átomos, como de lo supremamente grande, los astros. (1)

No desdeñemos, pues, ni hablemos despectivamente del organicismo y de los organicistas; también ellos han acarreado su grano de arena, han aportado su esfuerzo y han vinculado su nombre a la larga y silenciosa hilera de pensadores que han trabajado y trabajan por el progreso social, progreso que no se logrará levantando palacios logomáquicos y catedrales de palafraserío huero y ampuloso, sino que resultará del más exacto conocimiento de los fenómenos sociales y de las grandes leyes que los rigen. Pues no bastan los latidos generosos de corazones nobles para resolver las complejas cuestiones sociales; se requieren, y en grado máximo, las ideas sanas de cerebros robustos y disciplinados. No la buena intención, sino la ciencia, podrá traer lenitivo a los actuales males sociales que iracundos parecen complacerse en azotar con cadenas, cuando no en flagelar con escorpiones, a la llagada multitud; y si es permisible y hasta fatal que el género humano, en la aflicción de sus trances amargos y con delirio a veces insano, clame por un nuevo y alado Mesías que lo arrebaté y lo arrastre en pos de sí hacia los gentílicos Campos Eliseos de la luz, ese Salvador no podrá ser otro que el hombre de ciencia que, no contento con leer ávidamente en el gran libro de la vida, quiere escrutar también con insomne afán lo que en él han leído otros, y zahareño concluye, en el atardecer de la vida, por emparedarse vivo entre los polvorientos anaqueles de sus viejos libros, determinando en su ruda exploración científica, y quizás sin sospecharlo, los indeterminados rumbos y los ignotos derroteros de las sociedades del futuro, ya en formación silenciosa, como esos contingentes que algunos pretenden se elaboran calladamente en el seno abismal de los océanos.

Esforcémonos porque el indefinible e irreversible progreso hu-

(1) Con gran intuición ya los griegos llegaron a reconocer que había algo que estaba por encima de la voluntad humana y divina; recordemos el siguiente pasaje de *Hegel*: "Sobre las estatuas de las divinidades griegas se nota algo de insensible, de frío, un aire serio de tristeza silenciosa que denota que algo de más elevado pesa sobre sus cabezas: el Destino, unidad suprema, divinidad ciega, la inmutable fatalidad a la que están sometidos hombres y dioses."

mano acorte rápidamente las distancias que nos separan del día de
radiantes y fulgidos esplendores en que, brillando rutilante el iris de
la, paz universal, a la vez nimbo de colores y guirnalda de flores, los
hombres—dioses, en el inmenso templo del Universo y bajo los ar
plios doseles de los cielos, entonando, no el coro quejumbroso de las
Océánidas ante un Pronieteo encadenado, sino el cántico grandioso
del himno al Trabajo, celebren en regias y fastuosas Minervalias la
apoteosis de la Ciencia, Redentora; y entre tanto, que desde ya la hu
mana grege, fortísima, e invicta, con el culto de un porvenir deslum
brador en el corazón, enarbole con alientos de Titan la pesada clava
de la Justicia Social, fulminando formidable y tonante ;Vade retro
Satan! contra el espíritu del desaliento, identificable, en ese Claudio
Frollo de Hugo, el lírico prodigioso, que impotente gime y clama
;Miseria toda, la ciencia del hombre! ;Miseria toda la ciencia del
cielo

Proposiciones

I. Protección sin derechos protectores ('tesis de Gide).

II. La conciencia pública y con ella las legislaciones deben evolucionar en el sentido de ver en cada unión un matrimonio y en cada maternidad un hecho digno de todo respeto y consideración (tesis de Maxwell).

III. Tal vez sería conveniente substituir la representación del pueblo por la representación de la cultura política de la Nación la representación de los llamados intereses, por la representación del único y legítimo interés que debe tener todo país de que sus destinos estén en manos de los hombres de mayor preparación y experiencia. Ahora bien; es muy difícil que el régimen parlamentario actual, empujara que sea la forma que adopte, pueda llegar a convertir al gobierno en un verdadero cerebro social: si los representantes son elegidos por un sistema de sufragio restringido, solo servirán a los intereses de sus electores; si son elegidos por clases profesionales, cada uno de ellos luchará por los intereses de su clase respectiva y las clases que tengan mayor número de representantes se coaligarán en detrimento de las demás; si son elegidos por el sufragio universal, pronto surgirá la omnipotencia del proletariado, la que, si ocurre antes de tiempo, no traerá por cierto las luces necesarias al gobierno de las sociedades contemporáneas, que son organismos cada vez más complicados, que desenvolviéndose con rapidez pasmosa, suscitan en todo momento problemas variadísimos y de carácter complejo grave ('tesis de Garofalo).

IN DICE

De la concepción orgánica de la Sociedad en general y del biológico en particular, a través de la Historia de las Ciencias Sociales	
Algunas referencias acerca del organicismo en la República Argentina	28
Análisis del libro de Worms "Organismo y Sociedad"	
Organismo — Vida — Sociedad	39
Observaciones	40
Distribución de materias en la obra de Worms	43
Elementos del cuerpo social	43
Observaciones: — 5, En cada nacionalidad existe una sola sociedad o dos sociedades superpuestas?	44
La célula social	47
Observaciones — La actual crisis ético-social y la familia: de nin	50
upaciones de células sociales	65
Tegumentos sociales	67
Segmentos sociales	68
Organos sociales	69
Aparatos sociales	69
Observaciones — Discusiones acerca del cerebro social: parlamentarismo y antiparlamentarismo	71
Fisiología Social .	77
Patología Social	81
Terapéutica Social	84
Observaciones — Peligros de una mal entendida Beneficencia, como remedio social .	87
Higiene Social	96
Observaciones: — Lo que importa el verdadero Solidarismo .	98
Análisis del libro de Lilienfeld "La Patología. Social"	
Patología. Social	101
Diatesis sociales.	103
Parasitismo social	103
Anomalías del sistema nervioso social .	105
Anomalías de la substancia intercelular	107
Anomalías de las esferas	108
Terapéutica. Social . .	112
Observaciones:—Del papel de la Religión en las sociedades actuales	121
Redención de carácter general acerca del aspecto económico de la Patología y Terapéutica Sociales	127
Principales objeciones y cuestiones que suscita el organicismo: el despotismo, el liberalismo y la democracia a la luz de los principios de esta escuela.—Los grandes postulados de la doctrina biológica la solidaridad y la tolerancia. Anti-semitismo y anti-anarquismo. — Conclusion	142

E1 'I'3t3S lfT1p0l't3l' 1tCS

Página.	Línea	Dice:	Léasa:
17	. 3	los	dos
22	. 5	de consumo.	de consuno
34		orgamsmo	orgamcismo
39	. 3	orgamczsmo. . .	orgamsmo
52	. 18	soles candentes.	soles cadeutes
137	. 39	momento	aumeuto
145	. 8	régimenes .	regimenes
152	. 8	olvidar	obviar

